

MOX, EL MISTERIOSO

por **MAXWELL GRANT**



*Colección
Hombres*

'AUDACES'

3

PTAS



Mox, el misterioso

Maxwell Grant
La Sombra/42

CAPÍTULO I

LA LÍNEA MUERTA

LA lámpara de la mesa de escritorio, provista de una pantalla de cristal verde, proyectaba un resplandor lívido, espectral, sobre el individuo sentado a la mesa. En su rostro crispado se leían los fúnebres pensamientos que le atenazaban; su mano, que asía temblorosamente la pluma, indicaba que el terror dominaba sus acciones.

Con un esfuerzo convulsivo, el hombre posó la punta de la pluma, sobre una larga hoja de papel amarillo rayado. Al inclinarse sobre la mesa, se hicieron visibles sus facciones, iluminadas de lleno por la lámpara.

Era una cara puntiaguda, un continente anguloso que denotaba su facilidad de palabra y dotes de persuasión. No obstante, en las circunstancias actuales, tan sólo el terror se registraba en su pálida faz.

Un reloj tictaqueaba monótono sobre la mesa. Montado sobre una barra giratoria, estaba levantado ligeramente hacia arriba, de modo que el hombre podía observarlo perfectamente mientras escribía.

Marcaba las doce menos diez minutos. Era el tiempo que faltaba para la medianoche. Mirando del papel al reloj y luego de éste al papel, el desconocido escribió estas palabras:

“Declaración de Schuyler Harlew.”

Una pausa. Schuyler Harlew se reclinó en el sillón, aterrado. Su expresión era la de un hombre que va a dar un paso audaz, tras el cual no podrá jamás retroceder. Un jadeo corto, de miedo indescriptible, escapó de entre los labios de Harlew como si éste esperase que de un momento a otro se derrumbasen sobre él las

paredes del aposento. Lanzó una mirada furtiva a su alrededor.

El cuarto, pequeño, estaba amueblado con sencillez. Había cerrado la puerta con llave. El sólido montante estaba encajado sobre ella herméticamente.

Uno de los postigos de la ventana estaba entreabierto y un poco alzado del bastidor, de modo que una ligera corriente de aire soplabla por encima del hombre derecho de Harlew.

Este giró en el sillón y se inclinó hacia la ventana. Levantóse ligeramente para alcanzar el nivel del antepecho. Escuchó con atención; luego escudriñó en las tinieblas de la noche.

La oscuridad era profunda en toda la vecindad. La habitación, situada en el tercer piso, estaba por encima de las demás casas del otro lado de la calle.

En lontananza, más allá de la zona de viviendas más altas, situadas a varias manzanas de distancia, cerníase el opaco resplandor de una vasta ciudad.

Para cualquiera familiarizado con Nueva York, aquella iluminación y la dirección en que aparecía habrían sido suficientes para localizar el lugar en que Schuyler Harlew se encontraba en aquel momento.

La casa a la que pertenecía este aposento reducido, estaba enclavada en alguna parte de la sección Norte de Nueva York, en el Bronx.

Satisfecho de no oír ningún sonido extraño en el exterior que pudiese significar una amenaza, Schuyler Harlew se volvió a su mesa de escritorio.

Debajo de la línea que revelaba su nombre, escribió estas palabras sorprendentes:

“Para entregar a La Sombra.”

Como anteriormente, Harlew se reclinó en el respaldo del sillón. En esta ocasión, sus labios perdieron la contracción. Una sonrisa de satisfacción substituía a su pasada inquietud. La mención de aquel nombre, La Sombra, devolvió la confianza al individuo nervioso.

¡La Sombra!

Mágico nombre, conocido por doquier como perteneciente a un superhombre, que luchaba incansablemente contra los genios del crimen y sus esbirros, era el del personaje a quien podían dirigirse confiados todos cuantos supiesen la comisión de un delito.

Implacable vengador, que realizaba su misión justiciera amparado por las tinieblas de la noche, La Sombra estaba siempre dispuesto a emplear todo su poder en favor de las personas a quienes amenazaba un peligro, quienes quiera que fuesen.

Nadie conocía la verdadera identidad de La Sombra. Nadie sabía dónde podía localizársele. Pero Schuyler parecía tener el convencimiento de que La Sombra, con el omnímodo poder de que disponía, recibiría el mensaje si éste caía en manos que no perteneciesen a sus enemigos.

¿Por qué no?

Todo parecía posible para La Sombra. Millones de personas conocían su voz, puesto que había sido radiada. Sus hazañas constituían una leyenda.

El biógrafo que había dado a conocer al mundo, los asombrosos episodios de la portentosa carrera de este invicto luchador contra el crimen, así como los criminalistas, declaraban que La Sombra, maravilla invisible, era, por sí mismo, el poderoso agente controlador que intervenía desinteresadamente en la eterna lucha entre el crimen y la justicia.

La Sombra podía encontrarse en partes distintas a un mismo tiempo. Parecía gozar del don de la ubicuidad. Cuando las fechorías de los malhechores estaban a punto de triunfar sobre las fuerzas de la policía, La Sombra inclinaba invariablemente la balanza del lado de la Ley.

Olfateaba el crimen con el instinto de un sabueso de pura sangre. Llegaba con velocidad de huracán al escenario del crimen; descargaba sus golpes con la fuerza de un gigante. Era un lobo solitario que luchaba tenaz contra el crimen sin fracasar jamás.

Schuyler había considerado estos hechos. Para él, cuando empezó a escribir, era seguro que su mensaje llegaría a las manos del misterioso personaje.

Lleno de confianza, Harlew empezó a garabatear rápidamente debajo del encabezamiento de su declaración:

“La muerte me amenaza. Esta ha sido la suerte de otros muchos. Continuará siéndolo. He sido un necio. He ayudado a un monstruo, en contra de mi voluntad, a realizar sus planes siniestros”.

Harlew hizo una pausa. Volvían las contracciones espasmódicas a sus labios. Fijó la mirada sobre las palabras que acababa de

escribir y vio el nombre de La Sombra, que resaltaba sobre el papel. La mano de Harlew recobró la perdida firmeza.

“La medianoche, las doce de la noche, es la hora elegida por el monstruo. A medianoche ha hablado conmigo. Me ha dado sus instrucciones, advirtiéndome la hora a que debo regresar. Le obedecí en el pasado. Siempre volví a su mansión de horrores hasta hace un día. Estoy decidido. No volveré a presencia de mi diabólico jefe.”

El reloj de la mesa señalaba las doce menos cinco. Los dientes de Harlew rechinaron al expresar su resolución. Febrilmente continuó escribiendo:

“Faltar a la cita de este personaje perverso significa una sola cosa... la muerte. Una muerte segura, rápida, antes de transcurrir veinticuatro horas. Lo he arriesgado todo al esconderme. Faltan menos de cinco minutos para la medianoche. Una vez pasada esta línea de muerte, estaré a salvo, pues eso me demostrará que mi verdugo no ha encontrado mi escondite.

“He tenido miedo de escribir esta declaración. La he reanudado para terminar antes de la hora fatal. No me atrevo a traicionarle hasta que no me encuentre completamente seguro. Tan pronto como mi relojito me señale que ha transcurrido la medianoche, escribiré el nombre del monstruo.

“Luego echaré al Correo esta carta o la dejaré aquí. No puedo decidir en este momento lo que haré. Una vez que se sepa que estoy definitivamente liberado, podré pensar mejor. Esta carta debe llegar a manos de la persona a quien va dirigida. El sólo podrá enfrentarse con el genio del mal con probabilidades de éxito. Cuando transcurra la hora fatal huiré lejos, muy lejos de aquí.”

El relojito señalaba las doce menos un minuto. Medía el tiempo con precisión, pues tenía una manecilla para los segundos que indicaba el instante final. Observando el cronómetro Harlew escribía mecánicamente. Anotó un pensamiento involuntario sobre el papel:

“Un minuto... luego, el nombre.”

Con la pluma en el aire, Harlew examinaba la manecilla que marcaba las fracciones de minuto. Cada segundo parecía interminable para este hombre que olvidaba todo cuanto le rodeaba, para no pensar más que en el tiempo que le separaba de la muerte o de la liberación.

Quince segundos... veinte... Harlew era una estatua viviente. Sus ojos desmesuradamente abiertos, contemplaban fascinados el relojito. Su aliento se escapaba en bocanadas largas y ruidosas.

Treinta segundos... Harlew permanecía rígido, con los nervios en tensión, la mirada clavada en la manecilla que ascendía con desesperante lentitud, inconsciente de que estaba en juego una vida humana.

A las doce menos quince segundos, un estremecimiento involuntario agitó el cuerpo de Harlew. A las doce menos diez segundos, el estremecimiento se había convertido en un ataque de epilepsia.

Faltaban cinco segundos. El rostro de Harlew se contraía espasmódicamente.

Cuatro segundos... tres... dos... uno. La manecilla alcanzó el lugar más elevado de la esfera; al mismo tiempo el horario y el minutero se confundieron en una sola vertical que apuntaba al número doce.

¡Medianoche!... ¡La línea de la muerte!... ¡La hora fatídica!

Todas las esperanzas de Schuyler Harlew se aferraban a aquel único momento. Las tres manecillas del reloj parecían haberse inmovilizado; hasta la que marcaba los segundos se mostraba reacia a cambiar de posición.

Por fin, los ojos de Harlew vieron un espacio entre el número y la aguja. ¡Se había movido! Los labios del hombre enajenado dejaron escapar un suspiro profundo. La aguja pareció descender alegre y despreocupada, como un automóvil después de alcanzar penosamente la cresta de una escarpada colina. ¡Ya había cruzado la línea mortal!... El reloj lo señalaba.

Roncas carcajadas estallaron a borbotones en la garganta de Harlew.

Exultaba de júbilo mientras observaba la manecilla de los segundos que amistosamente continuaba sus vueltas. Cinco... diez... quince segundos.

Incorporándose en su sillón, Harlew se levantó con el aire de un hombre que se dispone a firmar un documento importante. Sujetaba la pluma con firmeza; no obstante, el pulso le temblaba. Pero esta vez era de alegría, no de temor.

Colocando la mano izquierda sobre la hoja de papel amarillo

hizo posar con la diestra la punta de la pluma.

Una mancha de tinta se extendió sobre el papel. Eso fue todo. Un jadeo frenético emergió de los labios entreabiertos de Harlew, el sonido de una angustia súbita y mortal. La pluma cayó con ruido sordo de su mano inerte.

Chocó con la esfera del reloj, que señalaba ahora las doce y veinte segundos.

Harlew se llevó las manos a la espalda. Sus dedos se movieron en el aire, intentando asir algo invisible. Fulminado, avanzó tambaleándose hacia la puerta. Desesperadamente se agarró a la llave; ésta salió de la cerradura y cayó al suelo. Harlew osciló; se doblaron sus piernas. Se desplomó de bruces contra el suelo, con los brazos extendidos.

Alargó las manos penosamente, como si intentase coger la pluma que yacía sobre la mesa.

Harlew intentó pronunciar un nombre. Con un esfuerzo final pasó la mano izquierda, aplanada, sobre el suelo, doblando un dedo, el meñique, por debajo de la palma de la mano. Formaba un círculo con el pulgar de la misma mano.

La mano derecha se movió también. Los dedos meñique y pulgar se cruzaron. Los otros tres se extendían rígidos en un signo cabalístico. Luego, el brazo derecho cayó sobre el izquierdo.

Desde aquel instante, Schuyler no volvió a estremecerse. Del centro de la espalda emergía el instrumento que le había producido la muerte: un cuchillo de hoja delgadísima y puntiaguda y mango cilíndrico, no más grueso que un carrete de hilo.

Cuando el último aliento se escapó de los labios tumefactos de Harlew, el relojito de la mesa escritorio señaló la hora en que había tenido lugar la muerte de su dueño. El minuterero indicaba las doce y un minuto.

Como un toque de difuntos para el hombre que acababa de expirar, llegó el sonido de un tañido fúnebre y lejano. Las campanadas resonaban lentas y siniestras. Parecía que ellas y no la hoja del cuchillo fuesen responsables del triste fin de Harlew.

Uno... dos... tres... La campana continuaba desgranando la hora. Su tañido final fue el duodécimo. Aquel reloj lejano, exacto, acababa de marcar la medianoche, las doce. También, en esta misma noche, señalaba la hora que Schuyler temía. La línea mortal.

Indicaba el límite de tiempo que el monstruo había concedido al hombre que abrigara el propósito de traicionarle.

Schuyler Harlew yacía inmóvil, con el cuerpo contorsionado y los brazos retorcidos de forma extraña; muerto. El papel amarillo, el mensaje de Harlew a La Sombra, descansaba aún sobre la mesa. Más allá estaba el relojito que jugara un papel tan importante en las esperanzas y temores de Harlew.

El relojito seguía con su monótono tictac. Era el único objeto que parecía estar dotado de vida en aquella mansión de muerte. Schuyler Harlew lo había puesto en hora unos días antes. Suponía que la hora que marcaba era exacta.

Se equivocó en esta suposición. Así todas sus acciones se basaron en una creencia falsa. Los tonos graves del tañido lejano anunciaban la solemne verdad.

¡El relojito de la mesa de escritorio de Schuyler llevaba sesenta segundos de adelanto!

¡Ese adelanto fue su perdición!

CAPÍTULO II

ASESINATO DESCUBIERTO

EERAN las primeras horas de la noche del siguiente día.

En el cuartel general de la policía, el detective José Cardona, solo en su despacho, se hallaba sentado a su mesa de escritorio. Cardona, uno de los genios de la policía neoyorquina, ocupaba ahora un puesto de gran importancia. Actuaba de inspector interino por enfermedad del inspector activo Timoteo Klein, su jefe inmediato.

Ocurría algo que molestaba y agradaba a un mismo tiempo al as de los detectives. Desde que el inspector Klein había entrado en franca convalecencia, Cardona tenía la obligación de presentar diariamente a su superior el informe de los sucesos sobresalientes de la jornada.

El inspector interino no tenía en realidad motivos para resentirse de esta imposición, ya que él habría informado espontáneamente a Klein de todo cuanto llegaba a oídos de la Jefatura.

Pero Cardona tenía la sospecha que el comisario de policía Rodolfo Weston llevaba en cuenta todas sus acciones. Por este motivo estaba tranquilo.

Sabía que el señor Weston tenía una excelente opinión de él; sin embargo, experimentaba una sensación compleja de inferioridad con respecto al comisario.

Weston, usando la fraseología mental de Cardona, no quitaba el ojo al famoso detective. Hombre agudo y dinámico, el comisario había expresado más de una vez su punto de vista de que Carmona confiaba demasiado en sus presentimientos. En cuanto al señor Weston se refería, Cardona hubiese preferido que emitiese su opinión, basándose en los resultados más bien que por la

observación de los métodos empleados.

El repiqueteo del timbre del teléfono pareció presagiar algo importante.

Cardona alzó el receptor, gruñó un “¡diga!” Y empezó a tomar notas en un trozo de papel, al mismo tiempo que escuchaba con atención las palabras de su invisible interlocutor. Una vez anotados los jeroglíficos, colgó el receptor.

Esperó unos minutos; luego, con aire de resolución, volvió al aparato y marcó el número del inspector Klein.

—Acaban de telefonarme del cuartelillo de Mowry —informó—, se trata de un asesinato. Un hombre muerto en una vivienda del Bronx. Les he dicho que no toquen nada hasta que yo llegue.

—¿No han transmitido detalles? —inquirió la voz de Klein.

—Sí —respondió Cardona—. El individuo en cuestión fue acuchillado por la espalda. Habitación exterior, tercer piso. Nadie pudo entrar y salir otra vez. La puerta de la habitación en que se cometió el asesinato estaba cerrada con llave. Además...

Cardona hizo una pausa, sumido en profundos pensamientos.

La voz de Klein formuló una pregunta.

—Verá usted —añadió el inspector interino Cardona—; el muerto dejó una nota. Quiero ir a verla inmediatamente. Tal vez se trate de algo importante. Va dirigida a La Sombra...

—¿A La Sombra? —la pregunta de Klein reflejaba profunda sorpresa.

—Sí —respondió Cardona—, a La Sombra. Eso me dijeron los del cuartelillo. Le volveré a telefonear tan pronto como sepa algo más, inspector.

Cardona colgó el receptor con violencia. Estaba irritado; y con motivo.

Preveía un disgusto cuando esta noticia llegase a conocimiento del comisario Weston.

José Cardona, en el curso de su carrera detectivesca, recibió pruebas positivas de la existencia de La Sombra. En realidad, el famoso detective debía la vida a la intervención del ser misterioso, que acudió milagrosamente en su auxilio varias veces, cuando el grosor de un cabello le separaba de la muerte.

No obstante, siempre vio a La Sombra adoptando una personalidad distinta de la suya, o cubiertas sus facciones por un

sombrero de anchas alas y el cuello de una capa negra que cubría todo su cuerpo.

La mención de este personaje en los informes de Cardona había provocado la cólera del comisario Weston. Según éste, hasta que La Sombra diese una prueba tangible de su existencia, debía ser considerada como un mito.

¡Una carta para La Sombra!

Si en aquella nota se revelase algo importante, habría que hacerla llegar a manos de su destinatario. Darla a los reporteros sería un error gravísimo.

Provocaría la hostilidad del comisario Weston. Los periodistas — para Cardona— constituían una plaga y una bendición. Detestaba su importunidad, su frescura; le agradaban los artículos de encomio que imprimían en su loa.

Mirando hacia la puerta, Cardona halló la respuesta a sus pensamientos.

Sonriendo en el umbral, había un joven de unos treinta años, de complexión débil; pero en su rostro se leía la experiencia y la resolución que le caracterizaban. Cardona reconoció a Clyde Burke, reportero de *El Clásico*, de Nueva York.

—¡Hola inspector! —saludó Burke, con un movimiento amistoso de la mano.

—¡Deja eso de inspector! —gruñó Cardona—. Soy el detective Cardona... Pepe, para ti.

Levantándose mientras hablaba, el detective se encaró con el reportero.

Existía un marcado contraste entre los dos hombres. El rostro de Burke, delgado, terminaba en punta; sus ojos azules y sonrisa franca le prestaban cierto atractivo. Cardona, de mandíbula cuadrada, rostro moreno y ojos ardientes, castaños, era áspero y franco. Pesaba unos quince kilos más que Burke, aunque ambos tenían la misma estatura.

Al aproximarse al reportero, Cardona le preguntó en tono de reto:

—¿Me oíste hablar por teléfono?

—No pude evitarlo, Pepe —respondió Burke.

—¿Qué es lo que oíste?

—Algo referente a un asesinato en el Bronx. Una carta en la

habitación en que se hallaba el cadáver, dirigida a La Sombra...

—¿Sí? —Los puños de Cardona se crisparon; luego se abrieron lentamente—. Bien, Burke. Eres un buen chico. Te he preguntado lo que oíste y me lo has dicho. No podías oír nada más, porque eso fue todo lo que dije.

—¿Qué importa, Pepe? —exclamó Burke—. Soy un buen amigo tuyo. Todo lo que quiero es la historia completa del asunto, si es que se trata de algo sensacional.

—Perfectamente, Burke —gruñó el detective—. Tú eres uno de los pocos reporteros con quien puedo contar. Escucha. No quiero que esto se divulgue hasta que me haya personado en el lugar del crimen. Voy al Bronx, pero no te llevaré conmigo. No obstante, si te presentas allí por tu cuenta y riesgo, allá tú. Aquí tienes las señas... De todas formas las obtendrías tarde o temprano en el cuartelillo de Mowry...

Hubo una pausa.

—Pero tanto la nota de La Sombra como la mención de mi nombre, hay que descartarlos por completo del caso. ¿Comprendes? No tocarán nada hasta que yo llegue. Cuando informe yo mismo a la Prensa, no nombraré a La Sombra para nada y no quiero que aparezca en *El Clásico* nada que yo no haya mencionado en mi nota a la Prensa. El comisario Weston ha comunicado por teléfono con el inspector Klein; tal vez vuelva a hablar con él esta misma noche. He de proceder con cautela en muchas cosas de mi oficio y ésta es una de ellas.

Burke movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Comprendo, Pepe. Déjalo por mi cuenta. No daré nada a la Redacción hasta que hayas echado un vistazo al lugar del crimen. Les telefonearé simplemente diciéndoles que voy al Bronx. Puedes confiar en mí, Pepe.

El reportero abandonó la oficina, mientras Cardona se preparaba para dirigirse a la parte norte de la ciudad. Una vez que hubo salido de la Jefatura, Burke entró en un estanco, penetrando en la cabina del teléfono público.

Marcó un número.

Una voz reposada le respondió. No era ni mucho menos la voz del empleado en la redacción de *El Clásico*. Sin embargo, era el timbre de voz que Burke esperaba oír. Por el hilo llegó como un

susurro:

—Burbank al aparato.

—Informe de Burke —repuso éste en tono cauteloso—. Asesinato en el Bronx. La víctima dejó un mensaje para La Sombra.

—Continúe. No olvide un solo detalle.

Clyde relató brevemente todo cuanto oyó de labios de José Cardona.

Terminado su informe, el joven colgó el receptor y salió del establecimiento. Se encaminó a la estación del “metro” más cercana para iniciar su viaje en dirección al lugar del crimen. Proponíase estar allí, en su calidad de reportero, cuando hiciese su aparición Cardona.

Pero el propósito de Burke era doble. Tenía ansiedad por ver aquella carta, aunque no abrigaba la menor intención de publicarla en *El Clásico*. La llamada de Burke al individuo de voz reposada llamado Burbank, era de más importancia que cualquier noticia que pudiera recoger para las columnas de un periódico. Clyde se dijo cuenta *in mente* de este hecho mientras cruzaba la calle.

Clyde Burke era un agente de La Sombra. Velando estas actividades bajo sus relaciones con *El Clásico*, el joven andaba siempre en busca de sucesos como el que acababa de presentarse.

Burbank, el hombre a quien él había telefoneado pocos momentos antes, era otro agente de La Sombra.

Por mediación de Burbank era posible establecer contacto con su misterioso jefe, cosa que efectuaba éste de un modo rapidísimo. El espectral personaje, enemigo eterno de las hordas del hampa, se hallaba incesantemente en comunicación con Burbank.

Así, en el informe de Burke en que hacía referencia al mensaje póstumo de Schuyler, estaba ya en camino hacia la única persona que consideraría toda su importancia: ¡La Sombra!

La rapidez del sistema de La Sombra lo demostraban ciertos hechos que Clyde no podía presenciar en aquel momento.

En una habitación reducida y apartada, un hombre estaba sentado ante una mesa débilmente iluminada. Tenía puestos unos auriculares; ante él había un cuadro de distribución con esferas luminosas.

El hombre se hallaba de espaldas a la penumbra del local. Era Burbank, el agente de enlace de La Sombra.

Burbank oprimió un interruptor. Brilló una lucecita. No hubo respuesta.

Sacó la clavija de conexión. Acababa de establecer contacto con la línea particular del santuario de La Sombra, la misteriosa morada donde el rey de la noche pasaba horas interminables en el mayor secreto. La falta de respuesta indicaba que La Sombra había abandonado el santuario.

Metódicamente Burbank efectuó otra conexión telefónica y marcó un número. Oyóse distintamente la respuesta. Una voz anunciaba que el comunicante se hallaba en el Cobalt Club.

Burbank preguntó por el señor Lamont Cranston. Breves instantes después, una voz reposada afirmaba que el señor Lamont Cranston se encontraba en el aparato.

—Burbank al habla —declaró el agente de La Sombra.

—Informe —ordenó la voz de Cranston.

Burbank retransmitió el mensaje de Clyde Burke. Lenta y metódicamente, dio su informe con toda clase de detalles.

La respuesta fue:

—Informe recibido.

En el Cobalt Club, Lamont Cranston emergió de la cabina telefónica que había ocupado y apareció en el vestíbulo. Era un hombre alto, de facciones firmes y bien modeladas. Había en su rostro algo —tal vez su inmovilidad— que le hacía aparecer como una máscara superpuesta sobre su rostro verdadero.

Conocido en el Cobalt Club como un millonario trotamundos, Lamont Cranston era uno de sus miembros más notables. El Cobalt era uno de los clubs más aristocráticos de Nueva York; gozar allí de prestigio era un signo de verdadera importancia social.

Luciendo un frac de corte impecable, Lamont Cranston presentaba una figura imponente, mientras permanecía de pie en silenciosa meditación.

Una sonrisa leve aparecía en sus labios tallados; sus ojos ardían cuando miraron hacia la puerta de la calle. La característica más extraordinaria de este aristócrata era ¡cosa extraña! Su sombra.

En el punto en que la figura de Cranston obstruía la luz, se dibujaba sobre el suelo una sombra negra como el azabache y larga, desmesuradamente larga.

¡Era la silueta de una forma grotesca!

Aquella mancha de negrura constituía un símbolo. Señalaba la verdadera identidad de este personaje... ¡Lamont Cranston era La Sombra!

Unos doce minutos después que Clyde Burke recogiera la importante información, casi antes de que José Cardona en funciones de inspector hubiese partido para el Bronx, La Sombra sabía que un muerto desconocido le había dirigido un mensaje.

En el papel que ahora representaba —el de Lamont Cranston, un caballero deportista— La Sombra no mostraba aquella rapidez que solía caracterizar sus acciones cuando intervenía en un crimen.

Algunos miembros del club, al atravesar el amplio vestíbulo, saludaban con un movimiento de cabeza a Lamont Cranston, mientras éste permanecía de pie, inmóvil fumando un cigarrillo con visible indiferencia. Parecía ser que Lamont Cranston tenía una cita con alguien y se proponía no faltar a ella.

Un hombre de porte ostentoso penetró en el vestíbulo del Cobalt Club.

Tenía los hombros anchos y rectos y sus brazos oscilaban exageradamente en estilo militar. El conserje pronunció un nombre al mismo tiempo que hacía una inclinación reverente.

El recién llegado lanzó una mirada alrededor del espacioso vestíbulo con aire impertinente.

Sus ojos se encontraron con los de Lamont Cranston. Entonces se iluminó su ancho rostro y una sonrisa apareció en su faz dominadora.

—¡¡Ah!! —exclamó—. Siento haberle hecho esperar, señor Cranston. Me entretuvieron en el despacho. Tuve que dejar recado de que me encontrarían aquí cenando con usted.

—Me lo suponía —repuso Cranston con leve sonrisa.

—¿Cómo es eso? —inquirió su interlocutor, sorprendido.

—Porque —explicó el millonario— han telefoneado aquí preguntando por usted. Yo mismo respondí. Logré comprender la esencia de la llamada, comisario.

La última palabra reveló la identidad del recién llegado. La persona que se presentaba a cenar con Lamont Cranston no era ni más ni menos que el comisario Weston.

—¡Una llamada telefónica! —exclamó.— ¿Referente a...?

—A un asesinato —interrumpió Cranston, con la calma que le

caracterizaba—. Según todas las apariencias, la llamada procedía de un inspector de policía... que telefoneaba desde su domicilio... No recuerdo el nombre exacto. Era un nombre corto.

—¿Klein?

—En efecto. El inspector Klein. Ha recibido un informe de un inspector provisional... Cardona creo que se llama.

—Sí, Cardona. —El comisario perdía la paciencia.

—Cardona se encontraba en una casa del Bronx. —Cranston sacó un papel plegado del bolsillo—. Aquí está la dirección. Al parecer, han asesinado a un hombre. Cardona ha iniciado la investigación. El inspector Klein tiene gran ansiedad por que usted en persona se presente allí.

Weston extendió el papel y lo estudió detenidamente. Una expresión ambigua se dibujó en su rostro. Teniendo gran interés por esclarecer el presunto asesinato, ansiaba encontrar un medio que le permitiese dejar para otra ocasión esta invitación de Lamont Cranston a cenar. El multimillonario mismo le ofreció la respuesta.

—Por esta razón —dijo Cranston—, he ordenado que preparen mi *limousine*. Está esperándonos. Me agradecería acompañarle al Bronx, si le parece bien que dejemos la comida para otra ocasión.

—¡Estupendo! —aprobó Weston de todo corazón—. Aceptaré de buen grado su invitación. ¡Vamos enseguida!

Lamont Cranston hizo que le trajeran el abrigo y el sombrero. Junto con el comisario, abandonó el Cobalt Club. Una *limousine* esperaba en el recodo.

Subieron apresuradamente.

El comisario no cabía en su pellejo ante el giro que tomaban los acontecimientos. Presuntuoso por naturaleza, este hombre, que consideraba su oficio como una posición única, exultaba de júbilo ante la oportunidad de hacer ostentación de sus aptitudes, ante un amigo tan encumbrado como Lamont Cranston.

El millonario, a su vez, presentaba una débil sonrisa que no vio o no supo interpretar el sagaz policía. El comisario no tenía la menor sospecha de los móviles que indujeron a Cranston a aplazar su invitación. No sabía que el supuesto mensaje telefónico del inspector Klein no era más que un pretexto.

Weston creía que el millonario servía inconscientemente sus deseos. Por el contrario era Weston quien facilitaba el plan

propuesto por Cranston. Bajo su disfraz de millonario influyente, La Sombra se dirigía a recoger el mensaje que le había escrito Schuyler Harlew.

El salvoconducto de La Sombra para el éxito de esta misión lo constituía el comisario de policía de la ciudad de Nueva York.

¡El ingenuo Weston!

CAPÍTULO III

LA INVESTIGACIÓN

—**A**QUÍ está el cuerpo, inspector.

José Cardona gruñó una respuesta al policía que acababa de dirigirse a él. El agente había abierto de par en par la puerta de la habitación del tercer piso.

Cardona contemplaba inmóvil la figura exánime de Schuyler Harlew, extendido sobre el suelo.

—No hemos tocado nada —declaró el polizante—. Ahí, sobre la mesa, está la carta.

—Perfectamente —gruñó Cardona—. Ya me habló de eso el capitán Mowry. Supongo que no tardará en llegar.

Un individuo corpulento, con el uniforme de capitán de la policía, subió las escaleras pocos momentos después de pronunciar Cardona estas palabras.

Hizo alto en la puerta junto a la cual se hallaba el detective y permaneció silencioso mientras Cardona examinaba atentamente el cuerpo yacente.

Era el capitán Mowry, jefe de la patrulla de servicio en el distrito en que se había cometido el asesinato.

Cardona entró en la habitación. Notó la luz, todavía encendida, de la lámpara de pantalla verde. Vio el diminuto reloj de mesa. Observó la nota que yacía sobre el pupitre y se dispuso a leerla.

Extendió la mano para alcanzarla cuando oyó el sonido de pasos en la escalera. Se volvió inquisitivamente hacia el capitán.

—Ordené que no se dejase subir a nadie —dijo el oficial—. Continúe usted. Voy a ver quién es.

Mientras el capitán escudriñaba en el vestíbulo, Cardona se dirigió a la puerta. Vio al capitán saludar y retroceder un paso.

Desde la habitación en que se encontraba, Cardona comprendió la razón de la extraña conducta de su subordinado, al reconocer al comisario Rodolfo Weston. El as de los detectives reprimió con esfuerzo un gruñido de disgusto.

—¡Hola, Cardona! —saludó campechano el comisario—. El inspector Klein acaba de decirme que se encontraba usted aquí. ¿Conoce al señor Cranston?

Cardona asintió con un movimiento de cabeza. Ya se había encontrado en otras ocasiones con el preeminente millonario y sabía que era amigo del comisario Weston. Cardona se sometió resignadamente a la intervención de su superior. Le convenía estar en buenas relaciones con él y ya que estaba aquí, no había más remedio que aceptar los hechos tal como se presentaban.

—Continúe su trabajo, Cardona —ordenó Weston—. Espero que no le molestaremos. El señor Cranston y yo no somos más que dos espectadores interesados.

Cardona dio fin a su examen del cadáver. El capitán le presentó un cuaderno de notas. Refiriéndose a los informes suministrados, cruzó la habitación y se dirigió al reducido espacio de la ventana.

Observando cuidadosamente la posición exacta del montante, lo alzó un poco y sacó la cabeza por la abertura. Vio una pared delgada que se alzaba desde la calle hasta el tercer piso. Retirando la cabeza cerró el montante, dejándolo en su posición primitiva.

Se aproximó entonces a la mesa de escritorio, leyó la hoja de papel que contenía una serie de anotaciones y recogió la cuartilla amarilla escrita por Schuyler Harlew. Volviéndose al comisario Weston, Cardona empezó su peroración.

—Este hombre vivía aquí, bajo un nombre supuesto —dijo—. Se hacía llamar David Gurgler. Su verdadero nombre, según la declaración póstuma, que aquí consta, era Harlew.

—¿Cuándo fue asesinado? —inquirió Weston.

—Ha estado viviendo aquí durante tres días —anunció Cardona—. Pagó una semana adelantada. Se hacía servir las comidas en su habitación. Hoy, la dueña de la casa, creyó que había salido a comer fuera. A la hora de la cena, ella llamó a esta puerta. Estaba cerrada. Harlew no respondió.

“La dueña de la casa... la señora Parsons —continuó el inspector —, llamó a la policía. Forzaron la puerta con una ganzúa. Harlew

fue asesinado, según todas las apariencias, la noche pasada. Si se puede conceder crédito a esta nota, podemos fijar el tiempo con exactitud. El homicidio se cometió alrededor de medianoche.

Cardona alargó la nota a Weston. El comisario, asiendo el papel de forma que Cranston pudiese verlo, empezó a leer. Se detuvo al llegar a la segunda línea. Como Cardona esperaba, una expresión de cólera se dibujó en el rostro de Weston.

—¿Esto es una broma?

—No sé, señor —respondió Cardona—. Me informaron en Jefatura que habían encontrado esta nota en la mesa de escritorio. Estaba leyéndola cuando usted llegó.

—Hum —comentó Weston—. La Sombra. Todo documento que se refiera a un ser imaginario carece de valor. Si este individuo —dijo, señalando el cadáver de Harlew— escribió esta nota, lo hizo, en un estado de inconsciencia producida por el terror u otras causas. Si cualquier otro la escribió y la dejó aquí expresamente, podemos considerar el mensaje como una broma pesada.

El comisario continuó examinando la hojita amarilla, leyéndola y releuyéndola con mirada iracunda. Lamont Cranston, con su hombro unido al del inspector, no perdió ni una sílaba del contenido de la discutida nota.

El millonario se dedicó después a observar atentamente a Cardona, que se movía incesantemente alrededor de la habitación.

Cardona miraba con fijeza la llave sobre el suelo, junto a la puerta. Consultó las notas que le habían dado. Se arrodilló junto al cadáver y examinó cuidadosamente el mango del cuchillo. Rodeándolo con un pañuelo, lo sacó lentamente del cuerpo de Harlew y lo colocó en una hoja de papel.

El cuchillo era como un estilete. Su simetría era visible inmediatamente. La hoja redondeada terminaba en una punta larga y cónica. El mango era cilíndrico.

El detective se incorporó.

Volviéndose hacia el comisario, señor Weston, dijo:

—La ventana es inaccesible. Nadie pudo subir por esa pared sin ser visto. Hay luces abajo, en la acera. No obstante, esta llave —señaló hacia el suelo— da la respuesta a cómo entró el asesino. No existe ninguna prueba de que la puerta estuviese cerrada con llave.

—¿Quiere usted decir antes del crimen? —preguntó Weston.

—Sí —respondió Cardona—. Probablemente Harlew estaba sentado en aquel sillón. El asesino entró. Harlew dio un salto y le vio. Mientras forcejeaban, el asesino le clavó el cuchillo en la espalda.

Tras una pausa, añadió:

—Antes de salir del cuarto, el asesino tal vez abrió la ventana, o la dejó abierta. Cogió la llave, entornó la puerta tras sí y la cerró con llave desde el exterior. Luego metió la llave por debajo de la puerta para dar la impresión de que Harlew trataba de abrir la puerta cuando murió.

—Perfectamente —asintió el comisario—. ¿Está usted seguro de esa conclusión?

—Parece lógica, señor Weston.

—En ese caso —el tono del comisario era de triunfo— no cabe duda del significado de este mensaje. Es una broma. Un ardid para engañarnos. Una broma estúpida.

Cardona alzó la cabeza rápidamente. Vio al instante el punto de vista del comisario. Movi6 prontamente la cabeza en señal afirmativa y manifestó su asentimiento aunque sus palabras tenían cierto tono de duda.

—Sí —dijo—, el asesino habría visto el mensaje y lo hubiera destruido. Pera dejando ese mensaje, el criminal tenía el propósito de despistarnos. No hay más que una sola cosa que podría desmentir esto.

—¿Qué?

—Suponiendo que el criminal no llegó a entrar en el cuarto. Si alguien puede demostrarme la posibilidad de que no hubiese entrado, me gustaría verlo.

—Muy bien, Cardona —dijo Weston—. Puede usted guardar este mensaje en calidad de prueba. Puede comprometer al criminal cuando le capturemos. Pero usted pasa por alto una cosa.

—¿Qué es ello?

—Al asesino que escribió el mensaje no podía interesarle de ninguna manera emplear el nombre verdadero del muerto.

El comisario sonrió triunfalmente mientras hablaba.

Cardona replicó prontamente, refiriéndose al mensaje al hacer sus observaciones. Declaró:

—Hay un hombre llamado Schuyler Harlew que tiene un piso a

unas dos millas de aquí. Uno de los agentes del cuartelillo efectuó algunas indagaciones mientras yo venía aquí. Nadie ha visto a Harlew desde hace tres días. Y ese Harlew coincide con la descripción de este hombre.

—¡Ah! Eso es muy extraño.

—No soy de esa opinión, señor Weston —declaró Cardona, seriamente—. Encaja perfectamente. El asesino calcularía que nosotros averiguaríamos la identidad del muerto. Poniendo el verdadero nombre de Harlew en el mensaje, da la impresión de que realmente fue Harlew quien lo escribió.

—Muy bien —reconoció el comisario, lanzando una rápida mirada a Cranston, que no había dicho nada—. Muy hábil, Cardona. Muy hábil.

El comisario miró a Cranston y movió ligeramente la cabeza para indicar que el millonario acababa de oír una maravilla de razonamiento deductivo.

Cardona era un habilísimo sabueso, en opinión del comisario. Una vez que el mensaje dirigido a La Sombra, quedaba definitivamente considerado como una estratagema del criminal la tensión quedó aliviada.

Sugirió Cardona:

—Podemos encaminarnos ahora a la casa de Harlew. Es lo que me proponía hacer tan pronto como efectuase estas indagaciones preliminares y me hubiese orientado obre la situación del asesinato. Tengo un coche fuera... Gustoso les invito a todos.

—Yo le acompañaré —interpuso Weston.

—¿Le gustaría venir con nosotros? —Formuló la pregunta a Cranston.

—Ciertamente —respondió el millonario.

Antes de partir el comisario cogió las notas redactadas por Cardona y empezó a examinar los datos con que el detective había estado trabajando.

Cardona le observaba. Los dos se mantenían aparte, a excepción de Cranston. Ninguno de los dos notó lo que el millonario hacía.

Mientras su elevada figura arrojaba su misteriosa silueta por encima del cadáver de Schuyler Harlew, los ojos agudos de La Sombra trabajaban. Era en verdad pasmoso el modo cómo recorrían un lugar tras otro.

Un reloj apareció en la mano de Cranston. Lo introdujo en su bolsillo. Con esta acción, La Sombra había verificado la hora que señalaba el relojito de la mesa.

Una sonrisa muy leve de suficiencia apareció en los labios de Lamont Cranston. La Sombra había observado que el relojito de Harlew iba adelantado. Todos los detalles de la declaración de Harlew quedaron grabados en el agudo cerebro de La Sombra.

Este as de la deducción había observado algunos puntos que no se le ocurrieron a Weston ni a Cardona. Ellos habían leído la nota sólo palabra por palabra.

Mas, para La Sombra, a quien iba destinado el mensaje, la nota constituía una revelación del terror que Harlew sentía por un enemigo desconocido. La Sombra sabía que ningún asesino habría preparado un documento tan expresivo para dejarlo sobre la mesa.

La petición de ayuda del hombre condenado tenía un matiz de verosimilitud.

La amenaza de muerte, el monstruo que la lanzaba, la hora, la medianoche, la sugerencia de la huida, la vacilación acerca de revelar el nombre, todo esto eran pruebas de que aquellas manifestaciones hechas en un momento crítico eran sinceras.

Las sugerencias mismas de Harlew, de que sus pensamientos estaban inspirados por el terror y de que no se tranquilizaría hasta cruzar la línea mortal de la medianoche, convencieron a La Sombra de que el asesinado escribió el mensaje para el único hombre a quien consideraba capaz de enfrentarse con el súper criminal que había planeado su muerte.

En ese caso, si Harlew escribió el mensaje, ¿por qué razón no se lo llevó el criminal?

Una huida precipitada del asesino no podía ser la respuesta a esta pregunta.

La hipótesis de Cardona incluía el cierre deliberado, con llave, de la puerta y luego introducir la llave por debajo.

La Sombra vio la respuesta.

Era la que Cardona había dado y, sin embargo, el famoso detective la había rechazado por imposible.

¡La Sombra adivinó que el asesino de Schuyler Harlew no entró en aquel cuarto!

Aproximándose a la ventana, se detuvo delante de la mesa, en el

lugar mismo donde Harlew se incorporó en su sillón. Mirando por el hueco de la ventana entornada, La Sombra, todavía con la leve sonrisa de Lamont Cranston, vio un objeto al otro lado de la calle.

La *limousine* de Cranston estaba estacionada al lado del objeto; era éste un alto poste de teléfono que tenía infinidad de alambres agrupados en sus altos travesaños. Un poste de extraordinaria altura.

Su extremo superior sobresalía por encima del nivel de la ventana de Harlew. El poste era apenas visible contra el cielo de la noche.

Observó el comisario, señor Weston:

—Nos marchamos, Cranston.

El fulgor de los ojos de La Sombra había desaparecido, cuando la elevada figura de Lamont Cranston se volvió de la ventana. Aquel fulgor reapareció un instante, cuando los mismos ojos se enfocaron sobre el estilete que Cardona había depositado sobre el papel.

Fuera del cuarto de la muerte, el comisario, señor Weston, se volvió para mirar el cadáver como lo viera la primera vez. Cardona estaba a su lado. El policía estaba esperando, para cerrar la puerta. Cranston, detrás del grupo, observaba.

Dijo el comisario:

—Es extraña la posición de esas manos. Una sobre la otra; los dedos extendidos en la izquierda; la mano derecha crispada, como para luchar con el asaltante.

Replicó Cardona:

—Ya lo he observado. Fue lo primero que me chocó al entrar. Es una de esas posiciones peculiares que suelen verse en muchos cadáveres de asesinados.

—Vamos —sugirió Weston—. En cuanto a esa nota, Cardona —hizo una pausa para tamborilear en el papel amarillo que el detective tenía en la mano—, no se deje engañar por ella. Si este individuo que creemos es Harlew tenía que dar un nombre, ¿por qué no lo dio?

—Parece sospechoso, verdaderamente —asintió el detective.

Lamont Cranston estaba aún parado junto a la puerta cuando el comisario y el detective echaron a andar hacia la escalera. El también había observado la posición de las manos de Schuyler Harlew cuando él entró en el cuarto. Los ojos de La Sombra eran

agudos. Estaban fijos sobre las manos muertas cuando el policía cerró la puerta.

Una risa susurrada, apenas un débil eco, brotó de sus labios delgados cuando Lamont Cranston descendió por el pasillo, para alcanzar a los hombres que bajaban la escalera.

Era la risa de La Sombra emitida *sotto voce*, para que nadie pudiese oírla.

Era la respuesta de La Sombra a las preguntas que Weston y Cardona habían rechazado considerándolas de escasa importancia.

Schuyler Harlew fue atacado cuando estaba en la mesa. Con el cuchillo clavado en la espalda, se apartó, tambaleándose, de la ventana, y cayó contra el suelo. Había perdido la ocasión —en el instante crítico— de escribir el nombre del hombre cuya furia temía.

Moribundo, intentó subsanar aquella negligencia. Con el nombre de su enemigo en los labios, hizo todo cuanto le era posible para dejar algún indicio de su pensamiento final.

Muñecas cruzadas; tres dedos extendidos; un puño abierto. Cuando La Sombra los observó desde la puerta, comunicaban algo importante, al parecer. Weston no lo había visto. Cardona tampoco lo había observado. No obstante, La Sombra lo sabía.

¡De las manos paralizadas por la muerte, el insuperable investigador obtuvo una pista vital para establecer la identidad del monstruo, que sentenciara a muerte a su sicario!

Con labios inmóviles —los labios de Lamont Cranston— La Sombra pronunció una sola palabra, que surgió como un sorprendente resultado a su solución del desesperado esfuerzo, que hiciera Schuyler Harlew para revelar el nombre de un criminal.

La mano derecha, tres dedos extendidos con las puntas hacia la puerta, denotaban la letra eme. La mano izquierda, con el pulgar y el índice en forma de círculo, significaba la letra o. Las muñecas cruzadas, colocadas con un esfuerzo final y supremo, representaban la letra equis.

Estas eran las tres letras que formaban el nombre que La Sombra pronunció: una palabra sibilante que terminaba en un silbido cuchicheado, con un susurro:

—¡Mox!

CAPÍTULO IV

LA PISTA INTERRUMPIDA

EERAN después de las diez cuando el comisario, señor Weston, y Lamont Cranston se reunieron con José Cardona en el piso que Schuyler Harlew había ocupado anteriormente.

De nuevo Cardona se hizo cargo de la investigación, mientras el comisario y el millonario observaban.

El piso de Harlew estaba amueblado con sencillez. No se encontraron papeles ni otros documentos que pudieran haber servido de pista.

Era probable —Cardona había expuesto este hecho— que el asesino hubiese entrado con el propósito de desvalijar la casa. A pesar de lo minucioso de su investigación, el detective no pudo encontrar el menor vestigio de algo que le proporcionase una pista.

Harlew era un hombre que había vivido solo. Entraba y salía a su capricho.

Su profesión era desconocida. No obstante, siempre pagaba puntualmente su alquiler por anticipado. Varias personas le habían visto en el pisito pocos días antes.

Cardona cogió un listín de teléfonos de Manhattan. Lo sacudió con el objeto de ver si contenía algunos papeles sueltos. Tiró el grueso volumen al suelo.

Cayó con la cubierta levantada cerca de los pies del comisario.

El señor Weston no prestó atención al listín. Observaba cómo Cardona abría el cajón de una mesa. No obstante, Cranston miró hacia el libro. Sus ojos agudos y escrutadores observaron el leve vestigio de una escritura a lápiz.

Por vez primera esta noche, Lamont Cranston ofreció una sugerencia a José Cardona. Díjole:

—Mire la cubierta de ese listín.

Cardona, girando sobre sus talones, lanzó una mirada al millonario y luego recogió el listín y lo depositó sobre la mesa. A la luz de una lámpara la escritura levísima, aparecía bien clara. Cardona descifró las iniciales B.U.; los números 2 — 6 — 0 — 8 — 4.

—Burset 2 — 6084 —anunció el inspector en funciones—. Debe ser el número que Harlew llamó. Es un número de Manhattan, probablemente a la altura de la calle Setenta y tantos.

El detective cogió el teléfono. El comisario, mirando el listín, observó que evidentemente se había borrado el número, pero no del todo. Se maravilló de la vista de Lamont Cranston; luego, mirando a Cardona, formuló una protesta.

—No está usted llamando a ese número...

—No —repuso el detective—. Telefono a la Jefatura. Voy a ordenar a Markham que lo localice y me informe rápidamente. Después, podemos personarnos allá.

Markham, un sargento detective del cuartel general, respondió a la llamada de Cardona. Después de darle, las instrucciones pertinentes, Cardona colgó el aparato y esperó una respuesta. Llegó al cabo de doce minutos. Cardona dio unas instrucciones rápidas; luego se volvió hacia los otros. Manifestó:

—El lugar es una casa de varios pisos, de estructura anticuada; con un solo teléfono. Markham ha salido para allá. Podemos encontrarle allí. Al parecer, el propio dueño de la casa habita en ella. Calle Setenta y Nueve, Este.

El trío partió en el automóvil de Cardona. Cuando llegaron a su destino, Markham les estaba esperando con otro detective. Anunció que otros agentes vigilaban la casa, por si fuese necesario practicar un registro.

—Veremos al propietario —decidió Cardona apuntando a una ventana de la planta baja.

El comisario asintió con la cabeza.

Cardona había indicado la ventana, porque ostentaba un rótulo: “Pisos por alquilar”.

Un hombre de aspecto raro y edad mediana abrió la puerta. Retrocedió atemorizado cuando Cardona exhibió una placa. Comenzó a hablar en tono preocupado y suplicante. Cardona señaló

a los otros que entrasen en una habitación pequeña que servía de oficina, y empezó a hablar:

—¿Usted se llama Mursled? —interrogó a base de la información facilitada por el sargento Markham.

El hombre asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Quién ha estado telefoneando aquí, además de usted? —interrogó Cardona, señalando al teléfono mientras hablaba.

—Los inquilinos —respondió el hombre de edad mediana, usando aún su tono quejumbroso—. Bajan y yo les dejo usar el teléfono, si no lo solicitan con demasiada frecuencia.

—¿Quiénes son los inquilinos?

—La vieja señora del segundo piso, de la parte de delante; las dos mujeres que tienen el segundo piso, de detrás. El tercer piso exterior está desocupado. Pero el tercer piso interior...

—¿Quién vive ahí?

—Un individuo que usted debe andar buscando. Se llama Greerson, Peter Greerson. Tiene dinero, no mucho. Siempre paga con puntualidad.

—¿A qué se dedica?

—Dice que es inventor. Le he visto traer grandes rollos de papel, con dibujos en ellos.

—¿Está arriba ahora?

Mursled meneó tristemente la cabeza. Su rostro tomó una expresión de pesar. Declaró:

—El señor Greerson ha salido. Tal se ha marchado definitivamente. Estuvo aquí esta noche. Y me dijo que posiblemente no volvería. Manifestó que espera recibir dinero de alguna parte. Se llevó unos dibujos y dijo que si no volviese podría conservar las cosas que tiene arriba, ya que no son de importancia, a no ser que mande a buscarlas.

—¿Se llevó una maleta?

—Dos. Grandes. ¿Por qué no? Yo no podía impedir que se marchara. Tiene pagado por anticipado.

—Echa un vistazo arriba, Markham —ordenó Cardona. Luego, cuando el sargento salió a obedecer las instrucciones, volvióse de nuevo hacia el hombre de edad mediana—. ¿A qué hora fue eso?

—Eran las diez y cuarto —declaró Mursled—. El señor Greerson parecía tener mucha prisa cuando llegó. Creo que tenía un taxi

esperándole fuera. No estoy seguro de ello.

—Son cerca de las once y media ahora —gruñó Cardona—. Esto significa que ha tenido una hora para escapar.

Mursled, pestañeando a través de un par de gafas, mostró interés al oír la observación de Cardona. El propietario de esa casa de viviendas, era uno de esos individuos cuya curiosidad es más poderosa que el miedo.

—¿Por qué busca al señor Greerson? —preguntó.

—¡Por asesinato! —respondió Cardona aproximándose amenazador al hombre interrogado.

—¿Ha matado a alguien? —Mursled estaba espantado.

—Ha asesinado a un hombre —declaró Cardona, mirando con fijeza a Mursled—. A un hombre que conocía el número este teléfono. A un individuo llamado Schuyler Harlew.

—¿Harlew? —Mursled pronunció el nombre vivamente—. Oí al señor Greerson hablar a ese hombre, hace una semana, por este teléfono. Le oí pronunciar el nombre, Harlew.

—Refiérame la conversación.

—No la recuerdo, señor. Sólo recuerdo el nombre de Harlew. Eso fue, Harlew.

Markham entró mientras Cardona seguía mirando al propietario de la casa de viviendas. El sargento informó que había entrado en el piso posterior del tercero.

—No hay gran cosa allí —anunció—. Parece ser que el hombre embaló sus cosas y se marchó.

—Voy a subir —repuso Cardona—. Cuídese de este hombre, Markham.

Mursled se desplomó en un sillón. Su voz lloriqueaba insistiendo en que no había hecho nada.

Cardona giró sobre sus talones. Seguido del comisario y de Lamont Cranston, subió la escalera.

En el piso de Greerson, el detective comprobó la descripción que hiciera el sargento. El lugar estaba pobremente amueblado y sucio; pero entre los artículos que aparecían esparcidos por todas partes, no había al parecer nada de verdadera importancia.

Una hoja de papel de dibujo, grueso, estaba clavada aún con tachuelas al caballete de dibujante. Diversas pilas de papel mostraron tan sólo unos planos de aparatos mecánicos. Unas

cuantas herramientas y varias piezas rotas de aparatos eléctricos, eran los únicos artículos abandonados.

Cardona observó:

—Esto tiene todo el aspecto del estudio de un inventor. Todo esto puede ser un *camouflage*. Es posible que ese Greerson se hiciese pasar por inventor.

Tras una breve deliberación, el detective se volvió hacia el comisario Weston. Brevemente expuso su opinión y declaró con énfasis:

—Señor comisario: no podemos hacer nada más esta noche. Sabemos que Schuyler Harlew, el individuo asesinado, debe de haber telefonado algunas veces a esta casa.

“La cuestión es la siguiente: ¿a quién telefoneó aquí? Puede haber querido hablar con otra persona, a quien Mursled pudo haber llamado. En ambos casos Mursled puede inventar una persona imaginaria en este piso.

“Pero observé atentamente a Mursled cuando le interrogaba —continuó—. Me parece ser lo que él pretende: simplemente el propietario de una casa de viviendas que habita en su propia casa. Si hay alguna cosa sospechosa o falsa en su historia, lo averiguaré muy pronto.

“Entretanto, voy a suponer que existe un Peter Greerson, un individuo que pretendía ser un inventor, que vivía en este piso. Ese es el hombre que debemos capturar.

—¿Por el asesinato de Harlew? —añadió el comisario.

—Sí —asintió el detective—. La pista se ha interrumpido. Pero la volveré a encontrar, y al final de ella encontraré al asesino. ¡Peter Greerson es el hombre que buscaré desde ahora en adelante!

—Es una hipótesis muy lógica —elogió el comisario—. Tengo que felicitarle, Cardona, por la manera eficiente con que ha seguido esta pista hasta este momento. Continúe, su buena labor, hasta localizar a Peter Greerson.

Acompañado de Lamont Cranston, el comisario Weston bajó la escalera. En el camino, continuó los comentarios que había hecho en presencia de Cardona. En tono confidencial, dijo:

—Cardona es el mejor sabueso que tenemos en el cuartel general. Posee una aptitud innata para rechazar lo inútil y recoger lo útil. Profundiza de una manera excelente. A veces incurre en

equivocaciones —es un intuitivo—; pero esta noche ha estado inspirado.

“Es evidente —continuó—, que Peter Greerson tomó las de Villadiego una hora antes de que él llegase. El pájaro voló del nido. Cardona hará todo lo posible para restablecer la pista interrumpida. Cuando haya localizado a Greerson, tendremos al asesino.

—Exacto —asintió Lamont Cranston. Había una nota sutil en la observación del millonario. Weston no la notó. No se dio cuenta del matiz sarcástico.

Ignoraba que por el poderoso cerebro que se ocultaba, tras el disfraz de Lamont Cranston cruzaban una serie de pensamientos sutiles.

La Sombra pensaba en las palabras del mensaje de Schuyler Harlew:

“La muerte ha sido la suerte de otros... La muerte continuará fulminando... He ayudado a un monstruo en sus proyectos de muerte... La medianoche, las doce, es la hora que el monstruo elige...”

¿Por qué había recalcado Schuyler Harlew estos puntos?

La Sombra sabía la respuesta. El enemigo que Harlew temía era un hombre mucho más poderoso que el desaparecido Peter Greerson.

El comisario Weston y José Cardona habían rechazado el mensaje dirigido a La Sombra. No obstante esa misiva había llegado a su destino. Bajo el disfraz de Lamont Cranston, millonario trotamundos, La Sombra había leído, palabra por palabra, las líneas garabateadas.

Veía claramente la relación existente entre Schuyler Harlew y Peter Greerson. La amenaza de muerte cerníase sobre otros; indudablemente, Peter Greerson era uno de ellos.

El inventor se marchó precipitadamente con sus maletas y planos.

¡Dirigíase, sin sospecharlo, al encuentro del siniestro criminal que había proyectado su muerte!

—¡Mox!

El nombre quedó en los labios silenciosos de La Sombra. Ese era el peligroso criminal que La Sombra debía localizar y fulminar. Una serie de asesinatos marcaban la carrera pasada de Mox. En este momento, el monstruo disponíase a cometer otro crimen, sin ser

molestado.

La localización de Peter Greerson descubriría al asesino, pero el asesino no sería Peter Greerson. Este era el descubrimiento de La Sombra. Rara vez el invicto luchador habíase visto obligado a esperar mientras se tramaba un crimen. Esa noche ese era el caso.

Cuando el automóvil se detuvo delante del Cobalt Club, el comisario Weston se apeó. Lamont Cranston hizo una pausa antes de seguirle... ¿Creyó que ya no era necesario?...

Dentro de los estrechos límites del auto, una sonrisa siniestra brotó como un susurro. Era la risa de La Sombra: risa que presagiaba una lucha hasta el fin entre el poderoso vengador y el monstruo que se llamaba a sí mismo Mox.

CAPÍTULO V

EL TOQUE DE LAS DOCE

¡LA risa susurrada de La Sombra!

Ese sonido tuvo su eco a muchas millas de Manhattan.

Llegó en la forma de un silbido agonizante, cuando la locomotora de un tren se detuvo en el andén obscurecido de una estación.

Un hombre bajó del tren. Llevaba dos maletas y un rollo de cartón largo bajo el brazo. Alzando la vista, miró el rótulo de la estación, apenas visible a las luces de las ventanillas de los coches. Vio el nombre: Davenport..

El tren resopló saliendo de la estación. Cuando sus luces traseras se alejaron, un hombre fornido entró en el tenue resplandor y se aproximó al recién llegado, que estaba en el andén.

—¿El señor Greerson?

—Sí.

—He venido a llevarle a usted a casa de Mox. El auto está esperando.

Cogiendo las maletas, el hombre fornido llevó a Greerson a un automóvil que se hallaba estacionado.

El inventor subió al auto, a la parte posterior; el hombre fornido cogió el volante. El coche arrancó alejándose del andén obscurecido.

La ciudad de Davenport, tal como Peter Greerson la veía por la ventana del *sedan*, era regularmente grande. La estación estaba alejada del centro de la población. El camino que el chofer seguía no pasaba por el distrito comercial.

No obstante, pasó bastante cerca para que Greerson pudiera observar las luces que aun brillaban cuando la medianoche se

acercaba.

El coche tomó una ancha avenida bordeada de árboles. Entró en una calle transversal. Penetró en una calzada.

Escudriñando por la ventana, Peter Greerson observó que se encontraban en los terrenos de un viejo caserón. El chofer se apeó y abrió la portezuela.

Greerson bajó. El chofer lo condujo a la casa, donde una puerta lateral se abrió y Greerson fue saludado por un sirviente alto y grueso.

El inventor se estremeció ligeramente cuando la puerta se cerró tras él.

Había algo en las maneras del criado, junto con su rostro siniestro, que le hizo presentir un peligro. Sus temores terminaron cuando el criado habló:

—¿Tiene usted su mensaje?

Greerson sacó un papel doblado de un bolsillo. El criado lo leyó. Emitió una llamada ronca; otro sirviente apareció, tan desgarrado y siniestro como el primero. Recibió el papel y desapareció por un lúgubre pasillo. Greerson oyó sus pasos, subiendo por una escalera.

Transcurrieron unos minutos larguísimos, mientras el inventor esperaba con el primer criado. Luego sonaron unos pasos. El mensajero había vuelto, y en tono solemne anunció:

—Mox le recibirá.

El hombre cogió las maletas de Greerson. El inventor llevaba el rollo de cartón. Con el criado abriendo la marcha, los dos atravesaron el pasillo y subieron por una escalera crujiente y zigzagueante.

Cruzaban un pasillo en el segundo piso. Llegaron a una sala confortable, donde un fuego ardía alegremente en el hogar.

Greerson se quitó el sombrero y el gabán. Giró la vista en torno de la habitación y observó a un perro que descansaba en un rincón.

Vio que el animal era un danés. De tamaño mediano, su blanca piel adornada con varias manchas oscuras, el perro era indudablemente de pura raza. Mientras, Greerson lo miraba, el perro gruñó y alzó su larga y puntiaguda cabeza. No obstante, no demostró ninguna otra señal de hostilidad.

Un libro abierto sobre una mesa y un cenicero del que se alzaba una columnita de humo demostraban que hacía poco hubo alguien

en la habitación. Greerson se imaginó que Mox, el hombre a quien había ido a ver, volvería pronto. En vez de él, llegó el criado anunciando.

—Mox va a recibirle. ¿Tiene usted algunos artículos en estas maletas que haya de enseñarle?

Greerson asintió con la cabeza.

El criado cogió las maletas. Llevó al inventor por el pasillo y a poco se detuvo. Puso una mano sobre una puerta secreta. Esta ascendió. Apareció una entrada iluminada; al otro lado había otra puerta secreta.

El criado indicó a Greerson que entrara por la abertura. Los dos franquearon el espacio cuadrado. El criado hizo descender la puerta tras ellos. Luego apretó un resorte de la puerta secreta que aparecía delante. Se alzó también y Greerson vio un cuartito amueblado de manera extraña.

Un hombre estaba sentado detrás de una mesa baja. El sillón que ocupaba tenía un respaldo muy bajo, una peculiaridad que tenían los otros sillones que había en la estancia. Había un armario para libros, bajo, junto a la pared.

Al otro lado del hombre sentado, en contraste con el reducido tamaño del cuarto, había un enorme hogar, desproporcionado con las dimensiones de la pieza.

No obstante, fue el hombre lo que interesó a Greerson. Era imposible decir qué estatura tenía mientras estaba sentado. Su edad debía ser avanzada, a juzgar por su aspecto. El hombre tenía una espesa barba gris y cabellos del mismo color.

El viejo murmuró:

—Siéntese, señor Greerson. Aquí, junto a la mesa. Hemos de hablar.

El sirviente se había retirado.

Greerson depositó sus maletas junto a la mesa y tomó asiento. Miró atentamente al anciano que estaba al otro lado de la mesa. Tuvo la impresión, de cerca, de que la barba y el pelo eran postizos.

Greerson dijo:

—Para empezar, señor Moxton, le diré que dudé en venir aquí.

—No diga eso —repuso el viejo en su tono chillón—. No me llame señor Moxton. Soy Conocido por Mox. Llámeme eso. Yo soy Mox el gran adaptador.

Mox miró con ojos agudos a su visitante. Observó, la expresión aprensiva que apareció en el rostro delgado de Greerson. El inventor era un individuo enclenque que mostraba los efectos de una vida sedentaria.

Dijo Mox con una extraña risita:

—Esté tranquilo, amigo. Yo, como usted, prefiero la vida retirada y tranquila. Nuestro amigo mutuo, Schuyler Harlew, me dijo que le había informado a usted de esto.

—Exacto —respondió Greerson—. Me dijo que usted pagaba buen precio por los inventos.

—Así es —confirmó Mox—. Soy un hombre muy rico, amigo mío. Estoy siempre dispuesto a tratar generosamente a los que me proponen algún invento útil y práctico. Yo soy un adaptador, no un inventor. Por mediación de Harlew, en calidad de descubridor de inventores oscuros, he prestado una gran ayuda a muchos hombres como usted.

—Tengo mis planos —dijo Greerson cauteloso—, y también mis modelos. Los he traído, en la creencia de que pagará el precio que yo pida.

—Diga el precio.

—Cien mil dólares —carraspeó Greerson. Luego, en vista de que Mox no hizo el menor gesto, añadió—: Vale un millón por lo menos. Mox asintió solemnemente.

—Le pagaré lo que pide —murmuró—. Veamos los planos y los modelos.

Mientras hablaba, abrió un cajón de la mesa de despacho y extrajo de él cuatro fajos de billetes. Greerson se atragantó a la vista del dinero.

Desenrolló las láminas de su invento y las extendió sobre la mesa. Luego abrió las maletas.

—Este aparato —dijo mostrando un modelo terminado— aumentará extraordinariamente la potencia de las dínamos...

Mox movió una mano, indicando su silencio. Estaba estudiando los planos.

—Comprendo —dijo su voz aguda—. Tengo una gran confianza en los informes de Harlew. Él me dijo que usted había perfeccionado su invento, pero que carecía de medios económicos para poder continuar trabajando en el mismo.

—En efecto —dijo Greerson—. Obtener la patente me haría perder mucho dinero; lo necesito ahora. Sería un gran error exponer estos proyectos ante los representantes de una gran corporación. Cuando conocí a Harlew mostró gran interés...

—Tiene usted razón, amigo mío —dijo—. Este invento daría mucho dinero al que lo desarrolle. Yo seré ese hombre. Vale mucho más de lo que usted ha pedid.

De encima de la mesa cogió quince fajos de billetes. Los otros los volvió a meter en el cajón. Puso frente a los ojos de Greerson la fortuna que había apartado.

—¡Ciento cincuenta mil dólares! —dijo Mox con voz de triple—. Diez mil en cada paquete. Eso es lo que le pagaré por su invento. Venga; le entregaré el dinero en mi gabinete. Sus planos y modelos son míos; los dejaré aquí.

Greerson se volvió hacia el panel. Estaba maravillado. En un espacio de varios minutos había efectuado la venta y estaba a punto de recibir la mitad más de lo que había pedido por el fruto de sus desvelos. ¡Ciento cincuenta mil dólares! ¡La fortuna con la que él había soñado tanto tiempo!

Al llegar al panel, Greerson se volvió para interrogar. Mox estaba aun sentado a la mesa del despacho. El anciano oprimió un botón y el panel se levantó. Hizo un movimiento con la mano, invitando a Greerson a que franqueara la entrada.

Este obedeció, observando que Mox se disponía a apretar con el índice otro botón, seguramente para hacer levantar el panel del otro extremo de la entrada.

Mox sonrió de alegría. Desde el umbral Greerson le miraba con fijeza. Vio al viejo que acariciaba el fajo de billetes con la mano izquierda; la derecha la tenía sobre el resorte. Percibió el reloj que sobresalía por la cabeza de Mox.

Oyóse el sonido argentino de un timbre. Luego las campanitas del reloj desgranaron las doce de la noche.

Mox apretó el botón con fuerza. Un grito de angustia se escapó de los labios de Greerson. El suelo se hundía a sus pies. Dos portezuelas se abrieron hacia abajo en el mismo lugar en que él se erguía.

El panel interior empezó a descender. Al caer, Greerson, exhalando un grito de pavor, hizo un vano esfuerzo por asirse

desesperadamente al suelo de la habitación. No consiguió nada. Los dedos se deslizaron rápidamente por la superficie encerada.

Con un aullido de agonía, el desgraciado inventor cayó en la trampa mortal que Mox le había preparado.

El viejo no oyó el grito espeluznante de Greerson, ni el sordo ruido de su cuerpo al chocar contra el fondo del pétreo pozo que ocultaba la trampa. Las dos portezuelas tapaban de nuevo la abertura. El panel se había cerrado.

Cualquier sonido, por ruidoso que fuese, habría quedado ahogado por aquellas paredes.

Los planos del inventor, los modelos estaban en poder de Mox. El monstruo de maldad había robado el fruto del genio de Peter Greerson. El precio de su invento no lo había pagado Mox, sino su propio autor... con la muerte.

Las lentas campanadas del reloj continuaban. Mox guardó de nuevo el dinero, que ofreciera a Greerson, en el cajón de la mesa. Se acercó al panel y lo abrió. Se aventuró en la entrada, que ya no ofrecía peligro alguno, y alzó el panel exterior.

Ambos descendieron cuando el reloj dio la última campanada de las doce.

En el corredor, Mox rió mientras se dirigía con los hombros encorvados hacia el gabinete, donde el soberbio danés dormitaba en un rincón y el fuego ardía alegremente en el hogar de la chimenea.

Una figura extraña apareció a la entrada de la habitación. Era un criado a quien Greerson no había visto; un tipo de hombre curiosísimo de la estatura de un pigmeo, que evidentemente había estado escondido en cualquier parte del gabinete, mientras se producían los acontecimientos anteriores.

Mox hizo una mueca humorística al observar a esta criatura que parecía estar formada exclusivamente de piernas y brazos.

—¿Otro, amo? —preguntó el enano con tono áspero.

—Sí —respondió Mox con voz atiplada—. Otro. El último fue tuyo, Sulu; éste ha sido mío. Ya tendremos más. Todo es cuestión de tiempo.

CAPÍTULO VI

LA SOMBRA ACTUA

BRILLÓ una luz en el santuario de La Sombra. Era un resplandor azulado, se reflejaba en la pulida superficie de la mesa, proyectado por la lámpara incandescente que colgaba del techo.

Dos manos blanquísimas descansaban sobre la mesa. En el dedo medio de la mano izquierda refulgía una gema de color irisado. Era un girasol, un ópalo de fuego de un tamaño extraordinario. La única alhaja que La Sombra lucía, y sus destellos deslumbrantes, con sus relámpagos de luz intermitente, simbolizaban el misterio de La Sombra. Apareció un paquete de recortes de periódicos.

Los dedos activísimos empezaron a separar los trocitos de papel, eligiendo dos de entre ellos. Eran de fechas distintas; procedían de ciudades diferentes.

En uno de ellos se relataba la desaparición de un excéntrico inventor, Joel Neswick, que habitaba en Filadelfia. El otro mencionaba a otro inventor, Curry Durlan, que había salido de Cleveland para un viaje al Este, sin que hasta la fecha se conociese su paradero.

En una hoja de papel blanco, La Sombra escribió un solo nombre de tres letras: Mox. Debajo de aquél, en la misma columna, pero con cierta separación, escribió dos nombres más.

Formaban un triángulo, en la forma siguiente:

Mox

Schuyler Harlew Peter Greerson

La Sombra hizo una pausa. Examinó atentamente los recortes. Primero cogió el más reciente de ellos. Era un artículo del diario de Cleveland.

Entonces, la Sombra, con súbita deliberación, añadió otros dos

nombres a su lista. El texto final contenía los siguientes nombres:

Mox

Schuyler Harlew

Peter Greerson

Curry Durland

Joel Neswick

Delgadas líneas, dibujadas por la mano de La Sombra, unieron el nombre de Harlew al de los otros tres inventores. A pesar de ser una lista hipotética, constituía una verdad irrefutable.

Schuyler Harlew estuvo en contacto con Peter Greerson. Harlew confesaba, en su declaración, que condujo varios hombres al monstruo, a sabiendas de que los llevaba a la muerte. En el último esfuerzo de su vida Harlew deletreó el nombre de Mox.

Así, pues, razonaba La Sombra, Peter Greerson fue a visitar a Mox. El rasgo característico de Greerson era sus trabajos como inventor. Por esta razón, La Sombra eligió, entre un gran número de hombres desaparecidos, aquellos que se dedicaban también a los inventos.

Tal vez Durland o Neswick no tenían relación alguna con los otros de la lista; recíprocamente, podían existir otras muchas desapariciones de las que aun no se tenían noticias. José Cardona habría experimentado una gran sorpresa si hubiese logrado leer los nombres escritos por La Sombra. Entonces habría conseguido desenredar uno de los hilos de la enmarañada madeja.

Probablemente existiría otra víctima que no tardaría en visitar ingenuamente la mansión de muerte, cuya existencia no ofrecía duda alguna a La Sombra.

La desconocida morada del monstruo a quien tanto temía Harlew... El cubil de la fiera sanguinaria... Mox.

En otro trozo de papel, La Sombra empezó a escribir frases sueltas, con una pluma nueva de la que fluía la tinta de color azul vívido. Estas anotaciones eran como pensamientos cristalizados. Expresaban el trabajo del cerebro de La Sombra.

Cuando se secó la tinta, los escritos se desvanecieron. El líquido coloreado era de una especie que desaparecía sin dejar trazas.

Inventores.

La Sombra pensaba en los hombres de la clase de Greerson, que pudiese haber en Nueva York. Cualquiera de ellos a quien esperase

el triste fin de Greerson, estaría en ese momento en la ciudad o llegaría a ella en un plazo breve en su camino hacia la muerte.

Burke.

El buscar a estos inventores sería la misión del reportero. Harlew había localizado a aquellos hombres; Burke, con su trabajo efectivista, encontraría uno o más a quien Harlew hubiese convencido para visitar a Mox. Sus relaciones con *El Clásico* le servirían de mucho en este caso.

Greerson.

La mano de La Sombra hizo una pausa al escribir el nombre del inventor sobre el papel. Cuando la palabra se desvanecía, añadió:

Partida.

Luego, finalmente:

Estación.

Greerson —así lo dijo el propietario de la casa de viviendas— se llevó dos maletas y tomó un taxi a las diez y cuarto. El hecho de que Greerson tuviese tanta prisa indicaba que tenía el propósito de tomar un tren.

Así la hora de la partida del Grand Central o de la estación de Pensilvania dependería de un rápido viaje desde la calle Setenta y tanto. Cualquier tren que Greerson hubiera podido tomar, habría salido antes de las once.

El razonamiento de La Sombra quedó evidente cuando su mano escribió los nombres de las dos grandes estaciones. Pero La Sombra no pasó por alto otras posibilidades: los trenes que partían de las estaciones de Nueva Jersey, accesibles por el subterráneo de Manhattan.

En éstas, así como en otras grandes estaciones de Nueva York, la salida habría de ser también cerca de las once.

Si La Sombra se hubiese detenido aquí, el rastro de Peter Greerson habría terminado. No obstante, La Sombra añadió otra anotación: un recuerdo de una frase que aparecía en la declaración de Harlew, encontrada en la mesa del muerto:

Medianoche.

¡La hora que Harlew había temido; La hora en que Mox, el monstruo, sembraba la muerte; la hora en que descargaba sus golpes mortales! Una risa escalofriante resonó en el santuario de La Sombra.

¡Dondequiera que Peter Greerson hubiese estado, el hombre sentenciado a muerte debió llegar holgadamente antes de la doce de la noche!

Las manos de La Sombra desaparecieron. Cuando volvieron a la luz, asían un mapa delgado. Extendieron el mapa sobre la mesa. Luego aparecieron itinerarios de trenes. Moviendo las manos rápidamente, mas sin esfuerzo aparente, La Sombra inició las consultas.

Sus largos dedos sacaron unos alfileres de cabeza blanca y los colocaron en diversos lugares del mapa. Cuando los itinerarios fueron puestos a un lado, diversas porciones del mapa, dentro de un radio de cincuenta millas de Manhattan, estaban señalados con los alfileres indicando los destinos posibles adonde Peter Greerson pudo haber ido.

El proceso de eliminación comenzó. Estudiando ciertos alfileres La Sombra los movió. Sin embargo, su búsqueda no se había limitado sólo a unos pocos puntos. Connecticut, Nueva Jersey, Long Island y otros lugares a lo largo del río Hudson, mostraban alfileres indicadores que podrían, cualquiera de ellos, haber sido el lugar que La Sombra buscaba.

Los lugares que La Sombra había escogido formaban una especie de arco, con Manhattan como centro del círculo parcial. Aunque se necesitaría una semana o más para visitar todas las ciudades posibles, saliendo de Nueva York, o entrando, un automóvil podría realizarlo fácilmente haciendo un viaje en circunvalación.

Colocando unas hojas de papel sobre el mapa, La Sombra formó dos itinerarios. Metió cada uno de ellos en un sobre separado y dirigió uno a Clifford Marsland; el otro a Harry Vincent.

Usando la tinta que desaparecería al entrar en contacto con el aire, La Sombra escribió un mensaje en clave en una tercera hoja de papel. Dobló la nota y la metió, con los sobres pequeños, en un sobre grande.

Con tinta indeleble, dirigió el sobre grande a Rutledge Mann, Edificio Badger, Nueva York. Mann era un agente de enlace de La Sombra. Recibiría esta carta en su oficina.

Comprendería el mensaje escrito en clave, leyéndolo antes de desaparecer.

Como resultado, Mann comunicaría con Marsland y Vincent.

Estos eran dos agentes activos. Cada uno de ellos tomaría una ruta diferente.

En las ciudades que La Sombra había elegido, buscarían a un individuo cuyo nombre se asemejase al de Mox.

CAPÍTULO VII

LOS RASTROS CONVERGEN

LAMONT Cranston estaba de pie en el vestíbulo del Cobalt Club. Con un cigarrillo en sus labios delgados, el millonario tenía un aire distraído y lánguido. En realidad estaba muy alerta. Tras su exterior negligente se ocultaba la asombrosa intuición de La Sombra.

Esta era la segunda noche desde la desaparición de Peter Greerson. Durante el período de intervalo, la elevada figura de Lamont Cranston no había sido visto más que de vez en cuando en el Cobalt.

Había un motivo para ello; durante ambas noches, La Sombra había estado practicando algunas indagaciones por su cuenta.

Vestido de negro, había vuelto a visitar la habitación donde Schuyler Harlew había muerto, el piso donde el muerto había residido anteriormente y las habitaciones que Peter Greerson había ocupado en la calle Setenta y Nueve. A pesar del registro minucioso que efectuara, no había encontrado ninguna pista de Mox, el hombre a quien buscaba.

Harlew o algún enemigo del muerto había destruido la huella. Greerson no había dejado nada que sirviera para su rastro. Por primera vez, La Sombra se había encontrado con una pista ciega.

Sin embargo, entretanto, sus agentes no habían estado ociosos. En cumplimiento de la misión que su invisible jefe les había encargado, habían estado remitiendo informes por mediación de Mann y de Burbank.

Hasta ahora a pesar de sus esfuerzos, no habían conseguido descubrir ninguna cosa de importancia.

Lamont Cranston, desde el sitio en que estaba en el vestíbulo, vigilaba el reloj así como las cabinas telefónicas. Las manecillas del

reloj se aproximaban a las once. Si ésta fuese una noche señalada para perpetrar un asesinato, Mox tenía buena probabilidad de salir triunfante.

Sin embargo, Cranston no se movió. Cuando afectaba el continente reposado del millonario, La Sombra siempre representaba a la perfección su papel, indiferente a lo crítico de su situación.

Un repiqueteo sonó en la cabina telefónica. Cranston se acercó en aquella dirección. Su voz reposada respondió a la llamada. El tono de su voz fue reconocido desde el otro extremo del hilo.

—Burbank al habla.

—Informe.

—Informe de Burke. Acaba de averiguar el nombre de otro inventor, Joel Neswick. Teléfono Gotham 5 – 6424. Especialista en aparatos de televisión.

—Informe recibido.

Colgando el receptor, Cranston llamó al número que Burbank le había dado.

Resultó ser un hotelito.

—Lo siento, señor —fue la respuesta—. El señor Neswick partió del hotel a las diez y media de esta noche.

—¿Qué señas ha dejado? —fue la pregunta en el tono de la voz de Cranston.

—No dejó ninguna —respondió el dependiente—. No dijo adónde se dirigía. Probablemente ha salido de Nueva York.

Los ojos de La Sombra escudriñaron desde el locutorio telefónico.

Chispearon al ver el reloj con las manecillas indicando las once.

El descubrimiento de Neswick, realizado por Burke, había sido hecho demasiado tarde. No cabía duda del lugar adonde el inventor se había marchado.

La investigación realizada en el hotel que Neswick acababa de dejar, no dio a La Sombra ninguna oportunidad para salvar la vida amenazada del inventor. La Sombra, simplemente, tuvo la satisfacción de comprobar que sus deducciones fueron acertadas.

El teléfono repiqueteó, cuando Lamont Cranston se disponía a salir de la cabina telefónica. El millonario respondió a la llamada. Sus ojos relampaguearon cuando sus oídos reconocieron la voz de

Burbank.

—Informe de Vincent —fueron las palabras reposadas.

—Informe —susurró La Sombra.

—Vincent llegó a Davenport después de salir de Solswood. Ha averiguado que un hombre llamado Jarvis Moxton habita en un caserón de las afueras de Davenport. Vincent, espera instrucciones.

—Ordenes para Vincent. —La voz de La Sombra sonaba triunfal—. Espere llegada tren de la noche en la estación de Davenport. Intercepte a Joel Neswick, a menos que reciba instrucciones ulteriores.

—Ordenes recibidas —fue la respuesta de Burbank.

Lamont Cranston salió del locutorio telefónico. Cruzó el vestíbulo del Cobalt Club. Apareció en la acera de la calle. Subió a su lujoso automóvil.

—Al garaje, Stanley —ordenó a su chofer—. Quiero usar mi coche de carreras esta noche.

Seis minutos más tarde Lamont Cranston estaba sentado al volante de un automóvil de grandes dimensiones. La capota del coche era muy baja. Este automóvil era ultraveloz.

A su lado, sobre el asiento, el conductor tenía una maleta que había sacado de la *limousine*. Cuando el coche de carreras salió a la calle, una mano abrió la maleta y sacó unas prendas negras. Breves instantes después, sus facciones quedaban invisibles bajo las anchas alas de un sombrero negro.

¡Lamont Cranston se había convertido en La Sombra!

El tren que La Sombra sabía ahora que Neswick debía haber tomado, llegaría a Davenport a las once y cuarenta. El automóvil ultraveloz tardaría veinte minutos en llegar a la carretera principal; aun esto, dependía de que el garaje estaba situado en un lugar ideal para salir rápidamente de Manhattan.

Después venían veinte millas de carretera. Las probabilidades, por consiguiente, de que La Sombra llegase antes de que Neswick se apease en Davenport eran virtualmente nulas.

Harry Vincent era un agente de confianza, pero en una situación desesperada, nadie podía compararse con La Sombra.

El reloj del automóvil de carreras señalaba las once y veintisiete cuando el enorme auto llegó al lugar que La Sombra quería: a la carretera real. El motor rugió cuando el acelerador fue oprimido. El

automóvil de carreras demostró entonces su enorme potencia.

El cuenta millas señalaba la velocidad de noventa por hora. El ultraveloz automóvil rugió, su motor aumentó la velocidad. Al virar a la izquierda para pasar a un coche que iba en la misma dirección, otro vehículo, que salía del borde de una curva de la carretera, obstruyó el paso.

Aun con la misma velocidad, el automóvil de carrera, pareció dar un salto al meterse entre los dos coches para evitar un choque.

El cuenta millas pasó de los ciento ochenta kilómetros cuando La Sombra ejecutó esta audaz maniobra.

El enorme automóvil viró ligeramente; las manos firmes que manejaban el volante lo mantuvieron fijo en su camino. Con una velocidad entre ciento setenta y ciento ochenta, La Sombra rió sarcásticamente cuando el ruido le llegó por detrás. La policía de tráfico intentaba detener al enorme coche.

Habían iniciado la persecución. Aunque una veloz motocicleta no era problema para el coche de La Sombra.

El enorme automóvil disminuyó la marcha a los ciento cincuenta al tomar una curva. Luego reanudó la velocidad mayor. El reloj señaló las doce menos veintidós minutos. Davenport estaba a pocas millas más adelante.

El tren llegaría allí dentro de dos minutos. Cuando La Sombra llegó a un trozo de carretera que corría paralelo con la línea férrea, una risa estridente brotó de sus labios. ¡La risa de La Sombra!

Las luces traseras del tren nocturno aparecían a menos de un cuarto de milla más adelante. ¡El tren llevaba tres minutos de retraso a lo menos!

Presentándosele esta oportunidad, La Sombra no vaciló. El cuenta millas pasó de los ciento ochenta y cinco kilómetros. El veloz automóvil pasó al tren a doble velocidad de la locomotora.

Una curva unos cien metros más adelante quedó revelada por los potentes faros del automóvil de La Sombra. La carretera viraba a la derecha; un paso a nivel apareció a la vista.

Sin dar una sola mirada atrás, La Sombra frenó. El coche disminuyó la marcha para tomar la curva. Con toda calma y precisión, La Sombra viró la rueda cuando el coche alcanzó la velocidad de cuarenta kilómetros por hora.

Un agudo silbido sonó a la derecha. El tren se aproximaba.

Las ruedas delanteras del automóvil saltaron el paso a nivel. A la derecha se aproximaba el faro reluciente de la locomotora. Avanzaba el tren a ochenta kilómetros por hora, lanzado sobre el automóvil.

El coche parecía condenado a la destrucción cuando tocó los raíles más cercanos del cruce. Luego, cuando estaba sobre el cruce, salió disparado al aumentar La Sombra la velocidad.

El automóvil saltó del camino de la locomotora. Dobló a la izquierda tomando otra curva más pronunciada. La locomotora no lo alcanzó por cosa de medio metro.

El tren pasó de largo en medio de un estruendo, mientras el maquinista miraba con ojos desorbitados. Esperaba ver que el afortunado conductor parase su coche; en lugar de eso el automóvil aumentó su velocidad continuando la marcha.

Dejó atrás a la locomotora. Sus luces traseras desaparecieron tras unos árboles, en el momento en que el maquinista moderaba la marcha para entrar en la estación de Davenport.

Con las luces borrosas solamente, el veloz automóvil cortó por una carretera lateral que le permitió llegar a la estación antes que el tren. Aun aquellas luces traseras fueron apagadas antes de que él veloz coche parase.

Silenciosamente, La Sombra saltó a tierra.

El resplandor del faro de la locomotora que se aproximaba reveló a un hombre de pie junto a un *sedan* estacionado, esperando la llegada del tren.

La misma luz mostró a otro hombre, no lejos del lugar donde el coche de La Sombra se había detenido.

Cuando el resplandor terminó, La Sombra se aproximó al segundo hombre, al que reconoció al instante: su ayudante, Harry Vincent.

Por encima del ruido del tren que paraba, Harry oyó el cuchicheo de La Sombra surgiendo de la siniestra oscuridad. Moviéndose afirmativamente la cabeza al obedecer una orden, volviéndose en la dirección del automóvil de La Sombra.

—Informe —fue el cuchicheo.

—El coche de Moxton —respondió Harry bajando la voz—, espera la llegada del tren.

Se oyeron unos pasos. Un hombre, evidentemente Neswick,

bajaba de un coche.

—Informe recibido —susurró La Sombra, envuelto aun en las tinieblas—. Tome mi automóvil de carreras. Siga instrucciones.

Harry subió al enorme coche. Esperó vigilante y vio que el hombre del *sedan* se aproximaba a Neswick cuando el tren empezó a salir de la estación.

Alguna cosa revoloteó sobre las rodillas de Harry Vincent. El joven ayudante cogió un papel doblado.

Las luces del *sedan* se aproximaron. El coche arrancó de su lugar de estacionamiento. Al dirigirse hacia la calle, Harry Vincent se quedó mirando.

La luz trasera había pestañado dos veces. alguna cosa obscureció momentáneamente su resplandor.

Cuando el *sedan* hubo desaparecido, Harry Vincent abrió la nota y leyó las palabras en clave que La Sombra había escrito precipitadamente:

Vuelva al cruce. Tome carretera de este lado, de la línea férrea. Evite así la persecución de la policía de tráfico. Garaje "Unico" en Nueva York.

El joven ayudante apagó las luces.

Puso en marcha el motor y el veloz automóvil salió disparado como una flecha en dirección de la carretera que corría paralela a la vía férrea.

Llegó al cruce, pero siguió adelante en línea recta. Cuando bajaba por una carretera secundaria, entre árboles, percibió el ruido de unas motocicletas.

La Sombra dejó atrás a la policía. No obstante, seguirían buscando el automóvil de carreras en Davenport o más allá. El coche de Harry Vincent estaba cerca de la estación de Davenport.

Esto no importaba. Sabía que La Sombra lo encontraría, caso de necesitarlo.

De lo contrario, Harry podía regresar y recuperar el *coupé* por la mañana.

No obstante, en ese momento deseaba haberse podido quedar en Davenport.

Una vez que hubo localizado la casa de Jarvis Moxton, inquiriendo con cautela, tuvo el convencimiento de que debía ser el lugar que La Sombra buscaba.

Sin embargo, La Sombra había ido a enfrentarse con el peligro solo. Harry sabía el motivo del parpadeo de la luz trasera del *sedan* de Moxton. La Sombra, instalado en la parte posterior del vehículo, iba en calidad de pasajero suplementario, con el objeto de presenciar la entrevista que se celebraría entre el propietario del caserón y el visitante llegado de Nueva York.

Harry Vincent no conocía los pormenores del caso. En su carácter de ayudante de La Sombra, recibía órdenes y las cumplía. No perdía tiempo en especulaciones ociosas. Sin embargo, su sentido común le decía que la misión de La Sombra esa noche debía implicar un grave peligro.

Al suponer esto, Harry Vincent acertaba. Jarvis Moxton, que se hacía llamar Mox, era el hombre que sembraba la muerte para acumular grandes riquezas.

La Sombra, siguiendo a Joel Neswick, se dirigía al cubil de la fiera para frustrar la muerte preparada para las doce de la noche.

¿Lo conseguiría?

CAPÍTULO VIII

EN EL CASERÓN

EL *sedan* se detuvo delante del viejo caserón.

El chofer se apeó y abrió la portezuela para que Neswick bajara. Ninguno de los dos hombres vio a la figura que saltó de la parte trasera del coche. La Sombra se fundió en la oscuridad.

Neswick era visible cuando la puerta de la casa se abrió. La Sombra, escudriñando desde la noche, vio el rostro siniestro del criado que le abrió.

También observó momentáneamente el perfil de Neswick. El inventor era un hombre de facciones firmes y determinadas.

Al otro lado de la puerta, La Sombra vio el lúgubre recibidor que conducía a la escalera. El individuo que llevó a Neswick de la estación a la casa volvió al *sedan* y lo llevó a un cobertizo situado en la parte posterior.

Evidentemente este cobertizo servía de garaje.

La Sombra sabía que era absolutamente necesario actuar con toda rapidez.

También comprendió que el hombre que abriera la puerta no podía ser Mox.

Faltaban aún doce minutos para las doce. Esta era la hora señalada para asestar el golpe fatal.

Trazando un círculo en torno de la casa y del cobertizo, La Sombra observó varias ventanas iluminadas en el otro extremo de la casa. El rey de la noche inició un ascenso.

Cual un ser de la noche, se agarró a las partes salientes de la pared pétreo y alcanzó el nivel de la ventana del segundo piso. El bastidor de la ventana, que estaba cerrado, aparecía tapado por unas cortillas; también estaba cerrado con pestillo.

Asiendo el antepecho de la ventana con manos enguantadas de negro, el rey de la oscuridad escudriñó en el aposento. Vio el resplandor de un fuego en la chimenea. Observó a un perro danés descansando tranquilamente en un rincón. El perro no percibió la presencia del intruso.

Unos pasos sonaron en el pasillo. Joel Neswick apareció, guiado por un sirviente. El criado informó al visitante que Mox le recibiría inmediatamente.

Luego salió.

Durante el minuto que transcurrió después de salir del cuarto el criado, los ojos agudos y escrutadores de La Sombra examinaron más atentamente al inventor. Neswick ostentaba todas las características del genio.

Parecía ser un tipo de hombre meditativo, preocupado con sus propios pensamientos; al mismo tiempo daba la sensación de capaz de reaccionar con decisión en un momento crítico. Sobre esto basó sus planes La Sombra.

Si Neswick hubiera tenido apariencia ser un hombre menos capaz, un hombre pusilánime o incapaz de defenderse, La Sombra habría entrado con el objeto de avisarle. En vez de esto, el observador desde la oscuridad permaneció en su puesto de observación invisible.

Estaba dispuesto a dejar que el curso de los acontecimientos se desarrollase; hasta que Mox, el asesino diabólico, revelase sus planes.

El criado volvió para informar a Neswick que Mox iba a recibirle. Hasta que los dos hombres no hubieron salido del cuarto, La Sombra no se movió.

Lentamente, las manos enguantadas de negro alzaron el bastidor de la ventana. Su elevada y ágil figura se deslizó por encima del antepecho.

El perro danés metió el rabo entre las patas y parpadeó. La Sombra bajó silenciosamente el bastidor.

Dirigiéndose con sigilo hacia la puerta de la habitación, escudriñó el recibidor. Vio al criado de pie a corta distancia del aposento, con Neswick a su lado. El vestíbulo estaba en la penumbra. Presentó una ocasión a La Sombra.

Como un espectro, el visitante deslizóse hacia el pasillo.

Momentáneamente inmóvil, su elevada figura semejaba una estatua negra. Por el suelo extendíase su propia sombra; el perfil de su silueta movíase al compás de las llamas vacilantes del fuego encendido de la chimenea.

Mientras el rey de la noche se preparaba para avanzar a lo largo del vestíbulo, una acción silenciosa tuvo lugar dentro del aposento. La puerta de un armario, en un rincón invisible desde la ventana, abrióse.

De él salió el individuo de las piernas de araña, el enano que Mox llamaba Sulu.

El armario era el escondite de este mágico ser. A través de un agujerito, Sulu había visto a La Sombra cuando entraba. Al poner el pie en el suelo, Sulu lanzó una mirada feroz al rey de la noche. Sus brazos de araña surgieron de su blusa.

A pesar del silencio en que saliera Sulu, La Sombra presintió la presencia del monstruo. Cuando los brazos delgados de Sulu se alzaron, La Sombra volvió la cabeza. Sus ojos, centelleando por encima de su hombro derecho, vieron al maligno monstruo.

La capa negra produjo un giro de frufú cuando La Sombra giró velozmente sobre sus talones; no hacia el aposento sino en dirección al vestíbulo.

Simultáneamente, un cuchillo largo y delgado silbó hendiendo el aire.

Lanzado contra la espalda de La Sombra, no dio en el blanco por la fracción de un segundo. La Sombra, al volverse hacia la pared, se salvó de la muerte.

La punta de la hoja veloz penetró en la carne del brazo izquierdo de La Sombra, debajo mismo del hombro. Fue un golpe rápido y brusco, que no tocó el hueso, pero le aprisionó contra la pared.

El rey de los luchadores no pestañeó. La herida, aunque dolorosa, no era más que superficial. Su brazo derecho entró en acción. Una pistola automática ladró su respuesta a Sulu.

La suerte lo salvó. La puerta intervino. La bala de La Sombra pasó a varias pulgadas de distancia del enano. Sulu huyó. El segundo disparo de la pistola de La Sombra arrancó astillas de la madera, pero como el primero, no tocó al horrible ser que se había puesto a cubierto.

Sulu había huido. La Sombra, arrimado aun a la pared, volvió la

cabeza en dirección del vestíbulo. El criado sacaba una pistola.

Neswick, buscando en vano la dirección de donde partían los disparos, y no viendo a La Sombra, miró casualmente el rostro del criado.

En un instante, el inventor comprendió que el peligro no lo constituía el hombre que había disparado, sino el criado. Observó las facciones siniestras del hombre. Saltó con él objeto de arrancar la pistola de manos del sicario.

El criado disparó al azar y su bala pasó silbando junto a la cabeza de La Sombra. El dedo de La Sombra descansaba sobre el gatillo de la pistola automática. Permaneció allí. La Sombra no podía disparar, pues Neswick se había interpuesto entre él y el criado.

Una mano se alzó en el aire. Empuñaba una pistola. El criado se disponía a descargar un golpe sobre la cabeza de Neswick.

La Sombra disparó. Un chillido esparció sus ecos por el vestíbulo cuando la bala perforó la muñeca descendente. El cañón de la pistola rozó la cabeza del inventor. El criado, cayendo al suelo con Neswick, se levantó frenéticamente para recoger su pistola con la mano izquierda.

La Sombra aprovechó fríamente el intervalo. Su pistola automática desapareció entre los pliegues de su capa. Con la mano derecha libre, asió el mango del cuchillo que le aprisionaba el brazo izquierdo. Arrancó el arma de su carne y lo arrojó al suelo del aposento.

El criado había recuperado su pistola. La alzó y disparó con su mano izquierda, vacilante. La Sombra, con su brazo izquierdo colgando a su costado, daba media vuelta cuando la bala pasó por su lado.

Su pistola automática apareció en su mano derecha. El siniestro criado se desplomó cuando el siguiente disparo de La Sombra se alojó en una parte vital de su cuerpo.

El rugido de la pistola automática oíase aun cuando La Sombra miró en el interior del gabinete. Sus ojos rápidos se volvieron hacia la dirección por donde Sulu huyera. El enano se había zambullido en una habitación contigua.

La puerta estaba cerrada.

La sangre, manando del brazo herido de La Sombra, formaba

una mancha carmesí sobre la alfombra.

La Sombra no prestó atención a la herida. Su rápida mirada observó que el perro danés se movía en el rincón. El perro parecía estar inquieto, pero no avanzó.

No había ningún peligro por esa parte. El ataque vendría de abajo. El ruido de unas pisadas en la escalera anunciaban este hecho.

Con paso rápido, La Sombra avanzó para enfrentarse con el enemigo. Llegó al centro del vestíbulo, cuando un criado asomó la cabeza en lo alto de la escalera.

Un revólver relució en la mano del enemigo. Antes de que el recién llegado pudiese disparar contra la figura de La Sombra, fue recibido por el rugido de la potente pistola automática. El criado disparó mientras se bamboleaba.

Medio arrodillado, continuó disparando.

La Sombra no tenía ninguna otra alternativa. Su segunda bala, disparada con precisión, atravesó el corazón del maligno criado.

Con el brazo derecho, La Sombra rodeó el cuerpo de Neswick. El inventor, aunque no era bajo de estatura, era ligero de peso. La Sombra se agachó cuando llevaba al hombre en la espalda, como un saco.

Con su brazo ileso rodeando las piernas de Neswick, el rey de la noche se dirigió hacia la escalera.

El luchador espectral, herido, llevando a cuestas a un hombre casi desvanecido, presentaba un espectáculo asombroso. Sin embargo, esta acción constituía tan sólo una parte de la tarea de La Sombra. Cuando atravesaba el vestíbulo, dio una media vuelta rápida para ver si había algún enemigo detrás.

Llegó a lo alto de la escalera en el instante, en que unas nuevas pisadas anunciaban la llegada de otros sicarios de Mox.

Dos satélites aparecieron a la vista cuando La Sombra volvió la cabeza en su dirección. Uno era el chofer del *sedan* que había vuelto del garaje; El otro, un criado que evidentemente se encontraba allí abajo.

Era imposible que La Sombra pasara sin ser notado o que usara la táctica de desaparecer a que recurría en ocasiones con tanto éxito. Su ventaja consistía en su aparente impotencia.

Este factor hizo que sus enemigos hicieran una pausa, para

apuntar sus armas al tiempo que una sarta de maldiciones salían de sus labios retorcidos.

Vieron la pistola automática en la mano de La Sombra, junto a las rodillas de Neswick; no pensaron que el luchador vestido de negro pudiera usarla.

Este fue el error de los acólitos del monstruo. El cañón de la automática de La Sombra se movió al parecer casualmente. Disparando casi desde la cadera, La Sombra lanzó su reto a estos satélites de Mox.

No hubo vacilación en la réplica de La Sombra. Cargado, llevando a cuestas a un hombre y herido, no tenía otra alternativa para ponerse a cubierto.

Su primer disparo derribó al más cercano de los enemigos antes de que el pistolero pudiese hacer fuego. El segundo disparo de la automática abatió al otro adversario.

El primer individuo, herido por un disparo certero, agonizaba. El segundo, derribado por un disparo más rápido, logró disparar cuando bajaba tambaleándose por la escalera, pero sus disparos no dieron en el blanco, salieron altos. Luego su herida le hizo olvidar a La Sombra. Soltando su arma, intentó agarrarse a la baranda y no lo consiguió.

Chillando, cayó de bruces por las escaleras hasta que su cuerpo tropezó con la pared, abajo, y La Sombra no se entretuvo en mirarle cuando caía.

Volviendo la cabeza, el vencedor vestido de negro lanzó una última ojeada a lo largo del pasillo. No viendo a nadie, empezó a bajar la escalera.

Manchas de sangre señalaban el paso de La Sombra. Sin titubear, continuó el descenso, llevando a Neswick a lugar seguro. Al pie de la escalera de caracol, hizo una pausa junto al cuerpo del último rufián vencido.

Dejó que el cuerpo de Neswick se deslizara hacia el suelo. El inventor, recobrando el conocimiento, logró incorporarse y cruzar el vestíbulo. La Sombra le observaba desde el pie de la escalera.

De pronto se oyeron los gritos de unos hombres fuera de la casa. Mientras La Sombra escuchaba el tumulto, percibió de repente otro ruido procedente de arriba. Dando media vuelta hacia la escalera, observó a un hombre encorvado de hombros, que había venido para

ver lo que ocurría abajo.

¡Mox!

La Sombra comprendió al instante que esta figura de cabellos grises y con barba debía ser el siniestro propietario de la casa.

Un grito furioso surgió de los labios del monstruo, cuando Mox observó el perfil de La Sombra.

Rápidamente alzó el brazo derecho empuñando una pistola automática.

La Sombra apuntó al monstruo, que había aparecido creyendo que sus satélites habían vencido en la batalla. Un revólver relució en la mano de Mox, pero el asesino huyó hacia el pasillo de arriba al ver la pistola automática de La Sombra a punto de disparar.

Unos disparos tronaron. El primero fue de la automática de La Sombra. El segundo, del revólver de Mox. Los resultados fueron nulos.

La Sombra, debilitado por la pérdida de la sangre, disparó un segundo tarde cuando Mox se zambullía en un lugar seguro. Si el asesino no hubiese huido buscando una zona de seguridad, seguramente habría sido muerto.

El tiro de Mox, disparado en su huida, pasó por encima de la cabeza de La Sombra. El siniestro propietario de este cubil reconoció evidentemente a su enemigo. No reapareció mientras el rey de la noche permanecía alerta.

Unos hombres aporreaban la puerta. Se oyeron unas órdenes dadas a gritos.

La Sombra identificó así a los recién llegados. La policía del Estado que había estado buscando al automóvil de carreras acudió.

Rápidamente, La Sombra desapareció de la vista. No se dirigió a la escalera cuando la policía derribó la puerta. Se zambulló en un lugar oscuro que formaba una especie de hueco debajo de la escalera. Era el lugar más cercano que le permitió desaparecer rápidamente. El mismo Neswick, aturdido en el vestíbulo, no observó la extraordinaria desaparición de La Sombra.

La acción de La Sombra fue muy hábil.

En el mismo instante en que la policía irrumpió en el vestíbulo inferior, Mox apareció en lo alto de la escalera.

El diabólico asesino creía que La Sombra, había quedado acorralado entre dos fuegos. Mas, en lugar de esto, se asustó al

encontrarse cara a cara con dos policías, que subían precipitadamente la escalera.

Mox disparó. Su segundo tiro hirió el brazo de un agente, que se tambaleó.

Su compañero devolvió el fuego; seguido de dos policías más se lanzó a la escalera y empezó a subir corriendo.

Sonaron con estruendo dos tiros disparados rápidamente. Luego Mox, viendo a tres hombres que se lanzaban al ataque, subió corriendo la escalera.

Cuando la policía llegó a lo alto, no se vio señal del enemigo de pelo gris.

Mox, como La Sombra, había desaparecido.

Dos agentes comenzaron a registrar el segundo piso. El tercero fue a reunirse con el compañero herido abajo.

Neswick se había lanzado en socorro del herido. Ni él ni el policía imposibilitado vieron el fenómeno que aconteció en el centro del pasillo ante sus propios ojos.

Desde su escondite debajo de la escalera, La Sombra surgió como un fantasma de la noche.

Deslizándose como un espectro llegó a la puerta de la calle. Su elevada figura se tambaleó al llegar a la fresca del aire de la noche. Allí, pareció recuperar sus fuerzas al desvanecerse en la oscuridad.

Cuando la figura fantasmal reapareció, fue al lado del *coupé* de Harry Vincent, estacionado cerca de la estación del ferrocarril.

Fundiéndose en la oscuridad del interior del *coupé*, se sentó al volante. Su mano derecha encontró unas vendas en una cartera lateral.

Harry Vincent, desempeñando siempre misiones peligrosas, jamás olvidaba llevar esa clase de equipo.

Una risa sardónica, mezclada con un matiz de cansancio, emergió del interior del *coupé* de Harry Vincent.

La carrera criminal de Mox había quedado suspendida. Desde ahora en adelante, el diabólico asesino no tendría más que un objetivo: aniquilar a La Sombra. Este pensamiento provocó la risa burlona del fantasma de la noche.

La Sombra sabía que ahora se iniciaría una nueva lucha. Su ingenio se enfrentaría con un verdadero as del crimen. La ley había

intervenido, mas esto no serviría más que para preparar el último acto del drama.

¡El momento culminante sería el próximo encuentro entre el rey de la noche y el monstruo llamado Mox!

CAPÍTULO IX

CARDONA HACE UN VIAJE

—¿QUÉ opina usted, Cardona?

El comisario Weston fue quien formuló la pregunta.

Habla llamado al famoso detective a su despacho, la segunda mañana siguiente a la refriega acaecida en Davenport. Señalaba las últimas noticias de los asombrosos incidentes ocurridos en la casa de Mox.

Cardona respondió pensativamente:

—Burke tiene razón.

—¿Quién es Burke? —inquirió el comisario.

—El reportero de *El Clásico* —fue la respuesta del famoso detective—. Ha escrito lo que yo he estado pensando. Su explicación de la desaparición de los inventores parece haber dado en el clavo.

—¿Entonces usted ve alguna relación con el asesinato de Harlew?

—Sí. He estado leyendo la nota encontrada en la mesa de Harlew. Opino que el asesino la dejó allí, con el objeto de que no viésemos nada que delatara el origen del crimen.

—¡Pero la referencia a La Sombra! ¡Es absurdo!

—La carta iba dirigida simplemente a La Sombra. Harlew puede haber visto, ¡hum! —el tono del detective era vacilante—, tal vez estuvo viendo visiones. He leído la historia de ese Neswick. Salió de Nueva York poco más o menos a la misma hora que Peter Greerson. Intentaron asesinar a Neswick en la casa de Mox. Tal vez mataron a Greerson.

—Las reseñas de los periódicos —comentó Weston, en tono prudente—, resultan confusas. He descubierto el motivo.

—¿Se refiere al individuo que se ha ocupado del caso? —preguntó Cardona—. Junius Tharbel, el detective de una localidad como Davenport, tiene un historial extraordinario, ganado a pulso durante estos últimos veinte años. Se ha conquistado un nombre, Cardona.

—Como deportista —repuso el detective.

—Sí, es cierto —rió el comisario—. Le gusta la pesca y la caza y es un jugador excelente de *golf*, tengo entendido. Pues, Cardona, puede darle las gracias a Tharbel por una cosa. Su trabajo como inspector en funciones ha terminado. Queda usted relevado.

—¿A causa de Tharbel? —Cardona no pudo reprimir un tono de indignación en su pregunta.

—Tan sólo indirectamente —sonrió Weston—. He dispuesto, de acuerdo con Tharbel, enviar un representante especial de la policía de Nueva York a Davenport. Es usted el detective que he elegido para esa misión.

—Eso es diferente, señor comisario —murmuró Cardona, algo tímidamente después de su estallido—. Me satisface. Si existe alguna conexión entre esta tentativa de asesinato de Neswick y la desaparición de Greerson, así como con la muerte de Harlew, puede usted confiar en que lo descubriré.

Cuando el expreso de mediodía se detuvo en Davenport, el detective José Cardona se apeó, encontrando a un individuo de rostro solemne esperándole.

Reconoció a Junius Tharbel, el detective rural que se había conquistado una reputación tan grande en su sección.

Tharbel, un individuo alto, semejante a un espantapájaros en el traje raído que llevaba, saludó lacónicamente al sabueso de Nueva York.

Llevó a Cardona a un viejo *coupé*. El coche recorrió ruidosamente las viejas calles de Davenport y se detuvo delante de un edificio vetusto donde las oficinas de Tharbel estaban instaladas.

La parte posterior de la cárcel del condado era visible desde la habitación del segundo piso adonde Tharbel llevó a Cardona.

Preguntó éste:

—¿Dónde están los reporteros?

—Andan por la ciudad —respondió Tharbel, brevemente—. Supongo que estarán jugando con alguien de estos saca monedas. —

Indicó una serie de aparatos rotos, de esos en que se introduce una moneda, que había junto a la pared de la oficina—. Los confisqué en una batida —explicó—. Han instalado algunos nuevos; pero los cogeré uno de estos días, la semana próxima.

José Cardona reprimió una sonrisa. Un detective de un condado que se ocupaba en confiscar aparatos saca monedas era un pobre diablo, en su opinión. Pero la respuesta a la siguiente pregunta de Cardona, hizo que el sabueso neoyorquino formase otra opinión distinta sobre la habilidad de Tharbel.

—No comprendo por qué no están por aquí esos periodistas —observó Cardona—. Por regla general, no dejan de asediarnos en un caso como este.

—Me conocen —explicó Tharbel—. Por eso no están molestando aquí. Cuanto más me fastidian, menos noticias reciben de mí. Les dejo rondar por aquí, hasta que se aburren. Uno de ellos vio estos aparatos. Entonces le dio la idea de cómo pasar el tiempo. Los otros se fueron con él.

—Los directores de los periódicos extrañarán la factura que les presentarán de los gastos —comentó Cardona, con una sonrisa.

—Síéntese —invitó Tharbel, tomando una silla detrás de una mesa desvencijada y polvorienta.

Cardona aceptó la invitación.

—Esto es lo que tengo —continuó Tharbel, sacando un montón de papeles de un cajón—. Los reporteros están confundidos. Esta es nuestra información confidencial.

Cardona asintió con la cabeza.

—La policía del condado —empezó Tharbel—, irrumpió en la casa de un hombre llamado Moxton hace dos noches, poco después de medianoche. Oyeron algunos disparos. Por este motivo entraron en el lugar.

Tras una pausa, el sabueso del condado prosiguió:

—Cuando entraron, fueron recibidos a tiros desde lo alto de la escalera, por un individuo que responde a la descripción de Moxton. Es un hombre viejo, con pelo y barba grises. Hirió a uno de los agentes del condado. Escapó.

“La policía —continuó—, encontró los cadáveres de cuatro hombres. Los cuales han sido identificados. Eran criados del tal Moxton. Además, descubrieron a un hombre llamado Joel Neswick,

al que me trajeron aquí. Lo retengo en calidad de testigo.

—El inventor —observó Cardona.

—Sí —declaró— Tharbel —. Evidentemente, iba a ser una víctima. Alguien, sin duda un enemigo de Moxton, intervino para salvarle.

—¿Y los demás detalles?

—Puedo darlos. Joel Neswick vino a Davenport para ver a Jarvis Moxton, con el propósito de venderle un invento. Entró en sospechas en cuanto puso los pies en la casa. Fue llevado al gabinete de Moxton. Luego lo volvieron a llevar por el vestíbulo.

“Entonces, según Neswick —siguió Tharbel—, fue cuando empezó la refriega. Sonaron unos disparos en el gabinete. El criado que estaba con Neswick sacó un revólver. Neswick luchó con él. Recibió un porrazo en la cabeza que le conmocionó.

“Recuerda que alguien le ayudó. Fue llevado a la escalera y luego al fondo. El hombre que le salvó disparó contra los otros criados y dejó a Neswick al pie de la escalera. No había recobrado del todo el conocimiento cuando la policía entró.

—¿Y el hombre que le auxilió?

—Desapareció.

—¡Hum! —comentó Cardona—. ¿Cree usted que la historia de Neswick es verídica?

—Sí —replicó Tharbel, con aspereza—, y le diré por qué. En primer lugar, todos los de la casa pertenecían a la servidumbre de Moxton. En segundo lugar, Moxton luchó contra la policía. Tercero: Neswick tuvo ocasión de largarse, y en vez de hacerlo ayudó al policía herido que se encontraba solo, tendido en el suelo. Cuarto —continuó Tharbel, lacónico—, Neswick continúa afirmando que había otra persona allí. Tengo el convencimiento de que su historia es verdad.

—Pero el policía no vio a ese otro hombre...

—Los criados de Moxton —interpuso Tharbel—, fueron muertos por balas disparadas con una pistola automática del calibre 45. Neswick no pudo esconder un arma. Estaba desarmado. Moxton tenía un revólver y no una pistola automática.

—Pudo usar una automática primero.

—Sí. Pero siento decir que lo dudo.

—¿Por qué no? —inquirió Cardona, en tono de sorpresa.

—Porque —declaró Tharbel—, queremos capturar a Moxton por intento de asesinato de Joel Neswick. Si mi hipótesis es acertada, lo buscamos por el asesinato de otras personas. Si tuviésemos pruebas de que Moxton había matado a los criados, y estoy seguro de que él no hizo tal cosa, formularíamos otra acusación contra él...

—Pero el individuo que los mató...

—Lo hizo en su propia defensa, según las declaraciones de Neswick. Estaba presente allí, con el objeto de impedir un asesinato y lo consiguió.

Cardona quedó pensativo. Véase obligado a reconocer que Junius Tharbel era un detective realmente hábil. Estaba recogiendo datos que el sabueso no había dado a los reporteros. Sin embargo, Cardona iba a recibir más informes de naturaleza sorprendente.

—Asesinato —declaró Tharbel—. Esa es la acusación que formularé contra Jarvis Moxton. Por este motivo he aceptado su cooperación, Cardona. Puede usted facilitar la acusación de asesinato.

—¿Quiere decir...?

—Quiero decir que Joel Neswick nos ha dicho quién le mandó aquí. Vino a este pueblo a sugerencia de un hombre llamado Schuyler Harlew.

—¡Que fue asesinado en Nueva York!

—Exacto. Pero Neswick lo ignoraba. Daba los últimos toques a un invento que tenía el propósito de ofrecer a Moxton. No había leído la prensa desde hacía unos días.

—Esto podría ser una coartada.

—De ningún modo. ¿A santo de qué habría de mencionar Neswick el nombre de Harlew, si éste no guardaba ninguna relación con el caso? ¿Por qué razón habría de alegar que no había leído los periódicos durante una semana? Escuche, Cardona: yo baso mi hipótesis en mi conocimiento de la naturaleza humana. Un delincuente, un malhechor, se descubrirá a sí mismo, siempre. Si cuenta una historia plausible, siempre es falsa. Yo le dejaré a usted hablar con Neswick. Luego convendrá usted conmigo en que tengo razón.

—Si podemos echar el guante al sujeto que asesinó a Harlew —declaró Cardona—, atraparemos al individuo...

—Que asesinó a Greerson —interrumpió Tharbel.

Cardona asintió con la cabeza.

—La policía vigila la casa —continuó Tharbel—. Han encontrado algunas indicaciones muy interesantes, que los reporteros no han visto. Podemos ir allí dentro de un rato. Entretanto, agregaré que la policía ha capturado a un testigo que no ha declarado todavía.

—¿Un testigo?

—Sí. Un danés.

—¿No habla inglés? Un interprete podría...

Tharbel soltó una risita a guisa de interrupción.

—El danés es un perro —explicó—. Blanco, con manchas oscuras...

—He visto esa clase de perros en la La Quinta Avenida —murmuró Cardona—, pero hace muchos años de eso. Si es de una raza rara, podríamos encontrar el rastro de Moxton por mediación del perro.

—Difícilmente —repuso Tharbel—. No, el perro será más útil más adelante... cuando encontremos a Moxton.

—¿Quiere decir que el perro le conocerá?

—Exacto. Afortunadamente, el perro rehúsa hacer amigos. Cuando lo supe, ordené que lo metiesen en la cárcel. Los hombres que están encargados de él, tienen instrucciones de no mimarle. Nadie, ni yo mismo se le ha acercado. El perro quiere la presencia de su amo. Cuando le vea...

Tharbel no terminó la frase. Cardona admiró de nuevo la sagacidad del detective del condado. Un perro conocería su amo. Probablemente el perro de Moxton no sería una excepción.

Continuó Tharbel:

—No sólo la casa de Moxton, sino, las mismas acciones del individuo indican que es un criminal. Llegó aquí hace unos seis meses y adquirió al contado el caserón. Se hicieron algunas reparaciones. Moxton cuando vivía aquí, se hacía pasar por un semi inválido. Fue visto, casi todos los días, por diversas personas de la vecindad, cuando paseaba por los terrenos de su finca.

Hubo una pausa.

—Pero cuando se enfrentó con la policía —prosiguió—, mostró señales de una extraordinaria agilidad. Su desaparición es otra prueba de que podía moverse con velocidad. Debe haber salido de

la casa por una de las muchas puertas de la planta baja. La casa tiene dos escaleras. Moxton pudo bajar por una mientras la policía usaba la otra.

Tras estas palabras, Tharbel se puso en pie y cogió su sombrero. Con un gesto indicó a Cardona que le siguiera.

Cuando los dos sabuesos bajaban por la calle, Tharbel dijo bruscamente:

—No puedo enseñarle el perro. Nadie ve a ese danés. No quiero que se le vea hasta que atrapemos a Moxton, nadie excepto los hombres que le cuidan. Pero le llevaré a dar un vistazo a la casa.

Cuando subían al *coupé*, Cardona formuló de repente una pregunta. Era algo que había tenido la intención de preguntar, pero que olvidó durante la discusión de otros pormenores.

Inquirió:

—¿Dice usted que todos los criados de Moxton murieron? ¿Todos fueron derrotados cuando luchaban por matar a ese inventor Neswick?

—Todos los que encontramos —repuso Tharbel.

—¿Y sin embargo Neswick no le dio una descripción del individuo que le salvó la vida?

—Tan sólo una descripción muy vaga —respondió Tharbel, mientras guiaba el coche hacia la avenida que conducía a la casa de Moxton—. Tan vaga, en verdad, que sólo demuestra que Neswick debió perder al instante el conocimiento, cuando el criado de Moxton le aporreó con la pistola.

—¿Cuál fue la descripción? —insistió Cardona.

—Pues bien —recordó Tharbel—; todo lo que Neswick pudo ver fueron las llamaradas de una pistola automática. Sintió que le levantaban en vilo: pero todo estaba a oscuras cuando le llevaban escaleras abajo. Cuando Moxton empezó a disparar desde arriba, Neswick vio más llamaradas en la planta inferior. Luego se imaginó ver que una masa de negrura se movía como un ser humano. Un fantasma negro, eso es lo que ha podido describir Neswick.

Tharbel miraba en dirección del camino mientras hablaba. Doblaban una esquina para dirigirse a la casa de Moxton. En consecuencia, el detective del condado no observó la expresión de sorpresa, que apareció en el rostro de José Cardona.

Sin embargo, en su recuerdo de la vaga descripción de Neswick,

el detective del condado había dado una prueba final a José Cardona de que la historia de Neswick era verídica.

La mención de un fantasma negro, una figura fantasmal que se desvaneció ante unos ojos asombrados, era todo cuanto Cardona necesitaba para elaborar una de sus teorías características.

La derrota de cuatro pistoleros armados, por un solitario luchador, quedó explicada a satisfacción de José Cardona.

El famoso detective neoyorquino tuvo una inspiración. Silenciosamente sus labios formularon el nombre del misterioso personaje, vencedor en aquella sangrienta refriega.

—¡La Sombra! —Cardona acertaba en sus deducciones.

CAPÍTULO X

LAS HABITACIONES SECRETAS

JUNIUS Tharbel ofreció a José Cardona un trozo de goma de mascar, cuando los dos sabuesos entraron en la casa de Moxton.

Cardona lo rehusó, dando las gracias. Tharbel, con toda calma, empezó a mascar la goma.

Un policía saludó a los visitantes. Llevó aparte a Tharbel para comunicarle algo en confidencia. El detective del condado le detuvo con un gesto. A modo de presentación, dijo:

—Este es el detective Cardona. Viene de Nueva York. Lo que usted tenga que decirme, él puede oírlo.

—Se trata de un sujeto que rondaba por aquí anoche —explicó el agente—. Pensé que sería preferible tener otro agente aquí, en caso de que el sujeto volviese.

—¿Qué clase de sujeto? —inquirió Cardona, volviéndose hacia Tharbel.

—Me olvidé hablarle de ello —respondió el detective del condado, en tono de excusa—. De todos modos, no le doy importancia. Hemos de esperar que alguien ronde por aquí. A mucha gente de espíritu morbosos le gusta curiosear por un lugar como éste.

—El sujeto era un tipo la mar de extraño —dijo el policía—. Le oí cerca de la casa y le enfoqué con la linterna eléctrica. Al ver la luz, echó a correr. Era un sujeto todo piernas, de cuerpo enano.

—No creo que le vuelva a ver —manifestó Tharbel—. No se preocupe. No hay necesidad de mandar otro agente aquí.

—Nunca se puede estar demasiado seguro—observó Cardona.

—Yo llevo este caso —anunció Tharbel, bruscamente—. Puede usted tener razón si habla de merodeadores en Nueva York. Aquí,

en un pueblo como éste, son diferentes.

Hizo una pausa y miró en torno del recibidor. Señaló un lugar cerca de la puerta.

—Ahí fue donde Neswick dio su nota al criado —explicó.

—¿Qué nota? —inquirió Cardona.

—La que Harlew le dio —explicó Tharbel—. Era una especie de tarjeta de presentación para Moxton. Estaba simplemente firmada “Moxton”. Ya se lo dije en la oficina.

—No, no me lo dijo —replicó Cardona.

Tharbel estaba a punto de responder, irritado. Se contuvo. Cardona rompió la tensión con otra pregunta:

—¿Qué se ha hecho de la nota?

—Uno de los criados la llevó arriba —respondió Tharbel, enojado—. Debió entregársela a Moxton. Neswick manifiesta que el criado volvió y le llevó arriba. Eso es lo que voy a enseñarle ahora; la casa y todo lo que sucedió, según recuerda Neswick.

—Muy bien —asintió Cardona.

Junius Tharbel inició la inspección. El agente de policía les siguió, mientras el detective rural guiaba a su colega neoyorquino por la casa.

—Llevaron a Neswick arriba —declaró Tharbel, cuando el par subía los escalones—. Le trajeron a esta habitación —hizo una pausa hasta que llegaron al gabinete situado en el fondo del pasillo—, y aguardó aquí un rato. Vio al perro echado en aquel rincón.

“Luego le condujeron —continuó—, al centro de este pasillo. Eso fue cuando llegaron los primeros disparos del gabinete. Al parecer había empezado una refriega allí. Neswick se lanzó sobre el criado, quien le aporreó con una pistola. Luego su agresor fue muerto, desde el gabinete.

Tharbel indicó el lugar donde encontraron el cadáver del sirviente. Llevó a Cardona lentamente hacia la escalera.

—Neswick fue llevado a cuestras por un hombre —describió—, que le salvó de los tiros. Uno de los criados de Moxton cayó aquí; otro en la escalera. Un tercer sirviente rodó hasta el pie de la escalera. Fue el último.

—¿Cuatro en conjunto?

—Sí. Cuatro. Pero pudo haber habido otro, además del mismo Moxton.

—¿Por qué?

—El tiroteo, declara Neswick, salió del gabinete. Hay un cuartito al lado. Es posible que un hombre se haya metido allí y haya salido más tarde. Forzosamente debió haber dos hombres en el gabinete para empezar el tiroteo.

—¿Dónde estaba Moxton?

—Se lo mostraré. —Los ojos de Tharbel chispearon—. Este es uno de los datos que nos facilitó Neswick. Mientras estuvo aquí —Tharbel se volvió para apuntar hacia el centro del pasillo—, parecía que el criado le iba a llevar a algún lugar oculto. ¿Ve estos entrepaños a lo largo de la pared? Pues bien, los inspeccionamos y esto es lo que encontramos.

Tharbel oprimió en uno de los paneles. Se abrió. El detective rural usó una linterna eléctrica para mostrar un cuarto largo y estrecho que semejaba un pasillo. La pieza estaba vacía. Tenía unos dos metros de ancho por cuatro de profundidad.

—Un escondite —observó Cardona.

—Es probable —asintió Tharbel—, y aquí su compañero.

Dejando que la puerta secreta se cerrara, llevó a Cardona a lo largo del pasillo. Llegaron ante otro panel que obstruía el paso. Abrió esta puerta secreta. Su luz reveló otra habitación larga, idéntica a la primera.

—Dos habitaciones secretas —observó Cardona.

—Sí —asintió Tharbel—, con una pared en medio.

—¿Se comunican?

—No. Las hemos examinado minuciosamente una por una. La pared divisoria es sólida. Es muy gruesa, de unos dos metros. Es probablemente la sección central de la casa, una especie de columna vertebral en la que se apoya, todo el armazón del edificio.

—Estas habitaciones explicarían la desaparición de Moxton.

—A lo menos, como escondite provisional. Probablemente tenía el propósito de meter a Neswick en una de éstas. Mox, o Moxton, como usted quiera llamarle, puede haber estado esperando a Neswick para matarle. Unos tiros disparados en estas habitaciones no se habrían oído fuera.

Junius dejó que la puerta secreta bajase. Acompañado de Cardona, bajó la escalera. Manifestó que se había desmantelado toda la casa. El registro de una buhardilla del tercer piso no reveló

nada. La bodega, aparte de unos compartimientos de forma extraña, no presentaba señal alguna de escondite.

De pronto pareció enfriarse la reciente amistad entre Tharbel y Cardona.

Terminada la inspección de la casa, cada uno de ellos empezó a recordar algunas observaciones que el otro había hecho. Los dos subieron al coche de Tharbel y regresaron a la oficina, cerca de la cárcel del condado.

Los reporteros les esperaban. Clyde Burke saludó a Cardona. Esto prometía dar una historia excelente; lo indicaba la llegada del famoso detective neoyorquino. Los periodistas, especialmente Burke, querían conocer el motivo de la presencia de Cardona. Este los remitió a Tharbel.

Era evidente que Tharbel daba a los reporteros las noticias que quería.

Cardona observó que se congregaban en torno de la mesa en actitud respetuosa.

—El detective Cardona —manifestó—, ha venido aquí porque Joel Neswick declaró que existía una relación entre Jarvis Moxton, y Schuyler Harlew, cuya muerte está investigando Cardona en Nueva York.

Dos reporteros formularon unas preguntas. Tharbel agitó los brazos para indicar que ya había facilitado su nota. Sacó un trozo de goma de mascar de un bolsillo.

—Vamos, muchachos —sugirió Clyde Burke—. Os advertí que estuviérais callados y dejaseis hablar a Tharbel. No lo habéis hecho... ¡Ved el resultado!

—No permita nunca que los periodistas hagan preguntas —aconsejó a Cardona—. Yo les doy una especie de nota, eso es todo. La mayoría de las preguntas que los periodistas formulan no tienen pies ni cabeza. Déjeles que fabriquen por su cuenta las historias que sus periódicos quieran. Es una ayuda más bien que un entorpecimiento.

“Sin embargo, a mí no me vienen con cuentos. Si me salen con alguna broma o impertinencia, me desquito no dándoles ninguna información más adelante, cuando el caso comienza a esclarecerse. Es mi norma: no contestar ninguna pregunta. Hago declaraciones, cuando lo creo conveniente. Les obligo a comportarse bien, para

que reciban mis manifestaciones.

—No les ha dicho usted gran cosa ahora.

—Iba a añadir algunas cosas más. Ellos mismos lo estropearon. Ese reportero llamado Burke tuvo pupila. Despejó a la manada cuando comprendió que yo había terminado de hablar. Él sabe bien cuándo yo he dado fin a una declaración. Un nuevo trozo de goma de mascar; eso es todo.

Transcurrieron unos minutos de silencio. Cardona sentía cierto resentimiento a la vez que admiración. Reconocía que este detective rural era un individuo eficiente; al mismo tiempo no le gustaba verle tan rebosante de satisfacción.

Cardona decidió que Tharbel tenía la costumbre de decir lo que creía necesario y guardarse el resto para sí.

No era una mala idea. Cardona decidió practicar el mismo sistema. Tenía el convencimiento de que ya había averiguado un dato que Tharbel ignoraba; a saber, que el misterioso fantasma conocido por el nombre de La Sombra luchó con los sicarios de Mox.

Siempre que La Sombra aparecía como vengador de un crimen, se producían consecuencias extraordinarias. Cardona sabía que eso había acaecido anteriormente, en otras ocasiones; estaba seguro de que algo por el estilo sucedía actualmente.

Este caso era la secuela del mensaje de un muerto a La Sombra. De algún modo desconocido, La Sombra pudo informarse del contenido del mensaje.

La Sombra, ciertamente, había localizado a Mox, el jefe de Schuyler Harlew, antes que otros hubiesen descubierto al viejo asesino.

José Cardona tenía muchas pruebas del poder extraordinario del misterioso vengador. La Sombra poseía un sistema propio. Cuando el misterioso personaje actuaba, siempre favorecía a los representantes de la autoridad.

Cardona, en consecuencia, decidió no decir nada.

—Desearía hablar con Neswick —dijo a Tharbel.

—Lo encontrará en el hotel Davenport —respondió el detective rural—. Está hospedado allí; acompañado de uno de mis subordinados. Vaya allí, si gusta. Telefonaré a Scudder, mi ayudante, y le diré que puede usted hablar con Neswick.

Cardona salió de la oficina. Llegó al hotel y preguntó por Neswick. Le mandaron a una habitación grande y confortable, donde encontró al inventor echado en una otomana. Scudder, el ayudante de Tharbel, le acompañaba.

Cardona se presentó a sí mismo. Scudder había sido avisado por Tharbel.

Neswick estrechó la mano del detective neoyorquino.

A petición de Cardona, repitió la historia que el detective había oído de labios de Tharbel. José Cardona entró en detalles que le interesaban especialmente, y preguntó a Neswick qué sabía de Schuyler Harlew.

—El hombre vino a verme a mi hotel —declaró Neswick—. Yo apreciaba a Harlew. Parecía sincero cuando me dijo, que tenía un comprador para los planos de televisión que yo había elaborado. Harlew manifestó simplemente que él viajaba por cuenta de Jarvis Moxton; que el viejo estaba interesado en la compra de inventos.

“Un día —continuó—, Harlew fue a verme y me dio una nota de Moxton para que le visitase. Esto fue hace un par de semanas. No tenía más que entregar la nota a Moxton, firmada simplemente “Moxton”, al criado, a mi llegada a la casa.

“Yo estaba muy ocupado aquellos días en mis planos y no leí los periódicos que hablaban de la muerte de Harlew. Vine a Davenport; ya sabe usted el resto. Siento mucho no poder darle a usted ninguna otra información de interés relativa a Schuyler Harlew.

Cardona asintió con la cabeza. Convino con Tharbel en que Joel Neswick había dicho la verdad en sus declaraciones.

Anohecía cuando Cardona dejó al testigo y bajó al vestíbulo del hotel. Allí encontró a Clyde Burke.

—¿Qué te parece si cenamos? —inquirió el reportero.

—Muy bien —asintió Cardona—. Pero yo no tengo nada que decir, Burke. Esto pertenece a la jurisdicción de Tharbel.

Mientras el detective y el reportero cenaban, Burke inició el tema de Tharbel. Como Cardona, el periodista miraba al detective rural con hostilidad así como con aprobación. Refirióse a los métodos singulares de Tharbel.

—La temporada de caza ha empezado —sonrió Burke.

—Tharbel es un cazador, ¿eh? —preguntó Cardona.

—El mejor tirador del condado —rió Burke—. Si se le ocurre ir

de caza, dejará correr el caso. Espera y lo verás.

—Magnífica ocasión para un detective rural —resopló Cardona.

—Tienen una elevada opinión de Tharbel por aquí —recordó Burke—. Obtiene buenos resultados, Cardona. Eso es lo que importa.

—Supongo que sí. Bien, me parece que voy a decirle adiós a su guarida. Regreso a Nueva York.

—Tharbel debe estar en su casa, Cardona. Te llevaré en mi coche.

Cuando Cardona llamó a la puerta de la modesta casa de Tharbel, el detective rural, en persona, fue quien le abrió. Cardona manifestó que regresaba a Nueva York y que era posible que más adelante se pusiese en contacto con él.

Cardona le tendió una mano. Tharbel la estrechó y le dijo adiós. Cerró la puerta tan pronto como Cardona se alejó.

En el automóvil con Burke, Cardona gruñó. Se alegraba de haber terminado con Tharbel por el momento. Burke se echó a reír cuando hizo retroceder al coche para volver en la calle.

—No conoces a Tharbel, Cardona —dijo—. Ese individuo simplemente se sienta a esperar el desarrollo de los acontecimientos. Parece conocer cuando las cosas van a tomar el giro que a él le conviene. Siempre se figura que alguien va a facilitarle alguna información necesaria.

“Ríete de los confidentes de Nueva York; no son nada. Tharbel está recibiendo siempre una serie de cartas anónimas...

—¿Algunas sobre este caso?

—Ninguna todavía, que yo sepa.

El resplandor de los faros del coche de Burke iluminaba el jardín de Junius Tharbel. Cardona oyó que el reportero contuvo una exclamación de sorpresa.

El detective miró en dirección del jardín. En el borde de la zona iluminada, vio momentáneamente lo que parecía ser una enorme araña viviente, huyendo del resplandor.

—¿Qué era eso? —inquirió.

—No sé —respondió Burke—. Alguien, tal vez, que pasa por detrás de la casa de Tharbel. Tal vez era un animal. Las luces deforman a veces las figuras de una manera extraña.

Burke se dirigía a la estación. El tren de Cardona saldría dentro

de unos minutos. El reportero adoptó de repente su papel secreto: el de ayudante de La Sombra. No hizo ningún comentario más.

Cardona también permaneció silencioso. Pensaba en lo que el policía apostado en la casa de Moxton le había dicho.

Un individuo semejante a una araña, todo piernas y brazos, había sido visto cerca de la casa de Mox. Junius Tharbel había decidido que era innecesario aumentar la vigilancia con otro agente. Ahora, Cardona había visto un sujeto que respondía a aquella descripción cerca de la casa de Junius Tharbel.

El famoso detective neoyorquino meditó esto, mientras regresaba a Nueva York en el tren. También pensó en las habitaciones secretas del caserón. ¿Cuál sería la finalidad de esos cuartos misteriosos, si no era para servir de escondite?

Más que nada, Cardona pensaba en Tharbel. Decidió que Burke tenía razón.

El detective rural era un individuo muy astuto, y se llevaba algo entre manos.

José Cardona tuvo un presentimiento. Tuvo la impresión de que pronto volvería a encontrarse con Junius Tharbel y que las entrevistas futuras implicarían un torneo de astucia entre él y el eficiente detective rural.

CAPÍTULO XI

VISITANTES EXTRAÑOS

TAN pronto como llegó al hotel Davenport, Clyde Burke telefoneó. No lo hizo a la redacción de *El Clásico*. Llamó a Burbank. El reportero informó haber visto a un individuo deforme, de miembros largos, en las cercanías de la casa de Tharbel.

La llamada dejó libre a Burke. No obstante, el ayudante de La Sombra no pudo olvidar los pensamientos que le asaltaron al ver aquella monstruosidad.

Clyde Burke, como Cardona, estaba intrigado y desconcertado por los sucesos ocurridos en Davenport.

Sirviendo a la vez a La Sombra y a *El Clásico*, Burke salió de su *coupé* y pasó por delante del caserón donde la policía del condado montaba guardia.

Sus faros, al virar, proyectaron sus luces sobre la fachada del edificio.

Esta vez, los faros no revelaron nada. Sin embargo, en realidad, descubrieron a una figura que Clyde Burke no vio.

Después de que el coche del reportero se alejó, una risa susurrada, burlona, sonó cerca de la pared de la casa.

¡Era la risa de La Sombra!

El súper sabueso que esclarecía los casos más misteriosos había regresado.

Su figura invisible se arrimó a la pared. Ascendió por la superficie pétrea.

Alcanzó la ventana del gabinete. Una mano, la mano derecha del fantasma de la noche, alzó el bastidor de la ventana para forzar una abertura estrecha.

Ojos escrutadores vieron un fuego llameante en el hogar. Un

policía del condado estaba de pie en el gabinete. Mientras La Sombra observaba, el agente salió y descendió por el pasillo.

La ventana se abrió más. La Sombra entró. Su aguda mirada se alzó mirando hacia el armario del rincón. La vivienda de Sulu había sido abierta por la policía. La puerta estaba abierta; el armario, vacío.

La Sombra, al encaminarse hacia el pasillo, actuó con la misma rapidez y precisión que mostrara en su primera visita a la casa. Al arrimarse a la pared, su mano derecha estaba delante de su capa; su izquierda movióse algo lentamente a su costado.

Evidentemente se había recobrado de los efectos de la herida del cuchillo en su brazo izquierdo; pero tenía cuidado en no hacer un esfuerzo demasiado grande. Llegó al pasillo y se aproximó a las puertas secretas de la pared. El policía había bajado la escalera.

La Sombra probó las puertas. Alzó una. Su linterna eléctrica arrojó un haz de luz por el largo y estrecho cuarto secreto. Luego a lo largo de la gruesa pared de la izquierda. Finalmente la luz se enfocó sobre el bajo techo, encima mismo de su cabeza. Permaneció allí.

Volviendo al pasillo, cerró la puerta secreta. Proyectó la luz de su linterna a lo largo de la pared del pasillo, más allá de la siguiente puerta y luego a la tercera, Abrió ésta. Penetró en la segunda habitación secreta: un cuarto largo, bajo y estrecho, que era una copia del primero.

De nuevo los rayos escrutadores, permitieron a La Sombra examinar minuciosamente esta habitación.

Una risa susurrada resonó cuando el fantasma de la noche volvió al pasillo y cerró la puerta secreta. Lentamente, con paso medido, dirigióse hacia la primera puerta que abriera. Se detuvo.

Alguien subía la escalera. Dando una media vuelta rápida. La Sombra se dirigió al gabinete. Llegó allí en el momento en que el policía, de vuelta de una inspección, aparecía en lo alto de la escalera.

Cuando el agente llegó al gabinete, La Sombra ya no se encontraba allí. El rey de la oscuridad había desaparecido en la noche. No obstante, estaba aún en la vecindad del viejo caserón.

Un rumor de fru-fru, casi inaudible en el aire fresco de la noche, anunció la llegada de La Sombra a la parte posterior de la casa.

La Sombra hizo una pausa junto al cobertizo que servía de garaje. Bajo las gruesas ramas de un árbol el fantasma vestido de negro trepó a la parte superior del cobertizo.

Desde aquel lugar saltó al tejado del caserón. La luna opaca mostró su figura como una mancha moviente, cuando en su ascenso llegó al lado ennegrecido de la chimenea. Densas nubes oscurecieron la luna. Una negrura espesa mantuvo invisible a La Sombra.

Transcurrió una hora. El retorno de La Sombra, fue anunciado por un cuchicheo procedente del tejado del cobertizo.

La Sombra había regresado a aquel lugar después de su minuciosa investigación. Silenciosa e invisiblemente, la figura fantasmal deslizóse hacia el costado de la casa. Un policía de pie en la puerta abierta del caserón miraba en la noche. No vio a La Sombra.

El rey de la oscuridad había partido. La misión que le llevara a la vieja casa había sido cumplida. La Sombra, como Junius Tharbel, esperaba. Sabía La Sombra que Mox, quienquiera que éste fuese, continuaría su carrera de crímenes.

Una hora después de la misteriosa partida de La Sombra, uno de los policías oyó un sonido extraño mientras estaba junto a la puerta. El ruido parecía provenir del cobertizo de la parte posterior de la casa.

El agente cerró la puerta tras sí. Cautelosamente, avanzó a través de la oscuridad. Oyó el ruido de nuevo, un leve chirrido en el tejado del cobertizo.

Al tiempo que encendía su linterna eléctrica, el policía alzó su pistola. El resplandor de la antorcha eléctrica reveló a un ser humano, perfilado entre el tejado del cobertizo y el del caserón.

Jamás había visto el policía un ser tan horrible y monstruoso como aquél.

El enano, extendido entre ambos tejados, gruñó furiosamente cuando la luz reveló su rostro moreno.

Retorciéndose, casi en el aire, volvió de un salto al tejado de la azotea, en el preciso momento en que el policía disparó. Sulu, ileso, desapareció por el otro lado del cobertizo.

El policía corrió hacia aquel costado del edificio. Hizo girar la luz de su lámpara de bolsillo en todas direcciones. No vio ninguna

señal del horrible monstruo. Otro policía se acercó corriendo.

Al preguntar qué sucedía, el primer agente proyectó el haz de luz hacia arriba al oír el crujido de una rama. Desde lo alto de una rama del grueso árbol, Sulu disponíase a atacar a los agentes que estaban abajo.

Cuando el resplandor descubrió de nuevo el cuerpo deformado, el enano saltó hacia abajo, de vuelta al cobertizo.

Dos revólveres tronaron.

El tronco del árbol salvó a Sulu, desviando los tiros.

El enano de largos miembros llegó al cobertizo; saltó por el tejado y cayó entre el pequeño edificio y el caserón, mientras los agentes disparaban de nuevo sus armas inútilmente.

Los policías iniciaron la persecución. Pero Sulu llevaba ventaja. Llegaron junto a la casa a tiempo de ver al enano a unos cuarenta metros de distancia, dirigiéndose hacia un grupo de árboles que se alzaban en unos terrenos cercanos.

Los tiros, disparados precipitadamente, no alcanzaron el objetivo. Sulu llegó indemne al lugar que buscaba.

—Quédate aquí —dijo un policía a su compañero—. Voy a la casa de al lado a telefonear al detective del condado.

Los vecinos despertaron al oírse los disparos. Viendo a los policías junto al caserón, al resplandor de la puerta abierta ahora, se tranquilizaron. El primer policía tardó unos minutos en volver.

—¿Qué ha dicho Tharbel? —preguntó su compañero.

—Ese detective me escama —respondió el agente que había telefoneado—. Dice que no le preocupan los merodeadores. También dice que porque hayamos descubierto a ese pajarraco, no necesitamos otro compañero para montar guardia. Eso dijo esta tarde; ahora manifiesta que lo que acaba de ocurrir, lo prueba.

—Tal vez tenga razón, pero si ese pájaro nos hubiese acribillado a uno de nosotros, no le habría parecido tan bien.

—Puedes estar seguro.

Los agentes se habrían asombrado de haber sabido que el enano de Mox, no era el primer visitante misterioso que había estado allí esta noche. Ni siquiera sospechaban la visita de La Sombra.

Donde Sulu fracasó, al ser descubierto casi en el mismo momento de su llegada, La Sombra alcanzó el objetivo que buscaba. Sin embargo, Sulu, así como los policías, ignoraban que La Sombra

había realizado una investigación.

¿Por qué fue La Sombra allí esta noche?

¿Qué llevó a Sulu al caserón, de donde huyera anteriormente con Mox?

Una respuesta, en parte, a esta pregunta llegó más tarde, en el santuario de La Sombra.

Encerrado en su misteriosa morada, un cuarto de paredes negras, situado en alguna parte de Manhattan, La Sombra colocó sus largas manos blancas debajo del resplandor azul de la lámpara, que brillaba sobre la mesa de superficie pulida.

La Sombra no tenía ningún trofeo de su viaje al caserón de Davenport. Una hoja de papel, una pluma y el reluciente girasol con sus chispas vívidas, era todo lo que mostraban las manos del fantasma de la noche.

Sin embargo, La Sombra había descubierto algo. Lo conservaba guardado en su cerebro. Disponíase a traducir sus pensamientos en palabras. La mano derecha alzó la pluma; sobre la hoja de papel escribió dos nombres:

HOYT WYNGARTH IRVING SALBROOK

Hasta la fecha, ninguno de estos dos nombres, había figurado para nada en los informes que La Sombra había recibido. No había nada que indicase que eran satélites del monstruo o que pudieran ser otros inventores desaparecidos.

Los nombres resaltaban en un azul vívido; luego se desvanecieron como si una mano invisible los borrara. Eran nombres que La Sombra había conocido en su visita a la casa abandonada de Mox.

Aunque los nombres habían desaparecido, los hombres a quienes representaban no quedaron olvidados. La Sombra había presagiado su entrada en el asombroso caso de Mox, el súper criminal. Debía tenerlos en cuenta.

La luz se apagó con un chasquido. Una risa resonó en las tinieblas. Los tonos sardónicos despertaron ecos sibilantes en las profundidades de la negrura.

Cuando el último eco burlón se hubo desvanecido, un silencio sepulcral reinó en el santuario de La Sombra. El rey de la oscuridad se había marchado. Su partida predecía el comienzo de nuevos y sorprendentes episodios.

Los proyectos de Mox no habían llegado a su término todavía. La Sombra simplemente había descubierto los posibles movimientos futuros de Mox, y al hacerlo, había preparado la contraofensiva que derrotaría al diabólico enemigo.

CAPÍTULO XII

CARDONA SACA UNA CARTA DE TRIUNFO

A la mañana siguiente, el detective José Cardona paseaba impacientemente de un extremo a otro de su despacho oficial, en la jefatura. El famoso detective estaba de mal humor. Su viaje a Davenport era la causa.

Cardona cogió un periódico y leyó un artículo que aparecía en la primera página. Tiró el diario con un resoplido despectivo. Furiosamente, entró en otro despacho, donde encontró al inspector de cabellos grises, Timoteo Klein, sentado a su mesa.

Vuelto a su trabajo, el inspector Klein tomaba las cosas con calma después de su larga enfermedad. Alzó la vista cuando Cardona entró y observó la expresión malhumorada en el rostro del detective.

Inquirió:

—¿Qué sucede, Pepe?

—Muchas cosas, inspector —respondió el sabueso—. Salgo de viaje a cooperar en un caso y un detective rural intenta ponerme en ridículo.

—No es posible, Pepe —replicó Klein.

—Yo no lo puedo ver de otra manera —gruñó Cardona—. Este sujeto me ha puesto en ridículo ante el comisario. Hasta los periódicos se burlan de mí. ¡José Cardona, as de los detectives de Nueva York, ridiculizado por un detective rural! Así, poco más o menos, lo escriben. Tengo que hacer algo.

—Busque el desquite —sugirió Klein.

—Me gustaría hacerlo —barbotó Cardona—. Me gustaría vengarme. ¡Hay que ver cómo como me trató! Si alguna vez se le ocurre venir con la cafetera que tiene por coche (lo que dudo,

porque el cacharro ese empezaría a caerse a trozos a cinco kilómetros de Davenport), haré que todos los agentes de tráfico, sin faltar uno, le multen por exceso de velocidad, mejor dicho, por obstruir el tráfico.

El inspector Klein sonrió. Opinaba que la indignación de Cardona era exagerada. Sin embargo, el inspector creía que Cardona tenía motivos de enojo. Ciertamente que su visita a Davenport no había aumentado su prestigio.

—El muy zorro me informó tan sólo de lo que le pareció conveniente —declaró Cardona enfáticamente—. Me tuvo a oscuras, eso es todo. Fui allí buscando una relación entre Neswick y Greerson, inventores los dos. Los periódicos lo señalaban y yo fui a investigar después de hablar con el comisario.

“Establecí la relación, sin duda alguna. Más no era la que yo buscaba. Esperaba encontrar que Neswick y Greerson se conocían. En vez de esto, averigüé que Neswick, como Greerson, era un amigo de Schuyler Harlew.

“¿Comprende cómo esto lo ha complicado? Moxton —o Mox, como se hace llamar— es el asesino. Es el sujeto que mató a Harlew. Probablemente, mató a Greerson también. Y entre tanto, yo buscaba a Greerson como asesino. ¿Qué me hace ver que estoy equivocado? Un detective rural, que se calla como un zorro hasta lograr ponerme en ridículo.

—No lo tome así, Pepe.

—No me importaría, si hubiese alguna manera de salir airoso de esto. Pero lo peor del caso, es que he tratado de localizar a algunas personas conocidas de Harlew. El único que descubrí era Greerson... y éste ha desaparecido. Y luego viene Junius Tharbel, un personaje en un pueblecillo de mala muerte, y presenta a Neswick.

“Además —continuó—, tiene la declaración de Neswick de que Moxton era el jefe de Harlew. Escuche, inspector, este caso me tiene loco, confundido. Estoy dispuesto a dimitir, eso es todo. Los periódicos han empezado a hablar en tono burlón, y soy el hazmerreír...

—Calma, Pepe —ordenó Klein—. Probablemente se presentará alguna racha de suerte...

—Para Junius Tharbel, tal vez sí —interrumpió Cardona—. Es un sujeto que la espera tranquilamente. Puede tenerla en un

villorrio indecente como Davenport, donde cualquiera que no está metido en cama a las nueve es probablemente un delincuente. Si pudiésemos obligar a la gente a meterse en sus casas a las nueve en Nueva York, yo también podría echar el guante a muchos bandoleros.

—Debe haber alguna solución.

—La hay —dijo Cardona, en tono enfático—. Le diré la clase de suerte que me gustaría tener. Averigüé todo lo concerniente a Greerson. Ignoraba adónde había ido, pero ahora sé que fue a Davenport a ver a Mox.

“Tharbel me pone en ridículo jugando su carta de triunfo. Coge a Neswick. Este descubre el juego. Neswick fue a ver a Mox. El viejo intentó matarle.

“Lo que me gustaría es encontrar otra carta de triunfo, mayor que la de Tharbel. Me agradaría encontrar a otro inventor como Neswick (uno que conozca a Schuyler Harlew), pero que no se haya puesto en marcha todavía. Esta sería una carta de triunfo mayor que la de Tharbel. Él cree que el testimonio de Neswick es sincero y yo lo creo también. Si yo pudiese presentar la clase de pruebas que Tharbel busca...

Hubo una interrupción.

El detective sargento Markham estaba en la puerta. Saludó a Cardona.

—Un individuo desea verle, Cardona-anunció —. Un tipo con aire de suficiencia. Ha estado leyendo los periódicos y quiere hablarle con referencia al caso de Davenport...

—Hágalo pasar aquí —resopló Cardona—. ¿Ve usted? —dijo al inspector Klein—. Hasta Markham le llama el caso Davenport. ¿En qué lugar estoy yo?

Antes de que el inspector pudiera contestar, el visitante había llegado a la puerta de la oficina. Cardona y Klein se encontraron a un individuo de elevada estatura, cuyo porte y ojos firmes indicaban que era un hombre de extraordinaria inteligencia. Sus facciones denotaban que era un pensador.

Sus maneras eran reposadas y estaban llenas de dignidad. De unos cuarenta y tantos años, el caballero daba la impresión de ser un hombre que había llegado a la primavera de la vida.

—¿El detective Cardona? —inquirió el visitante, con voz suave.

—Soy yo —respondió Cardona—. ¿Desea verme?

—Sí. —El caballero presentó una tarjeta. El detective leyó en voz alta el nombre: Cuthbert Challick.

—Me alegro de verle, señor Challick —declaró el detective, tendiendo una mano—. Este es el inspector Klein.

Cardona notó la presión del apretón de manos del caballero. Quedó impresionado por la virilidad de Challick. El visitante, después de estrechar la mano de Klein, sentóse con toda calma con el aire de un hombre que tiene una historia importante que contar. Empezó:

—Acabo de regresar a Nueva York. Paso la mayor parte del tiempo fuera: en Maine, Florida y a veces en el extranjero. La primera noticia que leí en el diario local, fue la de la serie de crímenes que se inició con el asesinato de un tal Schuyler Harlew y terminó con la fuga de Jarvis Moxton, llamado Mox, de su casa de Davenport.

—Yo estoy encargado del caso en Nueva York —interpuso Cardona.

—Eso tengo entendido —declaró Challick—. Por este motivo he venido a verle. Estoy especialmente interesado en la declaración que la prensa atribuye a un individuo llamado Joel Neswick. Él, a lo que parece, conocía a Harlew y éste le dijo que visitara a Mox. ¿Me equivoco?

—Está bien informado —declaró Cardona—. Neswick es un inventor.

—También lo soy yo —dijo Challick con toda calma—. He estado trabajando en varios inventos; algunos de ellos han resultado provechosos. No obstante, mis experimentos más recientes se refieren a unos espejos cóncavos destinados a extraer potencia calorífica de los rayos solares. Mis trabajos han llegado al punto de posibilidad.

“Por esto, supongo —continuó—, me visitó Schuyler Harlew, quien hizo un viaje especial a Portland, Maine...”

—¿Conoce usted a Harlew? —interrumpió Cardona.

—Ciertamente —aseguró Challick—. Le conocía como representante de un hombre que deseaba adquirir los derechos de mis inventos...

—¿Jarvis Moxton?

—Mox, según su firma.

Sacando la mano de un bolsillo, Cuthbert Challick pasó una nota doblada a Cardona. El detective la abrió. Con ojos ávidos, leyó:

“Hágase pasar al portador a mi casa. Esto le servirá de presentación.

—Mox.”

—¿Recibió usted esto de Schuyler Harlew? —interrogó Cardona, alzando la vista de las líneas garabateadas.

—Sí —respondió Challick—. Hace más de un mes. Prometí ver a Mox en cuanto regresase a Nueva York. Tenía el propósito de ir a Davenport después de mi llegada a Nueva York. Puede usted figurarse mi asombro cuando supe que Harlew había sido asesinado, y que Mox era un fugitivo de la justicia.

—Quiero que me acompañe usted a Davenport —anunció Cardona.

—Estoy muy dispuesto a hacerlo —asintió Challick—. Este asunto es de la mayor importancia para mí. Debe usted comprender que me aseguraron una compra rápida de mis inventos. Quiero saber qué se oculta tras de todo este asunto.

—Lo sabrá usted —afirmó Cardona, ceñudo—. La noticia que usted me ha traído es muy importante para mí, señor Challick.

Volviéndose hacia el inspector Klein, el famoso detective dio un puñetazo sobre la mesa. En los ojos de Cardona brillaba una expresión de triunfo.

—¡Tengo ahora lo que Junius Tharbel necesita! —exclamó—. Un hombre cuyo testimonio confirmará lo que Neswick declaró. Y que tiene la prueba que Neswick no pudo presentar ¡Esta nota!

El inspector Klein asintió con la cabeza.

—¡Si esto no aplasta a ese sabiondo detective rural —añadió Cardona—, no sé qué lo hará! Él cree que me puso en ridículo; ¡ahora verá lo que es bueno!

Volvióse hacia Cuthbert Challick. El inventor miraba con aire perplejo.

Parecía estar a punto de comprender, las observaciones llenas de excitación que Cardona acababa de emitir.

—Vamos a Davenport —anunció Cardona—, usted y yo, señor Challick, para esclarecer esta serie de crímenes.

Challick movió afirmativamente la cabeza con un gesto de asentimiento.

En las facciones morenas de José Cardona se dibujó una sonrisa de júbilo.

La suerte favorecía al detective.

¡En Cuthbert Challick y la carta que el inventor había traído, el famoso detective había encontrado la carta de triunfo que necesitaba!

CAPÍTULO XIII

THARBEL SE OPONE

AQUELLA misma tarde, Junius Tharbel hallábase sentado a su mesa. Las ventanas traseras mostraban la cárcel del condado; la ventana lateral daba a un trozo de terreno baldío; más allá extendíase una hilera de árboles.

El detective rural, aficionado a la goma de mascar, parecía estar esperando la llegada de alguien.

Dos reporteros entraron. No despertaron a Tharbel de su ensimismamiento.

Clyde Burke llegó.

—¡Hola, Tharbel! —saludó el reportero de *El Clásico*.

—¡Hola! —respondió el detective del condado—. ¿Qué quiere preguntarme? Oigamos lo que pretende.

—No quiero hacerle ninguna pregunta —declaró Clyde—. No acostumbro a formular preguntas. Si tiene usted alguna nota oficial quearme, escucharé.

Tharbel soltó una risita.

—Usted es de los buenos, Burke —dijo—. Simplemente por eso, le daré una nota. Prepárese.

Los otros reporteros mostraron inmediatamente interés. Se agolparon en torno de la mesa. El detective rural se levantó solemnemente y fue a un armario. Sacó un rifle y lo depositó sobre la mesa.

—Un bonito Winchester, ¿eh? —dijo—. Pues bien, aquí tienen mi nota oficial. Me marcho de caza.

Clyde Burke se echó a reír. Los otros reporteros parecían estar desconcertados. El rostro de Tharbel esbozó una sonrisa.

—Sí, señor —repitió el detective—. Me voy de caza. Al coto de

Hollis Harman. El y otro muchacho vendrán a buscarme. Salimos con los perros al romper el día.

—¿Qué nos dice de Moxton? —interrogó uno de los periodistas—. No abandona usted el caso, ¿verdad? ¿Habiendo alguien que merodea por su casa de noche?

—Esas son tres preguntas —repuso Tharbel—. No tengo que responder a ninguna de ellas. Han oído ustedes mi declaración. Me voy de caza.

El detective volvió a sentarse y miró con indiferencia por la ventana. Era un día lúgubre, cargado de niebla. Obscurecía. Tharbel, no obstante, parecía estar indiferente al tiempo. Apartándose de su costumbre, se tornó locuaz.

Clyde Burke indicó con un gesto a sus colegas que escuchasen. El representante de *El Clásico* conocía la peculiaridad de Junius Tharbel.

—He sido detective de este condado durante más de cincuenta años —empezó en tono reminiscente—. He visto pocos casos en mi tiempo, casos tan difíciles como éste. No es conveniente fracasar en uno.

“Quiero encontrar a un hombre que se hace llamar Jarvis Moxton. No les digo nada que ustedes no sepan, al anunciarles que ese nombre es falso. Jarvis Moxton no existe. Pero hay alguien, en alguna parte, que ha representado el papel de un viejo llamado Mox.

“Este asesino, este Mox, se ha marchado de Davenport. Aparecerá en alguna otra parte y volverá aquí, aunque tengamos que traerlo amarrado. Por este motivo no quiero ser más explícito. Estoy esperando. Por eso me voy de caza.

La oscuridad exterior parecía aumentar, mientras Tharbel hablaba en tono pausado y reflexivo. Las maneras del detective tenían un aire de confianza que impresionó a sus oyentes.

—El cambio se producirá pronto —continuó Tharbel—. Lo verán ustedes tres. Joel Neswick permanece en Davenport para prestar su declaración cuando yo la necesite. Habrá otro testigo, además...

Tharbel se interrumpió como si hubiese hablado bastante. Se reclinó en su sillón. Lanzó una mirada al umbral.

—Creo que Hollis Harman llegará pronto —observó—. Recogerá a su amigo y luego pasará a buscarme. Quizá empezaremos la caza

mañana por la mañana temprano. En todo tiempo hay crímenes y otras clases de delitos, pero la temporada de caza no dura mucho.

Unas pisadas empezaron a resonar en la escalera.

Tharbel se levantó y señaló la única luz que alumbraba el despacho. Se dirigió a los periodistas.

—Quédense aquí, si gustan —invitó—. Si telefonea alguien, díganle que me he marchado al coto de Harman. Si se marchan, la telefonista sabrá adónde dirigir las llamadas. Parece que llegan mis dos amigos.

Dos hombres entraron en aquel momento en la oficina.

Una expresión de sorpresa se dibujó en el rostro de Tharbel; se trocó en aire de reto cuando el detective rural reconoció a José Cardona.

El sabueso neoyorquino iba acompañado de un caballero de elevada estatura, quien escrutó a Junius Tharbel con ojos firmes. José Cardona, que se disponía a hacer la presentación, se interrumpió al observar a los reporteros.

—Quiero hablar con usted, Tharbel —fue su saludo—. Lo que tengo que decirle es importante. Si no quiere que estos periodistas...

—No importa —interrumpió Tharbel, con cierto tono de sarcasmo—. Lo que tenga que decir, Cardona, puede decirlo aquí. Esto no es Nueva York; estamos en Davenport. No obstante, si quiere que la entrevista sea reservada, le complaceré.

Levantándose del sillón, el detective del condado fue a la puerta y la abrió.

Encendió la luz de una habitación contigua. Con un gesto, indicó a Cardona y a su acompañante que entrasen.

Tharbel se sentó a una mesa tan desvencijada como la que habitualmente usaba.

Cardona, encarándose con él, respondió a su reto irónico. En tono frío, declaró:

—Si usted no tiene inconveniente en que los reporteros asistan a esta entrevista, tampoco lo tengo yo. Si han venido en busca de una historia, estoy dispuesta a dársela.

—Perfectamente —repuso Tharbel.

Cardona se dirigió hacia la puerta de la oficina habitual de Tharbel.

—Pasad, muchachos. Aquí tenéis algo para vuestros periódicos.

Siguiendo a Clyde Burke, los reporteros entraron en la habitación.

Adoptando una pose dramática, Cardona empezó su declaración a la prensa.

Antes de presentar a su compañero, hizo un rápido resumen del caso en que él y Tharbel trabajaban.

—Un individuo llamado Schuyler Harlew —declaró—, fue asesinado en Nueva York. El asesinado conocía a un inventor llamado Peter Greerson, quien desapareció.

“Luego vino Joel Neswick —continuó—, otro inventor. Este se presentó en Davenport para acudir a una cita que tenía con Jarvis Moxton, alias Mox. Después que Mox intentó matar a Neswick, recogimos la historia.

—Yo la obtuve —interpuso Tharbel.

—Y yo también —replicó Cardona—, después de hablar con Neswick. Nuestra hipótesis ahora es que Greerson vino aquí y fue asesinado. Neswick vino también y fue salvado. Pero no olvide una cosa, Tharbel La hipótesis está basada enteramente en la declaración de Neswick.

—Sí —reconoció Tharbel.

—Neswick dice que recibió una nota, una tarjeta de presentación para Mox.

—Pero no la tiene ahora. Fue a parar a manos de Mox, de quien había salido, por mediación de Schuyler Harlew.

—Perfectamente. —La voz de Cardona se elevó triunfalmente—. Sólo faltaba una cosa, Tharbel. Hay otros testimonios que confirman las declaraciones de Neswick. Sin eso, las manifestaciones de Neswick pueden carecer de valor. ¿Tengo razón?

—Supongo que sí —confesó Tharbel.

—¿Puede usted presentar ese testimonio?

—No —repuso Tharbel.

—¡Pues bien, yo sí puedo! —exclamó Cardona—. ¡Dejaré que el testigo hable por su cuenta!

“Señores —añadió—, este señor es Cuthbert Challick, un inventor, regresado recientemente a Nueva York. ¡Le dejaré hablar!

Todas las miradas se volvieron hacia Challick. El mismo Junius Tharbel pareció quedar asombrado por el momento. Cardona estaba jubiloso. Con los brazos cruzados, escuchó mientras Challick

hablaba.

—Schuyler Harlew fue a verme hace un mes —anunció Challick, con voz firme—. En Portland, Maine, me pidió que visitase a un hombre llamado Jarvis Moxton, que vivía en Davenport. Accedí a hacerlo a mi regreso a Nueva York. De Harlew recibí una nota de presentación.

—¡Una nota firmada por Mox! —exclamó Cardona—. ¡Esta es la presentación!

El famoso detective depositó el papel sobre la mesa de Tharbel. Los reporteros se aproximaron a verla.

Tharbel examinó el papel con evidente interés.

—Esto —observó—, corrobora las declaraciones de Neswick, siempre que desde luego, la nota se parezca a la de él. Simplemente, prueba que yo averigüé...

—¡Lo que usted averiguó! —resopló Cardona—, yo lo he probado!

Los reporteros se miraron los unos a los otros. Cardona vio sus miradas.

Comprendió que su prestigio aumentaba y que el de Tharbel había descendido. El sabueso neoyorquino había traído la prueba que Tharbel necesitaba.

El teléfono repiqueteó en la otra habitación.

Pausadamente, Tharbel se levantó para contestar a la llamada. Cuando regresó, su rostro tenía una expresión de triunfo que superaba al de Cardona.

—Cardona merece toda clase de elogios —dijo a los reporteros—. Ha aportado algo útil. Una corroboración, un papel escrito. Entretanto, yo no he estado durmiendo. Yo también he encontrado un papel, un papel muy útil. Aquí lo tengo. Lo leeré.

Sacó un papelito de un bolsillo y lo puso a la luz. En voz sin inflexión, leyó las palabras siguientes:

“Usted quiere capturar a Mox. Yo puedo decirle donde está. En Albania. Se llama Hoyt Wyngarth.”

Tharbel depositó el papel sobre la mesa. Se volvió hacia los otros hombres y sonrió con actitud. Era evidente que tenía otra sorpresa para los presentes.

—Esta nota —dijo—, llegó a mis manos anoche. Mandé un hombre a Albania hoy. En este momento acaba de telefonarme.

Había estado esperando la llamada. Hoyt Wyngarth está detenido. Llegará mañana por la mañana.

Junius Tharbel soltó una risita al mirar a José Cardona. El as de los detectives neoyorquinos había jugado un triunfo; había presentado un nuevo y útil testigo. Pero el detective rural había replicado con un golpe asombroso.

¡Él, Junius Tharbel, había conseguido un resultado importante! ¡Él había conseguido la detención de un sospechoso que podría ser el mismo Mox!

CAPÍTULO XIV

LA SOMBRA ENTRA

JUNIUS Tharbel se deleitó por su triunfo sobre José Cardona. Mientras el sabueso neoyorquino y los reporteros miraban la hoja de papel, Tharbel se mantenía apartado, contemplándolos con expresión de triunfo en los ojos.

La nota decía exactamente lo que Tharbel había leído. Las palabras, aunque garabateadas en una escritura primitiva, eran legibles. Cardona observó algo que Tharbel no había leído. La nota iba firmada con una sola letra: "S".

—¿Dónde obtuvo usted esto? —retó Cardona.

—¿Dónde obtuvo usted su nota? —inquirió Tharbel.

—La llevaron a mi oficina —replicó Cardona—. El hombre que está aquí presente: Cuthbert Challick.

—Pues bien —rió Tharbel—, mí nota fue entregada en mi casa. Desgraciadamente, el individuo que la dejó no se quedó. La encontré bajo la puerta.

—Se trata de una broma.

—Lo veremos. Pienso someterlo a una prueba.

Cardona recordó de repente el perro danés que Tharbel encontrara en el caserón de Mox. Sí, el detective rural sometería al detenido a una prueba. ¡Si el perro reconocía Wyngarth...!

—¿Qué le parece —sugirió suavemente Tharbel—, si telefonamos a Neswick al hotel? Seguramente le gustaría conocer al señor Challick. Usted y yo, Cardona, podemos comparar las declaraciones de los dos.

El tono de Tharbel era de conciliación. Había triunfado del sabueso neoyorquino. Pero quería que éste cooperase con él. Cardona no tuvo más remedio que asentir.

—Perfectamente —dijo en tono brusco—. Telefonee a Neswick. Hablemos con él.

Tharbel se levantó y entró en la otra oficina. Cardona, Challick y los periodistas le siguieron. Challick entornó la puerta de la oficina.

El papel que Tharbel mostrara veíase aun sobre la mesa.

Tharbel telefoneó. Le comunicaron que Neswick había salido a dar un paseo con Scudder. Se esperaba que los dos volviesen de un momento a otro. El detective rural se arrellanó en su sillón. Cardona tomó asiento junto a la mesa de escritorio.

Uno de los reporteros salió a buscar cigarrillos. Challick, abriendo una pitillera lujosa, encontró que no tenía más que dos cigarrillos. Evidentemente, imitando al reportero, salió de la oficina también.

Transcurrieron varios minutos. Reinaba un silencio completo, mientras los hombres que había en la oficina de Tharbel, esperaban la llamada de Joel Neswick.

Hubo un movimiento en el pasillo. Nadie lo observó. La puerta de la oficina de delante —no, la que comunicaba con la otra, sino la que daba al vestíbulo— abrióse suavemente.

Una figura vestida de negro entró. Era La Sombra.

Rápida y sigilosamente, el fantasma deslizóse hacia la puerta comunicante y escudriñó por el hueco que quedaba..

Vio a Tharbel y a Cardona; a Clyde Burke y a otro periodista. Cardona, pasado su mal humor, había empezado a hablar.

—De modo que echó el guante a un sospechoso, ¿eh? —preguntó—. ¿Quién es ese Hoyt Wyngarth?

—Un individuo que localizamos en Albania —repuso Tharbel bruscamente—. Es todo cuanto sabemos.

—Bien —el tono de Cardona era dudoso—. Espero que sea Mox. Buena suerte para usted, Tharbel, pero no hay que confiar demasiado en las notas que vienen por debajo de la puerta.

—Tal vez, no —reconoció Tharbel con una sonrisa.

Reinaba un silencio profundo en la habitación trasera. La Sombra se alejó de la puerta comunicante. Sus ojos agudos chispearon al mirar todos los lados de la oficina.

La Sombra se aproximó a la mesa y examinó la nota que había sobre aquélla. Un montón de hojas de papel en blanco yacían al lado. La Sombra las desparramó. Sacó una hoja de papel más fino

de debajo de la capa y la puso sobre la mesa.

Con un lápiz copió la nota que Tharbel había recibido, palabra por palabra, con notables excepciones. En vez de Albania, escribió Nueva York. En lugar de Hoyt Wyngarth, puso el nombre de Irving Salbrook.

La copia fue ejecutada hábilmente. La escritura de La Sombra se parecía tanto al original, que ni siquiera un perito calígrafo podría haber descubierto una diferencia.

La Sombra no tocó la nota de la mesa. Se metió la copia debajo de la capa y desapareció por la puerta del vestíbulo. El frufrú de sus prendas negras era inaudible. Desapareció en la oscuridad de la escalera.

Unos minutos después, Cuthbert Challick subió la escalera. Fumaba un cigarrillo. Señaló hacia los aparatos saca monedas alineados junto a la pared.

—El reportero está jugando con uno de éstos —observó—. En el estanco de enfrente. A propósito —volviéndose hacia Cardona—, mandé las maletas que dejamos en la tienda al hotel. Pensé que probablemente permaneceríamos aquí toda la noche.

—Desde luego. —Fue Tharbel quien habló, no Cardona—. Usted quiere estar presente cuando interroguemos al detenido, a Wyngarth. Sus declaraciones pueden resultar de gran valor.

Tharbel por ver primera recordó la nota que había dejado en la otra habitación. Se levantó presuroso y atravesó la puerta. Se trajo al volver la nota que llevaba el nombre de Hoyt Wyngarth y la metió en un cajón de su mesa.

Nuevas pisadas en la escalera. Dos hombres entraron. Llevaban rifles.

Tharbel se levantó para saludar a uno de ellos, un individuo de rostro gordinflón, que ostentaba una sonrisa perpetua.

—¡Hola, Harman...! —exclamó—. ¿Dispuesto para ir al coto?

—Seguramente —respondió el de rostro gordinflón—. Mi amigo, Wade Hoth. Acabo de encontrarle en el hotel. Llegó tarde. Hoth cree que es un tirador formidable.

Junius Tharbel estrechó la mano de un individuo alto, de rostro triste, que era todo lo contrario de Hollis Harman. Se volvió y presentó a los dos recién llegados a José Cardona y a Cuthbert Challick.

—Creo que Neswick no ha vuelto aun al hotel —observó Tharbel—. No importa. Total, está a una manzana de aquí. Usted se queda esta noche. ¿Por qué no va usted a verle? Es más cómodo que aquí.

—¿No va usted a tomar nota de la declaración del señor Challick? —preguntó Cardona, con sorpresa.

—La tiene usted, ¿no es verdad? —repuso Tharbel bruscamente—. Yo tengo la de Neswick; usted, la de Challick. Scudder está allí. Él puede cuidarse de estos detalles.

“Yo me marcho —continuó—. Quiero empezar la caza mañana por la mañana temprano. Traerán a Wyngarth y quiero estar de vuelta antes de mediodía. Voy a cenar y a acostarme. Tengo que mantenerme en forma. En Nueva York —Tharbel sonreía mirando a Cardona—, tiene usted la temporada de caza todo el año. Puede usted capturar a todos los *gangsters* que quiera, en cualquier momento. Pero aquí es diferente. Nos oxidamos si no cazamos cuando se puede.

Tras estas palabras, Junius Tharbel cogió su rifle y partió con Hollis Harman y Wade Hosth.

José Cardona miró a Cuthbert Challick. El inventor movió la cabeza y sonrióle.

—Vamos al hotel —sugirió Cardona.

Seguido de Clyde Burke y del otro periodista, los dos de Nueva York, salieron de la oficina. Clyde, corrigiendo una negligencia de Junius Tharbel, apagó la luz. Vio un destello en la oficina de delante y extinguió la luz allí también. Cerró las puertas. Las cerraduras chirriaron.

Una oscuridad completa inundó el cuarto donde La Sombra, había ejecutado la extraña operación de imitar la nota que Junius Tharbel mostrara a José Cardona.

Una nota que nombraba a Hoyt Wyngarth, había llegado a las manos del detective rural. La otra, nombrando a Irving Salbrook, quedó en poder de La Sombra.

Hoyt Wyngarth e Irving Salbrook.

Estos hombres constituían factores desconocidos. Uno de ellos aparecía ya en el caso. El otro estaba ausente —lo seguiría estando— hasta que La Sombra decidiese entregar la nota que había preparado.

¿Qué se proponía?

CAPÍTULO XV

LA PRUEBA

EN la mañana siguiente, el detective José Cardona visitó la cárcel del condado. El sabueso neoyorquino estaba ansioso por presenciar la llegada de Hoyt Wyngarth de Albania.

El acontecimiento ocurrió poco antes de mediodía.

Un automóvil se detuvo delante de la cárcel. Dos hombres se apearon de la parte delantera del *sedán*; tres, de la parte posterior. Wyngarth, esposado entre dos agentes, fue conducido a la prisión.

Cardona observó al detenido cuando pasaba. Wyngarth, alto, encorvado de hombros y aspecto cadavérico, tenía el rostro pálido. Fue conducido a una celda. Cardona habló con los agentes que le trajeron. Tres eran de Albania. El cuarto, el que guiaba el auto, era uno de los ayudantes de Tharbel.

—No quiere hablar —afirmó uno de los sabuesos de Albania—. Sin embargo, podemos formular una serie de cargos contra él. Se sospecha que el individuo ha cometido varios chantajes.

—No parece —observó Cardona.

—Está asustado —repuso el sabueso de Albania—. Supongo que sabe que esta vez no se escapará.

El ayudante de Tharbel telefoneaba al coto de Harman. Anunció, una vez terminada su conferencia telefónica, que Junius Tharbel llegaría a la cárcel dentro de un rato.

—Quiere que esté usted aquí —comunicó a Cardona—, y dijo que trajese a un individuo llamado Challick. Voy a telefonar al hotel para que vengan Scudder y Neswick.

—Challick está con ellos.

—Muy bien. Haré que vengan los tres.

El trío llegó. Con Cardona esperaron en el lúgubre pasillo de la

cárcel, al lado de la puerta. Tharbel compareció poco después. Acompañado de sus compañeros de caza, Hollis Harman y Wade Hosth, entró en el pasillo.

Los reporteros también estaban alerta. Siguieron a Tharbel. El detective rural nada objetó a la presencia de los periodistas.

Tras un breve saludo a Cardona y a los otros, atravesó el pasillo y abrió la puerta de una habitación lateral.

—Entren aquí —ordenó. Todos obedecieron. Encontraron una habitación que evidentemente no se usaba.

Estaba separada por un tabique, enmarcado por cristal de un cuarto más pequeño situado más adentro. Todas las ventanas tenían barrotes; una puerta comunicaba una habitación con la otra.

—Este local —explicó Tharbel—, estaba destinado para oficina mía. Uno de los fiscales del condado la amuebló después de la ampliación de la cárcel. Se suponía que yo debía estar sentado ahí —señaló la otra habitación—, y mis ayudantes aquí. La probé y luego me mudé a mis antiguas oficinas. El fiscal se enfadó, pero se ha habilitado una oficina nueva desde entonces.

Tharbel estaba locuaz. Rara vez hablaba tanto. Hizo una pausa para sonreír acremente y continuó:

—He estado pensando desde hace mucho tiempo qué podía hacer con estas habitaciones y por fin encontré un uso para ellas. Baje esos visillos, Scudder.

Scudder obedeció. El obscurecimiento de la habitación provocó una negrura que estaba alumbrada solamente, por la iluminación que penetraba por el tabique de cristal.

—Pónganse en línea a lo largo de la valla —ordenó Tharbel—. Apártense un poco para que no se les vean las caras desde el otro lado.

Los presentes obedecieron las instrucciones. Cardona se colocó al lado de Challick y de Neswick. Los compañeros de caza de Tharbel, a continuación; al otro lado de la puerta, Burke y los periodistas que le acompañaban.

Tharbel abrió la puerta del tabique y entró en el cuarto contiguo. Miró los rostros a través de los cristales. Indicó a los reporteros que se hiciesen un poco más atrás. Satisfecho, asomó la cabeza por la puerta y habló:

—Voy a interrogar a Hoyt Wyngarth. Dejaré la puerta

entornada, para que puedan oír así como también ver. Nada de ruido. ¿Comprenden? Yo entraré un poco más tarde y dejaré a Wyngarth solo. No hagan ningún ruido entonces tampoco.

Hablando a media voz a Scudder, Tharbel dio otras instrucciones. El ayudante salió. Tharbel volvió a la oficina alumbrada. Como prometiera, dejó la puerta entornada. Tharbel se sentó en una silla.

Los hombres que observaban vieron abrirse una puerta al otro lado de la habitación iluminada. Hoyt Wyngarth, despojado de las esposas, entró. El detective rural le invitó a sentarse. El interrogatorio iba a empezar.

José Cardona, observando y escuchando, volvió a sentir admiración así como desaprobación por los métodos de Tharbel. El detective rural no daba muestra de que iba a someter al detenido a un interrogatorio del llamado de tercer grado. Tharbel parecía tranquilo, casi benévolo, para con Wyngarth. Al propio tiempo, su rostro aparecía impasible, carente de expresión.

—¿Cómo se llama? —interrogó quedamente.

—Hoyt Wyngarth—contestó el hombre del rostro pálido.

—Vive en Albania, ¿eh?

—Sí.

—¿Ha estado antes en Davenport?

—No.

El rostro de Wyngarth se tornó de pronto tenso al hacer la respuesta última.

—Es raro —comentó Tharbel—. Me imaginaba que tal vez usted sabía algo de un hombre que residía en Davenport. Este hombre se llamaba Mox, abreviación de Moxton, Jarvis Moxton.

—No le conozco.

—Mox era el nombre supuesto de ese hombre. Mox puede ser cualquiera. Por ejemplo —Tharbel hizo una pausa para sonreír por vez primera—, yo mismo podría ser Mox. Usted podría ser Mox. Ese individuo, tal como era conocido aquí, era un impostor. De pelo y barba grises, probablemente postizos.

Wyngarth se estremeció. Sin embargo, su rostro se puso de pronto firme.

Parecía estar resuelto a no decir nada.

—¿Quiere usted responder a las preguntas —inquirió Tharbel—,

o prefiere hacer alguna declaración?

—Ninguna de las dos cosas —repuso Wyngarth—. No tengo nada que decir. Nada.

—¿Está seguro?

—Sí.

Tharbel se puso en pie y empezó a pasear por el cuarto. Luego fue a la puerta del otro lado e hizo una pausa para sacar una barrita de goma de mascar.

Mientras usaba la mano derecha para meterse la goma en la boca, colocó la izquierda sobre el pomo girándolo un poco. Luego como si recordase algo, cruzó el cuarto y abrió la puerta que daba a la habitación de delante, donde los observadores estaban escondidos.

—Volveré —prometió saliendo.

Dejó la puerta ligeramente entornada. Se reunió con los que estaban al otro lado del tabique.

Hoyt Wyngarth, una vez solo, miró solapadamente hacia la puerta por donde Tharbel había salido. Miró a su alrededor de una manera furtiva y observó las ventanas enrejadas. De nuevo contempló la puerta situada entre las dos habitaciones.

Los observadores, mirando hacia el otro lado, vieron que la puerta del extremo se abría. Un carcelero se agachó y empujó a un perro al interior del cuarto. Retrocediendo, cerró la puerta.

El gruñido del perro y el portazo llamaron la atención de Wyngarth.

Volviéndose, como los observadores, vio el perro danés capturado en el gabinete de Mox.

Wyngarth contuvo el aliento. El perro, gruñendo aun, miró con fijeza al hombre. Luego, reconociéndole de repente, saltó hacia Hoyt Wyngarth. Su gruñido se convirtió en un ladrido de júbilo.

Cuando Wyngarth retrocedió, el perro saltó y colocó sus patas sobre su pecho. Moviendo la cola, parecióle a Wyngarth como cualquier otro perro que recibiese con alegría a su amo largo tiempo desaparecido.

Las reacciones de Wyngarth fueron múltiples. Por un momento, olvidó su posición. Aunque iba retrocediendo, no dejaba de acariciar la cabeza de su amigo canino. Luego, furioso, apartó al perro y corrió hacia la puerta del tabique.

—Llévese ese perro —chilló—. ¡Llévese ese perro! ¡Me da miedo!

Tharbel cerró con fuerza la puerta y sujetó el pomo.

Wyngarth, saltando el perro tras él, cruzó corriendo el cuarto en dirección de la otra puerta. Mientras cogía el pomo de la puerta, el danés, moviendo la cola furiosamente, indicó de nuevo que le reconocía.

La puerta se abrió. El carcelero apartó a Wyngarth. Cuando Tharbel, llamando desde el otro lado del tabique, le dio una orden, el carcelero cogió el perro y lo sacó del cuarto. El danés gruñó al carcelero.

Wyngarth se había desplomado en una silla. Alzó la vista y vio a Junius Tharbel delante de él. El detective había entrado en el cuarto después del traslado del perro.

—Parece que el perro le reconoce —observó.

—Jamás he visto a ese perro antes —gimió Wyngarth.

—El perro le reconoció —recordó Tharbel.

Wyngarth permaneció silencioso.

—El perro —añadió el detective—, pertenecía a Mox.

Wyngarth crispó los puños. Tenía los ojos desorbitados al mirar hacia Tharbel.

—¡No tengo nada que decir! —chilló—. ¡Nada! ¡Nada!

—Muy bien —dijo Tharbel con tono indiferente—. Lo tendremos a usted en calidad de huésped una temporada y veremos si le agrada.

El detective llamó a Scudder. El ayudante llegó. Tharbel le ordenó que condujese a Wyngarth a su celda. El detenido, al sacársele del cuarto, gritó en tono de reto:

—¡No hablaré jamás!

—¿No? —preguntó Tharbel—. Perfectamente, ya lo veremos. Recuerde, Wyngarth, que en cualquier momento que se encuentre dispuesto a hacer una declaración, puede usted hacerla. Simplemente pida que le traigan a mi presencia.. Tendré mucho gusto en verle.

Las palabras de Tharbel produjeron un marcado efecto sobre el detenido.

Pareció que iba a desplomarse cuando los carceleros le sacaron al pasillo.

Tharbel llamó a los hombres que habían estado observando pacientemente al otro lado de la puerta.

—Ya está —dijo cuando el grupo entró en el cuarto—. He atrapado al hombre que yo buscaba. Cuando Hoyt Wyngarth confiese, sabremos todo lo que haya de saberse referente a Mox.

—¿No ya a someterle a un interrogatorio de tercer grado? —preguntó José Cardona.

—He terminado el interrogatorio del detenido —repuso Tharbel—. Cuando hable lo hará por su propia voluntad. Me llamará.

Volviéndose, Tharbel vio a su amigo de cara gordinflona, Hollis Harman, y al compañero del cazador, Wade Hosth. Llamó al par.

—Pongámonos en marcha —sugirió—. Regresaremos al coto a cazar, Scudder —ordenó al ayudante que acababa de llegar—, cuando Wyngarth quiera hablar, mándeme buscar. Estaré en la finca de Harman.

José Cardona quedó paralizado de asombro un momento, después que Junius Tharbel se hubo marchado con sus amigos. Cuando el sabueso neoyorquino se volvió, se encontró con el trío consistente en Cuthbert Challick, Joel Neswick y Scudder. Los reporteros salieron después de Junius Tharbel.

—No lo entiendo —gruñó Cardona—. Tharbel echa el guante a un sujeto, tiene pruebas convincentes contra él y luego ni siquiera trata de hacerle hablar.

—Es su método —interpuso Scudder—. Le he visto hacerlo antes. Creo que se imagina que el detenido se desmoralizará.

—Bien —dijo Neswick—, esto me retendrá más tiempo en el hotel. Me es igual. Vamos a almorzar, Scudder.

Los dos hombres salieron. José Cardona quedó solo con Cuthbert Challick.

El detective se dirigió al inventor.

—No hay motivo para que usted se quede —observó—. Ya ha hecho usted su declaración. Yo permaneceré aquí hasta que Hoyt Wyngarth hable. Si me da usted sus señas en Nueva York...

—Creo que me quedaré aquí —interpuso Challick—. Este caso se está haciendo interesante. La prueba del perro de Tharbel fue excelente, hasta cierto punto. Sí, permaneceré en Davenport aun unos días más. ¿Qué le parece si nos reunimos con Neswick para almorzar?

—Yo iré dentro de unos minutos —dijo Cardona, cuando salieron del cuarto—. Quiero hablar con los agentes que trajeron a Wyngarth de Albania.

Fuera de la cárcel, Cardona encontró a los agentes. Vio la elevada figura de Challick dirigiéndose pausadamente hacia el hotel, mientras él hablaba con los detectives de Albania. Cuando Challick desapareció de la vista, algo que uno de los agentes de Albania dijo, despertó a Cardona de su letargo.

—Tharbel es muy hábil —fue el comentario—. Atrapa a Wyngarth. El perro reconoce al sujeto. No puede mejorarse esto. Quisiera ver al individuo que lo mejorase.

Cardona se metió las manos en los bolsillos. Se alejó. Gruñendo mientras se encaminaba hacia el hotel, expresó su hostilidad hacia Junius Tharbel.

—Me pareció que era un sujeto hábil —gruñó—. Encontró a Neswick. Yo le superé cuando encontré a Challick. Ahora, con esa nota que menciona Wyngarth, me ha ganado. El perro reconoce a Wyngarth.

“Si yo —el detective se detuvo en seco, y sus labios se movieron cuando hablaba para sí, en voz baja—, si yo tuviese igual suerte!... ¡Si encontrase a un sujeto que el perro reconociera! ¡Esto pondría en ridículo a Tharbel!

Alguna cosa crujó cuando Cardona crispó el puño dentro del bolsillo.

Extrañado, el detective sacó una hoja de papel arrugada. Sus ojos se desorbitaron de asombro cuando leyó el mensaje que terminaba firmado con la letra “S”.

Cardona, como Tharbel, tenía en su poder una nota misteriosa. Como el mensaje que Cardona vio sobre la mesa de Tharbel, éste comenzaba con las palabras siguientes, escritas por La Sombra:

“Usted quiere capturar a Mox...”

Pero en vez de Hoyt Wyngarth, en Albania, nombraba a Irving Salbrook, de Nueva York.

Una sonrisa se extendió por las facciones de Cardona. El sabueso vio la ocasión.

La letra “S”.

Lo que significaba, Cardona lo ignoraba. Pero tenía la impresión de que la carta tenía un doble significado.

¡Para Cardona, la “S” significaba La Sombra!

Tenía el convencimiento de que el misterioso personaje intervenía ya en el misterio que rodeaba a Mox, el súper criminal.

Al llegar al hotel, Cardona fue al teléfono antes de reunirse con los otros para almorzar. Telefoneó a la Jefatura de policía de Nueva York y habló con el inspector Klein. Se tomaron todas las medidas necesarias para localizar a Irving Salbrook en Nueva York.

Junius Tharbel había hecho una prueba con Hoyt Wyngarth. José Cardona tenía el presentimiento de que él también sometería a la misma prueba a otro detenido.

CAPÍTULO XVI

LA PRUEBA DE CARDONA

AL obscurecer del día siguiente, un *coupé* se detuvo delante del coto de Hollis Harman. Del coche se apeó el detective José Cardona. Clyde Burke bajó del asiento de delante.

El detective había logrado que el reportero le llevase en su coche a este lugar. Quería que Clyde Burke estuviese por allí cerca para ver el curso de los acontecimientos.

Cardona llamó con los nudillos. La puerta se abrió. El detective entró en una espaciosa habitación donde encontró a Junius Tharbel, sentado delante de un fuego con su anfitrión, Hollis Harman, y el amigo de éste, Wade Hoth. Los tres mostraban sorpresa cuando reconocieron al detective neoyorquino.

—¿Qué le trae a usted por aquí, Cardona? —inquirió Tharbel.

—Algo que le interesará —contestó José—. Hace algún tiempo recibió usted una nota firmada con la letra “S”, que le permitió capturar a Hoyt Wyngarth. Quiero hacerle una pregunta. ¿Fue el mensaje el único motivo para la prueba a que usted sometió a Wyngarth?

—¿La prueba del danés? Ciertamente. La respuesta del perro probó que el remitente de la nota me había dado una información excelente; no se proponía engañarme.

—Perfectamente. ¿Fue la única nota que usted recibió?

—¿Con la firma “S”? Ciertamente. ¿Por qué habría de haber otra después que Mox había sido traicionado?

—Existe una segunda nota —repuso Cardona—, pero usted no la recibió. La nota llegó a mi poder. Aquí está.

Cardona sacó el papel del bolsillo y la entregó a Tharbel. El detective rural frunció el ceño al leer las líneas garabateadas. La

devolvió á Cardona.

—Es una broma —comentó—. Alguien se está burlando de usted, Cardona. ¿Cuándo recibió esto? ¿Dónde?

—No se preocupe de eso —replicó Cardona, con una sonrisa ceñuda—. Vi su nota; ésta se le parece en todos los detalles. No es ninguna broma.

—Podemos compararlas mañana —anunció Tharbel, en tono indiferente—. Pienso pasar por mi oficina. Si lleva usted la nota allí, podemos cotejarla con la que yo recibí.

—No estoy pensando en mañana —respondió José—. Pienso en hoy. ¿Qué se propone usted hacer acerca de ese individuo, Irving Salbrook? ¿Tratará de localizarlo?

—¿A santo de qué? —respondió Tharbel, encogiéndose de hombros—. Estoy convencido de que Wyngarth es el amo del perro. Wyngarth debe ser Mox. Démosle tiempo y confesará. ¿Para qué vamos a complicar el asunto siguiendo una pista falsa?

—¿De modo que este es su parecer? —resopló Cardona—. Aquí tiene usted una historia para su periódico, Burke. Junius Tharbel se niega a someter la famosa prueba del perro danés a un nuevo sospechoso. Está dispuesto a sacrificar a Wyngarth...

—¡No publique eso! —gritó Tharbel, iracundo, poniéndose en pie de un salto—. Jamás he dicho que no usaría el perro para otra identificación. Cardona quiere que yo pierda el tiempo buscando a un sospechoso falso. ¿Por qué he de molestarme en hacer tal cosa? Que él encuentre a Irving Salbrook, si quiere. Cuando él le traiga a Davenport, dejaré que el perro vea al hombre ese.

—¿Sí? —preguntó Cardona, en tono de triunfo—. Eso es lo que he venido a averiguar. Si traigo a Salbrook...

—Le someteré a la prueba del perro, cuando usted quiera.

—Magnífico —sonrió José Cardona—. Partiremos para la cárcel inmediatamente, Tharbel. El detective sargento Markham llegó en el último tren acompañado de Irving Salbrook, en calidad de detenido.

Una expresión de asombro se extendió por las facciones de Tharbel. La declaración de Cardona había dejado estupefacto al detective rural.

Observó que el periodista se ponía de parte de Cardona. Cuando miró hacia Hollis Harman y Wade Hosth, vio que sus amigos de

caza eran de la misma opinión.

—¡Es una proposición muy razonable, Tharbel! —exclamó el anfitrión de cara gordinflona—. ¡Por Júpiter, Cardona ha traído al sospechoso...!

—Y si el perro reconoce a Salbrook —interrumpió el sabueso neoyorquino, hablando a Tharbel—, puede usted guardarle junto con Wyngarth.

Tharbel no tuvo más remedio que asentir a estas condiciones. El detective rural comprendió que la prueba realizada con Wyngarth, no sería tenida en cuenta si se negaba a probarla con otros. De mal grado, se puso el gabán y el sombrero y con un gesto indicó a sus amigos que le acompañaran.

Se les esperaba en la cárcel del condado. Scudder estaba allí, con Cuthbert Challick y Joel Neswick. Cardona anunció que Markham estaba en la sala del celador, guardando a Irving Salbrook.

Sin pronunciar ni una sola palabra, Junius Tharbel echó las cortinas de la habitación de delante donde posteriormente apostara a los observadores. Encendió las luces de la habitación trasera y apagó las luces de la de delante.

Tras los oscurecidos cristales del tabique, los observadores se dispusieron a presenciar la prueba. Tharbel apareció en el cuarto más pequeño. Breves instantes después, Markham llegó acompañando a Irving Salbrook.

El nuevo prisionero no era tan alto como Hoyt Wyngarth. No obstante, tenía en su rostro la misma expresión de hombre acorralado. Estaba palidísimo.

Parecía ser un hombre de carácter resuelto.

Frunció el ceño al enfrentarse con Tharbel. El detective le formuló unas cuantas preguntas.

—No sé nada de Davenport —replicó Salbrook, en respuesta a una pregunta—. Jamás había oído hablar de este pueblo antes.

—¿Y Mox?

—No sé absolutamente nada de él.

Tharbel repitió las acciones que usara con Wyngarth. Con los espectadores observándole, y José Cardona exigiendo una prueba, el detective rural fue a la puerta distante y señaló moviendo el pomo. Cruzó el cuarto, entró en el de delante y esperó con los otros.

Salbrook, ceñudo, miró a su alrededor con recelo. Oyó que la

puerta distante emitía un chasquido. Frunció el ceño cuando el perro danés fue empujado al interior del cuarto. Mostró hostilidad al instante.

—¡Apártate! —gritó—. ¡Vete! ¡Vete!

Al oír la voz de Salbrook, el danés alzó la cabeza. Con un ladrido de alegría saltó a través del cuarto y empezó a poner las patas en el pecho de Salbrook, como anteriormente lo hiciera con Wyngarth.

El detenido luchaba por apartar al animal, pero fue en vano. Los esfuerzos del perro para mostrar su amistad, hacían que el reconocimiento resultase más enfático.

El carcelero entró apresuradamente cuando Tharbel llamó desde el cuarto oscuro. Se llevó a rastras al perro. Los gruñidos del animal comenzaron tan pronto como el carcelero le cogió.

Salbrook se sentó, jadeando, en una silla.

Tharbel abrió la puerta cuando se llevaron al perro. Con Cardona, entró para hacerse cargo de Salbrook.

—Retendrá usted preso a este hombre —dijo Cardona.

Tharbel asintió con la cabeza. Ordenó a Scudder que llevase al detenido a una celda. Irving Salbrook fue sacado del cuarto.

José Cardona sonreía triunfante. No obstante, Tharbel amargó un poco el júbilo del sabueso neoyorquino.

—Trataré a Salbrook exactamente lo mismo que estoy tratando a Wyngarth —declaró el detective rural—. Wyngarth fue traído de Albania. Salbrook, de Nueva York. Es la única diferencia. Si uno de ellos quiere hablar, puede hacerlo. Pero no le someteremos a un interrogatorio de tercer grado. Yo no trabajo de ese modo.

—Salbrook está complicado en algunos robos cometidos en Nueva York —explicó Cardona—. No poseemos ninguna prueba, pero Markham no tuvo dificultad en capturarlo. Fue fácil localizarle, una vez que supimos su nombre.

—Venga a mi oficina —sugirió Tharbel—. Quiero dar un vistazo a la nota que tengo allí.

Cuando llegaron a la oficina del detective del condado, Tharbel abrió el cajón de la mesa y sacó la nota que él había dicho que encontró debajo de la puerta de su casa.

Cardona depositó la suya sobre la mesa. La comparación indicó que debían haber sido escritas por la misma persona.

Tharbel se acariciaba la barbilla lleno de perplejidad.

Observando que el detective rural estaba desconcertado y no sabía que hacer, expuso su hipótesis.

—Uno de estos individuos puede ser Mox —declaró—. Quizá el otro era el amo anterior del perro. Algún sujeto debe querer perjudicar a los dos.

La hipótesis era floja, pero Junius Tharbel no la criticó. Parecía estar considerando alguna cosa para contrarrestar el triunfo de Cardona.

La rivalidad entre los dos detectives había llegado a su apogeo. Cuando Tharbel habló fue para elegir la mejor salida del dilema.

—Wyngarth tiene que hablar pronto —comentó—. Cuando lo haga, conoceremos la historia. No hay nada que hacer hasta que llegue ese momento.

El detective rural se puso en pie y se volvió hacia Hollis Harman y Wade Hoth, que estaban junto a la puerta. Había una nota de decisión en las palabras de Tharbel.

—Volvamos a la finca —dijo—. Necesitaremos dormir un poco esta noche. Saldremos con los perros al romper el día.

CAPÍTULO XVII

LA MUERTE INTERRUMPE

LA tarde siguiente José Cardona visitó la cárcel del condado. El as neoyorquino se había propuesto vigilar el curso de los acontecimientos allí, aunque no actuaba con carácter oficial. Si Junius Tharbel prefería ir de caza cuando debía estar interrogando a los detenidos, esto no relevaba a Cardona de lo que él creía era su deber.

Cardona tenía el presentimiento de que la suerte iba a favorecerle pronto.

Mencionó el hecho a Clyde Burke y a Challick, los cuales le acompañaban, pero no explicó el motivo de su presentimiento.

—Tharbel actúa de una manera realmente sospechosa —fue la principal declaración del detective—. Quizá sabe más de lo que dice; es la única respuesta que se me ocurre.

No era, sin embargo, la conducta de Tharbel, lo que influía mayormente en que Cardona tuviera aquel presentimiento. El sabueso neoyorquino tenía el convencimiento de que otra persona figuraba en este caso: un personaje cuyo poder se haría sentir dentro de poco. Cardona pensaba en La Sombra, el rey de la noche.

Conociendo la habilidad del misterioso personaje para descubrir el crimen, percatándose de que La Sombra era también el rey del disfraz, Cardona estaba seguro de que el hombre de misterio, había estado presente en los momentos importantes del caso.

Tenía la seguridad de que La Sombra había presenciado las pruebas del perro, especialmente la primera, pues fue después de ese incidente cuando Cardona encontró la nota que mencionaba a Irving Salbrook.

Era evidente que Mox había desaparecido. Sin embargo,

Cardona creía que todavía estaba representando un papel importante. Tratábase de una batalla de ingenios entre Mox y la Ley.

La nota que nombraba a Hoyt Wyngarth podía haber sido suministrada muy bien por Mox. El plan del asesinato consistía en que se identificara a un hombre, que por alguna razón temía hablar.

La Sombra había contrarrestado la jugada de Mox. Había hecho que Cardona, mediante una segunda nota, descubriese a Irving Salbrook.

Esto había truncado temporalmente el caso contra Hoyt Wyngarth.

Aunque al parecer no le agradaba a Junius Tharbel, Hoyt Wyngarth se había liberado de la sospecha amenazadora que le rodeaba. Irving Salbrook compartía ahora el peso que gravitaba anteriormente sobre Wyngarth.

Cualquiera de los dos podía ser Mox; y con dos sospechosos detenidos, era más lógico todavía que ninguno de ellos fuese Mox.

¡Mox! ¿A quien podría encubrir?

El nombre enfurecía a Cardona. Tenía la impresión de que Mox era lo bastante hábil para entorpecer el mecanismo de la Ley. Haciéndose pasar por una persona interesada en el caso, el asesino tenía muchas ocasiones para borrar sus huellas.

¡La Sombra!

Allí estaba el destello de esperanza. El fantasma de la noche era también hábil. Cardona tenía la seguridad de que La Sombra representaba el papel de un individuo interesado en el caso y que él, el rey de los sabuesos, estaba derrumbando las barreras que Mox iba levantando.

Cardona no podía hacer más que esperar a que la atmósfera se despejase.

Podría tardar días, pero el famoso detective abrigaba la esperanza de que la suerte se inclinaría en su favor muy pronto. Por este motivo estaba en la cárcel y, mientras esperaba ociosamente, la racha de suerte le llegó.

Fue el carcelero quien trajo la noticia. Cardona le vio en la puerta. Se aproximó cuando el funcionario le hizo una seña. Clyde Burke y Cuthbert Challick le siguieron.

—Este pájaro de Wyngarth se ha vuelto loco —anunció el

carcelero—. Anda de un lado a otro por la celda, como un león enjaulado. Quiere hablar. Dice que tiene que ver a Tharbel.

—Llame a Tharbel —dijo Cardona, rápidamente.

—He telefoneado a la finca —repuso el carcelero—. Están fuera, cazando. Un coche ha salido a buscarles. Entretanto, Wyngarth se está poniendo frenético.

—Llame a Scudder —sugirió Cardona.

—¡Caramba! —exclamó el carcelero—. Es una buena idea. Naturalmente. Scudder está en el hotel, ¿no es verdad? Le diré que venga.

Telefonearon. Tres minutos más tarde, Scudder apareció con Neswick. La situación fue explicada. Scudder hizo una seña al dirigirse hacia la celda de Wyngarth.

El detenido aparecía en un estado lamentable. Así los barrotes de la puerta de la celda, mirando hacia fuera con el rostro pálido arrimado al metal. Tenía los labios apergaminados. Su voz era ronca.

—¡No puedo resistir más! —chilló, al ver a los que llegaban—. Tengo miedo... miedo... miedo...

Scudder no sabía qué decir. José Cardona, notando la vacilación del ayudante de Tharbel, se hizo cargo de la situación.

—Será mejor que hable, Wyngarth —indicó el detective.

—He tenido miedo de hablar —gimió Wyngarth—. He tenido miedo... porque sé lo que ocurrirá si hablo. Pero me siento enloquecer, lo veo venir... Y cuanto antes hable, será mejor. Sí, debo hablar...

—Hable.

—¡Aquí no! ¡Aquí no! —chilló el preso—. Sáquenme de esta celda... de esta cárcel. ¡Les diré todo cuanto sé! Pero no me dejen ahora que he prometido hablar. ¡No me abandonen!

Unos sollozos convulsivos salieron de la garganta de Wyngarth. Los oyentes escucharon solemnemente. Sabían que los temores de Wyngarth eran reales.

—Mandaremos a buscar a Tharbel —aseguró Cardona—. Vendrá dentro de poco. Él le llevará a su oficina. Él le dejará hablar.

—¡No puedo esperar! —gimió Wyngarth—. ¡Si espero, perderé el valor! No hablaré nunca... si no me oyen ahora. No puedo hablar en este lugar. A menos que me saquen de aquí...

—¿Qué le parece? —preguntó Cardona, dirigiéndose a Scudder—. ¿Por qué no llevarlo al despacho de Tharbel? Tiene usted una llave, ¿no es verdad?

—Sí —reconoció Scudder—, pero Tharbel dio orden de que Wyngarth no se moviese de aquí.

—Quizá —repuso Cardona—, pero Tharbel debiera estar aquí. He visto muchos casos como éste. Cuando un detenido quiere hablar, hay que aprovecharse.

—Me puede ocurrir algo —suplicó Wyngarth—. Hablaría aquí, si me atreviese. Pero estas rejas me asustan. Me pondrán en libertad cuando haya contado mi historia. ¡Sáquenme de aquí!

Empezó a golpear las rejas furiosamente mientras hablaba. No cabía duda del estado nervioso de Wyngarth. José Cardona comprendió que podría ganarse mucho sacándole de allí al instante.

—Tharbel se cree el amo de este condado —gruñó Cardona—. Nadie puede moverse sin su permiso...

—¿Y el fiscal del condado? —La sutil sugerencia provino de Cuthbert Challick, que estaba al lado.

—¡Eso mismo! —exclamó Cardona—. ¡Él está por encima de Tharbel! ¿Dónde está su oficina, Scudder?

—En esta misma calle, un poco más abajo —fue la respuesta—. Debe estar allí en éstos momentos.

—Voy a verle —decidió Cardona, en tono resuelto, saliendo de la celda. Cinco minutos después, José Cardona regresó, acompañado de un hombre rechoncho, de cabellos grises. Era Barry Davies, el fiscal. Scudder se aproximó cuando el funcionario llegó.

—Hola, señor fiscal —dijo—. Este detenido, Wyngarth, quiere hacer una confesión. No quiere hablar mientras esté en la celda. Manifiesta que no puede esperar más.

—Tharbel ha salido de caza, ¿eh? —preguntó el fiscal.

El fiscal miró a Wyngarth. Este empezó a suplicar de nuevo, en tono quedo y sincero.

—Estoy preocupado aquí —explicó—. He oído... he visto —lanzó una rápida mirada por encima de su hombro hacia las rejas de la ventana de su celda—; no le puedo explicar mis temores hasta que me encuentre en un lugar seguro. En algún sitio, donde esté libre para hablar...

—No me gusta entrometerme en los asuntos de Tharbel —

interpuso el fiscal—. Es un hombre muy competente. Una intromisión simplemente puede estropear su labor. Preferiría retener a este hombre en su celda hasta que Tharbel llegue.

—Se trata de un caso de urgencia —insistió Cardona.

—Lo sé —convino el fiscal, moviendo afirmativamente la cabeza—. Por lo tanto, estoy dispuesto a desviarme de mis normas. Todo debe hacerse con orden. Scudder, puede usted conducir al preso a la oficina de Tharbel. Yo llevaré a un taquígrafo para que tome nota de las declaraciones.

Un suspiro de alivio brotó de los labios de Wyngarth. Luego, con ojos fulgurantes, habló al fiscal.

—Se lo diré todo —prometió—. Le hablaré del perro y por qué me conoce. Puede usted llevar el perro allá. Déjeme verlo. Siento haberlo tratado tan mal cuando lo metieron en mi celda. ¡Pobre animalito! ¡Es un amigo mío!

El fiscal estaba dudoso. Finalmente, tomó otra decisión.

—Lleven el perro a la oficina de Tharbel, a la de delante —ordenó—. A Wyngarth a la de atrás. Un momento. Voy a ver a quién dejo entrar allí.

Escrutó los rostros de los presentes. José Cardona hizo las presentaciones.

—Clyde Burke, reportero de *El Clásico*, de Nueva York —dijo el sabueso—. Este señor es Joel Neswick, que fue salvado en la casa. Este otro es Cuthbert Challick, al que traje de Nueva York para testimoniar que había sido invitado a visitar a Mox...

—Perfectamente —dijo el fiscal—. Estos señores podrán estar presentes.

El grupo se dispersó. Cuando salieron de la celda para que Scudder pudiera llevarse al detenido solo, oyeron que Hoyt Wyngarth hablaba frenéticamente.

—¡Guárdeme! —fueron sus palabras—. ¡Protéjame! ¡Me vigilan! ¡Por el amor de Dios, tenga cuidado! ¡Mox es un demonio! —Fue la primera vez que Wyngarth había mencionado el nombre del monstruo.

—¡Mox tiene satélites que cumplen ciegamente sus órdenes! ¡Sé que uno de ellos debe estar cerca de aquí! Estoy seguro.

Scudder y el carcelero se hicieron cargo del preso. No lo sacaron por la parte de delante. Le condujeron por una entrada lateral a la

puerta trasera del edificio donde estaban instaladas las oficinas de Tharbel y luego subieron la escalera.

Una oscuridad iba envolviendo a los edificios. José Cardona, caminando solo por el lado de la cárcel, vio encenderse las luces de la oficina de Tharbel.

El detective subió apresuradamente la escalera. Al llegar a la oficina trasera, encontró a Scudder y al carcelero conduciendo a Wyngarth.

—Puede usted marcharse —dijo Scudder al carcelero—. Este hombre y yo guardaremos al preso.

Wyngarth no estaba esposado, pero Scudder empuñaba un revólver y Cardona sacó otro también. Sonaron unas pisadas en la escalera. Clyde Burke llegó, seguido de Joel Neswick.

Cuthbert Challick compareció poco después. Se puso al lado de Neswick, en un rincón, junto a la puerta. Las ventanas estaban abiertas. Cardona estaba al lado de una. Scudder había colocado a Wyngarth cerca de la mesa, donde no había nadie, pues se esperaba la llegada del fiscal.

Barry Davies apareció con un taquígrafo de los tribunales. El fiscal tomó asiento detrás de la mesa. El taquígrafo se sentó a su derecha, junto a la ventana trasera donde Cardona estaba estacionado.

Hoyt Wyngarth, con el rostro entre las manos, hallábase sentado a la izquierda de la mesa, cerca de la ventana lateral. Scudder, revólver en mano, obstruía la puerta de entrada.

Wyngarth alzó la cabeza. Estaba pálido. Miró a su alrededor; luego, al fiscal.

—¿Dónde está el perro? —preguntó.

—En la habitación de delante—informó Scudder.

—Traeremos al perro después—dijo el fiscal—. Proceda a su declaración.

Wyngarth asió el borde de la mesa. Medio levantándose de la silla, comenzó su historia, mientras miraba con fijeza al fiscal.

—Yo conocía a un hombre llamado Harlew —declaró—. Schuyler Harlew. Este era un agente de Mox. Él... él conocía ciertas cosas que yo había hecho y me amenazó... a menos que yo visitase a Mox. Yo... yo ignoraba dónde vivía Mox. Harlew me trajo... para hacer lo que Mox ordenaba...

El taquígrafo tomaba las declaraciones en, taquigrafía. Los músculos faciales de Wyngarth empezaron a contraerse. Asió el borde de la mesa con más fuerza. Se puso de pie y gritó:

—¡Mox es un monstruo! No es un viejo, como simula. Jamás he visto su rostro verdadero, pero sé que su pelo y barba son postizos, porque...

—¡Cuidado!

El aviso provino de la voz firme y rápida de Cuthbert Challick, que estaba de cara a la ventana. Mientras pronunciaba las palabras, el inventor dio un salto hacia adelante y extendió sus largos brazos para arrebatar a Hoyt Wyngarth de un lugar de peligro.

El preso quedó paralizado. Si hubiese respondido al instantáneo aviso de Challick, si hubiese actuado con la rapidez del inventor, Wyngarth podría haberse salvado. Pero sus sentidos desconcertados le fallaron en esta crisis.

En el momento mismo en que Challick asía el brazo inmóvil del preso, algo zumbó por la ventana y chispeó al tocar la espalda de Wyngarth, en medio de los hombros.

Lanzando un grito, Wyngarth se revolvió. Challick, exhibiendo una fuerza extraordinaria, cogió el cuerpo del preso con el brazo derecho y dejó caer suavemente el rostro horrorizado de Wyngarth sobre la mesa del fiscal.

Unas exclamaciones de sobresalto, brotaron de los labios de todos los presentes. Los hombres se pusieron en pie, mirando llenos de horror.

Cuthbert Challick contemplaba al hombre cuya vida no había podido salvar.

Hoyt Wyngarth tosía sangre sobre la mesa. Se ahogaba. Agonizaba. De sus hombros encorvados se proyectaba el arma que le había matado: el mango redondo de un cuchillo, que estaba enterrado hasta la empuñadura en el cuerpo de la víctima.

La muerte había interrumpido el testimonio de Hoyt Wyngarth.

CAPÍTULO XVIII

MUERTE DEVUELTA

JOSÉ Cardona estaba en la ventana, escudriñando a través de la oscuridad. Se enfrentaba audazmente con la muerte, que había segado la vida de Hoyt Wyngarth.

Pero, como Cuthbert Challick, el sabueso estaba alerta. Sus ojos agudos divisaron el objeto que el inventor viera poco antes de llegar el cuchillo.

Una figura deforme bajaba de un árbol en el otro lado del solar vacante.

Challick le haya visto inmóvil; Cardona observó al individuo más rápidamente, ahora que sólo intentaba escapar, una vez cometido el crimen.

Cardona disparó. Vio que había errado el tiro. Otra llamarada brotó de su revólver; volvió a errar cuando el criminal saltó a tierra, con miembros delgados, semejantes a los de una araña. Un tercer tiro partió del arma del sabueso. 1

Esta vez acertó. Cardona dio en el blanco cuando el monstruo iba a levantarse. El individuo se tambaleó, luego echó a correr dando saltos al abrigo de los árboles.

Cardona siguió disparando. Disparó todos sus cartuchos en vano. La distancia era demasiado grande, para que el detective tocara al blanco moviente.

Un automóvil se había detenido delante de la cárcel. Cardona vio a un hombre apear de un salto. Embarcado en la luz, Cardona gritó una orden:

—¡Detened al asesino! ¡Capturadlo! ¡No puede ir muy lejos! ¡Está herido!

Escudriñando a través de la oscuridad, Cardona observó que el

hombre del auto era Junius Tharbel. En vez de perseguir al enano fugitivo, el detective rural se paró en seco mientras Cardona gritaba furiosamente.

¡El enano herido iba a escapar!

Cardona vio a otros hombres que salían corriendo de la cárcel. Les gritó para que persiguiesen al fugitivo.

Fue entonces cuando Tharbel actuó. Alzó un rifle que llevaba. Cuando el fugitivo, casi perdido de vista en la oscuridad, saltó una valla a cien metros de distancia, el detective rural disparó rápidamente.

Simultáneamente, el fugitivo de largos miembros se desplomó. Tharbel, bajando el rifle, se dirigió hacia la oficina, indicando con un gesto a los hombres de la cárcel que trajesen la pieza que él había cobrado.

Dos figuras salieron corriendo del automóvil y se reunieron a Tharbel. Unos tres minutos después, el detective del condado entró en la oficina, seguido de Hollis Harman y Wade Hoth.

Tharbel rugió furioso al ver el cuerpo de Hoyt Wyngarth sobre la mesa.

—¿Esto es obra de usted? —apostrofó a Cardona—. ¿Por qué lo sacaron de la celda antes de mi llegada? ¡Yo llevo este caso, no usted, Cardona!

—Yo soy quien ha actuado —interpuso Barry Davies, cuando Cardona devolvía ceñudo el reto a Tharbel—. Wyngarth quería hacer una confesión.. Si usted hubiese estado aquí, él habría estado en sus manos.

—¡Un desastre! —resopló Tharbel, con el rostro congestionado de rabia—. Usted está por encima de mí, fiscal Davies, y tenía derecho a hacer esto. Pero ha cometido un grave error. Era de incumbencia mía obtener la declaración de este hombre.

Volvióse hacia el taquígrafo y señaló el cuaderno de notas que había dejado sobre la mesa.

—¡Lea la declaración! —ordenó.

Con voz temblorosa, el taquígrafo obedeció. Cuando hubo terminado la lectura, Tharbel rugió como un toro enfurecido.

—¡Ese hombre les estaba engañando! —gritó—. ¡Se burlaba de ustedes! Hablaba de Mox. Sabía que estaba acorralado. ¡Este hombre es Mox —un asesino— y le dejan morir sin averiguar la

verdad!

Con expresión lúgubre, Tharbel contempló el cadáver de Hoyt Wyngarth.

Asió el mango del cuchillo y lo arrancó de la espalda del muerto.

Contempló la hoja larga y puntiaguda; luego, con furia, hundió la punta en la mesa junto al cadáver, dejando el cuchillo vibrando allí.

Llamaban de abajo. Tharbel, paseando por el cuarto, se aproximó a la ventana. Los hombres de la cárcel eran apenas visibles en la creciente oscuridad. Llevaban un inerte. Tharbel les ordenó que lo subiesen a la oficina. El despacho tomó el aspecto de un depósito judicial, cuando el cuerpo retorcido del horrible enano fue depositado en el suelo. El individuo estaba muerto. Los hombres que le recogieron declararon que murió en sus brazos.

—Intentó hablarnos —informó uno—. Agitó los brazos y dijo: “Mox, Mox” y luego se golpeó con las manos el pecho y dijo: “Sulu”, “Sulu”. Después tosió y expiró.

—¿Ven ustedes? —retó Tharbel, volviéndose para mirar a todos los presentes del grupo silencioso—. Esa es la respuesta. Quería decir que había matado a Mox. Luego pronunció su propio nombre: Sulu.

Pasando por el lado del cadáver de Hoyt Wyngarth, el detective rural abrió de un tirón el cajón de la mesa y extrajo las dos notas; la que él recibiera y la que llegara a manos de Cardona. Señaló la letra ese, que servía de firma en ambos mensajes.

—Esto significa Sulu —afirmó—. Todo está claro ahora. Wyngarth era Mox; Sulu, su criado. ¿Acaso ese cuchillo se parece el que mató a Schuyler Harlew?

—Es exactamente igual —replicó Cardona—. Pero no acierto a comprender cómo pudo lanzarlo desde tal distancia.

Cardona hizo una pausa cuando uno de los hombres que trajo el cuerpo de Sulu sonrió tímidamente. De un bolsillo del pantalón sacó una pistola corta de grueso cañón. Dijo:

—Recogí esto cerca de la valla. Me la guardé para poder llevar al muerto. Parece ser una pistola de aire comprimido.

Era una pistola de esa clase. Cardona lo vio en cuanto recibió el arma.

Arrancó el cuchillo de la mesa de Tharbel y encontró que el

mango cilíndrico encajaba perfectamente en el cañón de la pistola.

—Ahora sé cómo mató a Harlew —anunció Cardona—. Pudo asesinarle por la ventana, donde Harlew estaba sentado. Esta pistola es certera y de largo alcance. La hemos visto funcionar.

—Sí —replicó Tharbel, con acritud—. Ustedes han visto que mataba a Mox.

Señaló el cadáver de Wyngarth.

—¿Y Salbrook? —preguntó Cardona—. Le traje...

—Voy a poner en libertad a Salbrook —interrumpió Tharbel—. Este caso ha terminado. Mox está muerto. Anote esto —se dirigía al taquígrafo— y le daré mis conclusiones finales.

“Mox —Jarvis Moxton— era Hoyt Wyngarth disfrazado. Tenía un criado llamado Sulu que escapó con él. Probablemente abandonó a Sulu, para vengarse, metió una nota por debajo de la puerta de mi casa, diciendo dónde podría encontrarse a Wyngarth.

“Después, Sulu, para quedar bien con Mox, mencionó a Irving Salbrook en otra nota. Probablemente Salbrook era el primitivo dueño del perro y Sulu se figuró que la prueba serviría para poner en libertad a Wyngarth.

“Cuando esto no dio resultado, Sulu se asustó. Vigiló la cárcel y cuando vio a Wyngarth —Mox— que lo traían aquí, decidió matarle antes de que pudiese declarar que Sulu era el asesino de Schuyler Harlew.

—¿Qué le parece si interrogáramos a Salbrook? —preguntó Cardona, cuando Tharbel hubo terminado su declaración—. Él podrá decirnos si el perro fue suyo en alguna ocasión...

—¡Ha dejado usted que el verdadero asesino muriese! —interrumpió Tharbel, acaloradamente—. Wyngarth es el que yo quería interrogar. Él era el preso que yo capturé. Usted trajo a Irving Salbrook; usted puede llevárselo.

—No le acuso de nada —declaró Cardona—. Yo buscaba al asesino de Schuyler Harlew. Aquí está—señaló a Sulu—, y esto termina mi labor.

—Entonces ponga en libertad a Salbrook después que yo se lo devuelva —dijo Tharbel—. Tengo el propósito de interrogarle a mi manera. Le diré lo que ha sucedido. Si quiere hablar, puede hacerlo. Si se niega a ello, saldrá de mi cárcel por la mañana.

El detective rural, echando fuego por los ojos, se volvió hacia el

fiscal del condado, Barry Davies, comprendiendo que había estropeado los planes de Tharbel, no hizo ninguna objeción. No obstante, Cardona protestó enérgicamente.

—Es posible que yo contribuí a la muerte de Wyngarth —dijo—. Pero yo no maté a Sulu. Yo le herí, eso es todo. Usted le mató, Tharbel, cuando no tenía necesidad de hacerlo.

—Entonces estamos en paz —gruñó Tharbel—. Usted mató a mi detenido; yo maté al que usted buscaba.

Adoptando un aire de autoridad, señaló hacia los cadáveres mientras hablaba a Scudder y a los empleados de la cárcel.

—Esto no es ningún depósito judicial —dijo—. Saquen estos cadáveres de aquí. Luego limpien la oficina. Llévenlos allí.

Abriendo la puerta de delante, entró en la primera habitación, que estaba iluminada. Cuando desapareció de la vista, los otros oyeron una exclamación de rabia que brotaba de sus labios. Luego se oyó el sonido de unos ladridos de alegría.

Tharbel vino retrocediendo por la puerta. El perro danés saltaba sobre él como si hubiese encontrado a su amo.

—¿Quién trajo el perro aquí? —tronó el detective rural, pegando al animal—. ¡Apartadlo! ¡Llévenselo!

Al perro danés no parecían importarle los golpes que Tharbel le estaba dando.

Clyde Burke dio un salto y asió el cuello del perro. El danés gruñó furiosamente. Se apartó frenéticamente.

Cuthbert Challick cogió al perro por el cuello. Lo zarandeó y empezó a arrastrarlo hacia la habitación de delante.

Ante este tratamiento, el perro se acobardó. Gimió cuando Challick lo metió de un empujón en el despacho de delante. Con el rabo entre las piernas, el danés fue a un rincón y se tendió, quieto.

Cuando Challick se apartó, los hombres se llevaban el primero de los cadáveres. Clyde Burke se pasaba la mano por encima de unos arañazos que había recibido en la lucha con el perro. Junius Tharbel se paseaba por la habitación, descompuesto.

—El hecho de que el perro trabó amistad con Irving Salbrook no significa nada-barbotó —, viendo lo que acaba de suceder. Dudo que Salbrook haya visto jamás al perro.

Los hombres habían vuelto en busca del cadáver de Wyngarth. Tharbel señaló cuando sacaban el cadáver:

—Ahí va Mox —dijo—. Fue la primera persona a la que el perro reconoció. Siempre estaba dispuesto, a trabar amistad con todo el mundo.

—Pero con muy pocas personas—replicó Cardona, en tono insinuante.

—¿Qué es eso? —preguntó vivamente Tharbel—. ¡Hum... hum...! A continuación —rió ceñudo— me pedirá usted que me detenga a mí mismo.

Volvióse hacia el fiscal. Su tono indicaba la furia que aún le poseía. La reserva habitual de Tharbel había desaparecido.

—Usted empezó esto —dijo al fiscal—. Siga adelante y termínelo. Tiene usted ya mi declaración. Llame al forense para la encuesta que se debe realizar acerca de lo ocurrido. Estoy harto de tanto entrometimiento y me alegro de que el caso haya terminado. Ahora mismo me marchó al coto y pasaré el día de mañana cazando. Nadie me irá a buscar para venir aquí.

“Volveré mañana por la noche a mi casa. Si ocurre alguna cosa entretanto, me ocuparé de ello a mi regreso. Esto es todo.

Meditando mientras escuchaba las palabras dictatoriales de Tharbel, Cardona miraba hacia el suelo. Sus ojos se clavaron sobre una silueta negra que parecía estar pegada al suelo. Aquella mancha negra le traía ciertos recuerdos.

—Hagan lo que quieran con el perro —añadía Tharbel desde la puerta—. Es un animal inteligente. Le fui simpático hoy porque yo había estado con otros perros desde el amanecer. Si nadie lo quiere, podemos dárselo a Harman para que lo tenga en su finca.

Cardona se volvió para ver qué respuesta se proponía dar el fiscal. No hubo ninguna. Volviéndose de nuevo, el sabueso neoyorquino observó que Cuthbert Challick había cerrado la puerta y se alejaba.

Tharbel se marchaba. Hollis Harman, el individuo de rostro jovial, le acompañaba. Igualmente, Wade Hosth, el cazador de cara solemne y elevada estatura. Ninguno de los compañeros de Tharbel hizo el menor comentario.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cardona al fiscal.

—Seguir las sugerencias de Tharbel —replicó Davis—. Él es el detective del condado, no yo. Esta arma —tocó la pistola de aire comprimido—, será de usted después de la encuesta.

—Me marchó al hotel —observó Cuthbert Challick, desde la puerta del vestíbulo—. Comeré con usted, más tarde.

—Perfectamente —asintió el sabueso.

Después de que Challick empezara a bajar la escalera, Cardona recordó de improviso la sombra que vio en el suelo. Miró precipitadamente a su alrededor; además del fiscal y del taquígrafo, había otras personas en la habitación. Clyde Burke, Joel Neswick y Scudder se habían quedado donde estaban.

Luego Cardona miró al suelo. La silueta había desaparecido. Una expresión meditabunda apareció en el rostro moreno del sabueso neoyorquino. Estaba seguro de que el caso no había terminado.

Hoyt Wyngarth no era Mox. El hombre se había asustado demasiado para ser el monstruo asesino. Mox vivía aún; el criminal podía reclamar nuevas víctimas. Sulu, el satélite asesino, estaba muerto. Lo que Mox intentase tendría que ejecutarlo personalmente.

Hoyt Wyngarth estaba muerto porque habló demasiado. Un peligro amenazaba, tal vez, a Irving Salbrook, si se atreviese a hablar. Cardona vio las posibilidades que se vislumbraban en el horizonte. Salbrook podría ser muy útil, una vez que se localizase a Mox.

¡Este era el problema: descubrir a Mox! Mientras Salbrook continuase detenido, el diabólico asesino no se alejaría de Davenport.

¿Descubrir a Mox? ¿Desenmascarar a Mox? ¿Cómo podría hacerse?

La respuesta estaba en la sombra perfilada que Cardona vio en el suelo. El famoso detective no vio al hombre que la silueta representaba, pero tenía el presentimiento de quién era su dueño.

Estando La Sombra todavía en Davenport, habría posibilidad de acorralar a Mox. Esto era lo que Cardona esperaba. De pronto vio la solución.

Tenía el convencimiento de que había visto el perfil misterioso. Pues aquella línea de negrura era una señal que Cardona había visto otras veces.

Reconoció la silueta como indicadora de la presencia de La Sombra. Aquí, en esta habitación, el fantasma de la noche, había presenciado una doble muerte y los acontecimientos que siguieron.

La Sombra, como Cardona, estaría preparado para terminar la

carrera de crímenes de Mox.

¡Con semejante aliado, Cardona tenía la seguridad de que ganaría aquella batalla tan empeñada!

CAPÍTULO XIX

EL PLAN DE CARDONA

JOSÉ Cardona se quedó en el hotel Davenport aquella noche. También permanecieron allí Joe Neswick, Clyde Burke y Cuthbert Challick. Los cuatro tendrían que declarar en las encuestas del forense el día siguiente.

Formaron un grupo amistoso los cuatro inventores. Entretanto, José Cardona seguía ensimismado en sus pensamientos. Elaboraba su plan poco a poco. Cuando las encuestas terminaron al día siguiente, y los cuatro hombres regresaron al hotel a preparar las maletas, llegó el momento de que Cardona entrara en acción.

Había un mensaje sutil que Cardona tenía el propósito de transmitir. Debido a la amistad que había trabado con sus tres compañeros, decidió hacerles una confidencia en grupo.

En el hotel encontró a Challick en el vestíbulo y le hizo seña de que viniese.

En una habitación del piso superior, descubrió a Neswick preparando sus maletas. Clyde Burke estaba allí, charlando, con el segundo inventor.

Cardona cerró la puerta. Hizo un gesto dramático y sus compañeros se volvieron en su dirección. Neswick dejó las maletas. Cardona empezó a hablar.

—Lo que tengo que decirles es confidencial —declaró—. Esto se refiere a ti especialmente, Burke. Eres un reportero demasiado hábil para matar una historia antes de terminarla.

—Habla, Pepe —sugirió Clyde.

—Estoy convencido —manifestó Cardona—, de que Hoyt Wyngarth no era Mox.

Los otros hombres le miraron con sorpresa.

—¿De quién sospechas, Pepe? —inquirió Burke—. ¿De Irving Salbrook?

—No —respondió Cardona, moviendo la cabeza—. No quiero nombrar a nadie. Tengo una especie de presentimiento, eso es todo. ¿Quieren oírlo?

—Desde luego.

—En primer lugar —empezó el sabueso—, Mox tenía su agente, Schuyler Harlew. Este era el sujeto que le engañó a usted, Neswick, y a usted, Challick. Mox tenía una banda en su casa. Uno de la pandilla era ese monstruoso enano, Sulu.

“Creo —continuó—, que Mox mató a Peter Greerson y a otros también. De todos modos, hubo alguna conexión entre él, Wyngarth y Salbrook, lo bastante para que él pudiese culpar a los otros cuando el desastre llegase. Eso es lo que hizo: culpar a Wyngarth por medio de la nota que Junius Tharbel nos enseñó.

—Pero, ¿y la nota que recibiste? —preguntó Burke.

—Alguien me la metió en el bolsillo —explico Cardona—. Alguien debió ver la nota de Tharbel y la copió. Hay en este caso un personaje misterioso, un luchador que está dispuesto a eliminar a Mox. Es el personaje que salvó a usted, Neswick. Introdujo a Salbrook en el caso con intención de frustrar el plan que Mox había urdido contra Wyngarth.

“Les diré yo que hizo Mox. Hizo que Sulu matara a Wyngarth. Tenía al enano preparado para asesinarle. Esperaba que el caso se daría por terminado con la muerte de Wyngarth.

—¿Por qué no interrogas a Salbrook? —sugirió Burke.

—Porque Mox trataría de suprimirlo, si yo lo hiciese —repuso Cardona—. Si Salbrook es puesto en libertad y calla, estará a salvo. Ha tenido suerte.

—Pero si Mox decide suprimir a Irving Salbrook...

—Lo sé. Yo podía estar allí y salvarle. Pero no salvé a Wyngarth, ¿no es cierto? Ni siquiera usted pudo conseguirlo, Challick, aunque lo intentó valerosamente cuando vio a Sulu en el árbol.

“No, señor. Esta vez Mox ejecutaría el asesinato él mismo. Aun en Nueva York, Salbrook no estaría seguro. No quiso declarar en Nueva York. No estaba obligado a hacerlo, pues no podíamos acusarle de nada, aparte de algunos robos vulgares.

“Pero he pensado en una manera de hacer hablar a Salbrook. Y

es encontrando yo a Mox. Quizá no esté yo solo. Tal vez... tal vez el misterioso personaje que ha intervenido en el caso, haga acto de presencia también. Voy a explicarles mi plan. La policía del condado ha abandonado la casa.

—Comprendo —observó Challick, con una ligera sonrisa—. Usted cree en la vieja hipótesis de que un asesino vuelve al escenario de sus crímenes.

—Tonterías, por regla general —repuso Cardona—. ¡Pero no si el asesino sabe que hay la posibilidad de otro asesinato!

El plan de Cardona iba siendo comprendido.

El sabueso, continuó:

—Mox asesinaba a medianoche. Apuesto a que el viejo zorro sigue entrando y saliendo de aquella casa sin ser visto. En consecuencia, iré allí esta noche. Iré solo, ¿comprenden? Ustedes dos se habrán marchado de la ciudad —con un gesto indicó a Neswick y a Challick—, y tú quedas descartado del caso, Burke. ¿Entiendes? No te aproximarás a la casa..

—Perfectamente, Pepe. No me acercaré a la casa.

—Cuando yo, llegue allí —prosiguió Cardona—, encontraré a Mox. Le echaré el guante. Descubriremos quién es Mox, cuando yo haya terminado con él.

—Pero —inquirió Challick, pensativamente—, ¿cómo puede usted avisar a Mox que usted estará allí?

—Déjelo de mi cuenta —rió Cardona—. Él lo averiguará bien pronto, si anda por aquí. He hablado en confidencia. No digan nada a nadie. Hay tan sólo otra persona a quien tengo el propósito de ver acerca de este asunto.

—¿Junius Tharbel? —inquirió Challick.

—Sí —respondió Cardona—. Le hablaré cuando vuelva de su cacería. Vendrá esta noche. Obtendré su permiso para visitar el caserón. Simplemente por cortesía.

—¿Y si rehúsa?

—No rehusará.

—Quizá quiera acompañarle.

—Ni por asomo. Se reirá de mí. Pero reiré el último cuando el caso esté terminado.

—Cardona —dijo Neswick en tono serio—, yo parto en el próxima tren. Tengo prisa por cogerlo. Me alegro de que me haya

hablado de esto. ¿Sabe usted quién es Mox?

—Debiera saberlo ya —repuso Cardona—. Soy detective. A veces, las cosas más sencillas se nos escapan. Algunos detectives no usan la lógica. Tharbel, por ejemplo. El se imaginaba que la prueba del perro era una gran cosa, algo definitivo; después declaró que sólo era buena cuando dio resultado con Wyngarth.

Clyde Burke fue a hablar. El reportero reprimió las palabras que iba a pronunciar. En lugar de ello, se volvió hacia Neswick y Challick.

—Cardona es un individuo muy hábil —explicó—, y tiene tacto. Comprendo su plan. Esperen a que encuentre a Mox.

Neswick movió afirmativamente la cabeza y continuó preparando sus maletas. Challick salió del cuarto. Habló a Cardona cuando había franqueado la puerta.

—Pienso tomar el tren de la noche —anunció—. Podemos cenar juntos, usted, Burke y yo.

—Muy bien —asintió Cardona—, pero ni una palabra más desde este momento en adelante.

—Perfectamente.

Neswick tomó su tren. Challick y Burke se reunieron con Cardona para cenar. Después, el inventor subió a preparar sus maletas. Burke ofreció llevarle a la estación en su *coupé*. Challick le dio las gracias, pero manifestó que ya había llamado un coche.

Después de la partida de Challick, Cardona dijo que tenía la intención de visitar a Tharbel. Burke ofreció llevarle allí. La invitación fue aceptada.

Llegaron a la casa de Tharbel y entraron.

Tharbel pareció sorprenderse de ver a los visitantes. Su rostro se endureció.

Sin embargo adoptó una actitud amistosa.

—Creía que se habían marchado —dijo—, ya que el caso Mox está terminado.

—No está terminado —repuso Cardona, en tono serio—. Creo que hemos pasado por alto un punto importante: el caserón.

—¡Lo hemos registrado de punta a punta! —exclamó Tharbel—. Usted vio las habitaciones secretas que nosotros descubrimos. Su idea es ridícula, Cardona.

—La casa no está vigilada ahora —afirmó Cardona—. Quiero

quedarme allí esta noche.

—¿No cree usted que Wyngarth era Mox?

—No digo tal cosa —replicó el sabueso neoyorquino, aplacando prudentemente la furia de Tharbel—. Simplemente, he pensado que puede haber algo que no conocemos todavía. Tal vez la respuesta puede encontrarse a medianoche, cuando la casa está vacía.

—Usted está loco —declaró Tharbel.

—Es posible —repuso Cardona, con toda calma—. De todos modos, me gustaría ir allí. He venido a pedirle permiso para hacerlo.

—¿Es eso todo? Vaya. Quizá encuentre algunos fantasmas en el caserón. Dé un vistazo arriba. Registre la casa todo lo que quiera.

—Gracias —dijo Cardona, poniéndose en pie—. ¿Qué tal fue la caza?

—Mal —gruñó Tharbel—. Harman quiere que yo vuelva mañana, pero me parece que tengo bastante. Wade Hosth se marchó esta tarde, también. Diga... un momento. ¿Le acompañará Burke?

—No.

—Perfectamente, entonces. Puede usted ir a la casa, como agente de policía. El riesgo es suyo. Pero no quiero reporteros por allí, ni otras personas tampoco. Algunos agentes tal vez vayan para dar un último vistazo. Su insignia será suficiente, pero la policía del condado es estricta y podría dar un disgusto a cualquier otra persona. —José Cardona y Clyde Burke se marcharon.

El reportero estaba pensativo cuando volvían al hotel. Había telefonado a Burbank antes de cenar. Había recibido instrucciones de que estuviese preparado, para cualquier contingencia en el hotel. Clyde quería estar solo en caso de que le telefoneasen de nuevo.

—Creo que voy a echar un sueño hasta la medianoche —observó Cardona. Era lo que Burke deseaba—. Tengo un despertador y lo pondré para que me despierte a las doce menos cuarto. Iré andando a la casa, Burke. Recuerda: no intervienes en esto y, en consecuencia, no te acerques por allí.

—No pienso ir —aseguró Clyde al detective—. Me acostaré a las nueve.

Eran las nueve cuando llegaron al hotel Davenport. Se separaron y fueron cada uno a su habitación. Los dos estaban alojados en el tercer piso.

José Cardona sonrió cuando ponía su despertador, para que le llamaran a las doce menos cuarto. Estaba preparado para la aventura de esa noche.

El presentimiento de Cardona iba cuajando. Estaba seguro de que sabía cómo iban las cosas, Su conversación, primera con Burke y los inventores, y luego con Junius Tharbel, fue planeada con un propósito definido.

José Cardona sabía que sus intenciones habían llegado a conocimiento de dos personas. Una era La Sombra. La otra era Mox. Cardona había procurado que ambas personas conociesen sus intenciones y estaba seguro de que lo había conseguido.

A medianoche acudiría a una cita con el asesino, Mox.

¡Cuándo la hora fatídica tocara, La Sombra estaría allí!

¡Estaba seguro!

CAPÍTULO XX

ANTES DE MEDIANOCHE

EERAN las nueve y media. El teléfono repiqueteó en el cuarto de Clyde Burke.

El reportero respondió inmediatamente. Pronunció su nombre en la bocina.

La voz que llegó por el receptor le produjo un escalofrío, tan siniestro era su cuchicheo.

—Informe.

Tensamente, Clyde Burke habló de la visita que él y José Cardona habían hecho a la casa de Junius Tharbel. Clyde ya había informado a Burbank de la conversación que tuvo lugar en la habitación de Joel Neswick, cuando Cuthbert Challick también estaba presente.

—Instrucciones.

Burke escuchó atentamente.

—Apague y encienda las luces de el cuarto para señalar la partida de Cardona —ordenó la voz de La Sombra—. Una vez. Si la partida se retrasa, dos veces. Si descubre que Cardona se ha marchado, tres veces. ¿Comprendido?

El receptor emitió un chasquido en el otro extremo del hilo. Clyde Burke sabía que la llamada había sido local. La Sombra estaba en Davenport, no muy lejos.

Las instrucciones concernientes a las luces eran una simple indicación de la previsión de La Sombra. Clyde Burke tenía el convencimiento de que el despertador de Cardona, le daría la noticia de que el detective había despertado. Después, seguramente, La Sombra le vería cuando saliera.

La negrura de la noche había envuelto a Davenport. Lejos de las

luces de la ciudad, el caserón de Mox estaba silencioso y desierto. Sin embargo, había allí un ser viviente. Una hora después de recibir Clyde Burke la llamada de La Sombra, una figura extraña se aproximó silenciosamente al viejo caserón.

Subió al tejado del cobertizo y luego al de la casa. No había luna. La figura ascendente de La Sombra no proyectaba la más leve sombra. No se reflejaba en parte alguna. Ascendió sin la menor vacilación. El ascenso fue fácil.

La Sombra se detuvo junto a la gran chimenea. El viento silbó en torno de su capa. Subiendo a lo alto de la chimenea, La Sombra se introdujo en la misma. Sus pies y manos encontraron huecos que servían a modo de escalera.

Descendió.

El pasaje perpendicular llegó a un fin. La linterna eléctrica de La Sombra reveló el interior de un hogar, pero no había ninguna abertura en la parte de delante; el fondo era sólido por los cuatro costados.

La mano derecha enguantada de La Sombra torció una palanca que se proyectaba dentro de la chimenea. La pared de delante de él empezó a bajar.

Luego surgió una abertura, con luz. El suelo de la habitación iluminada apareció a la vista y estaba al nivel del fondo del hogar.

¡La Sombra había puesto al descubierto la guarida secreta de Mox, con todos sus muebles y decorados!

La Sombra penetró en el aposento iluminado. Rió. La mesa de escritorio baja, las poltronas de respaldo corto, los armaritos para libros, todo esto formaba parte de la instalación.

¡Sólo La Sombra había logrado descubrir el ingenioso secreto de Mox!

Las dos habitaciones secretas que la policía descubriera eran falsas.

La pared que las dividía era gruesa; subía y bajaba dentro de una pared hueca debajo. En realidad era el hueco de un ascensor, que funcionaba mediante un mecanismo en unos sótanos que no tenían ninguna entrada, excepto por el pequeño hueco que bajaba a través de la pared movable, en el lugar donde la antesala estaba emplazada.

La antesala formaba parte de una habitación grande. Tenía

forma de embudo, para aumentar el grosor de la pared que había debajo. Las víctimas que fueron lanzadas a una muerte segura, entraron en una especie de cono hueco e invertido que les apresaba como una trampa para moscas.

Para salir o entrar por el hogar, Mox no tenía más que apretar la palanca, y la habitación secreta se elevaba hasta debajo de la buhardilla, formando dos habitaciones debajo más pequeñas y más bajas.

Cuando estaba arriba, la pared central, el hueco del ascensor, obstruía el hogar y la puerta secreta en el pasillo.

Los paneles de ambos lados del ascensor quedaban obstruidos automáticamente por una pared corta, interna, cuando la habitación amueblada estaba debajo. Cuando estaba arriba, había suficiente espacio para el saliente bajo y los muebles.

Lo bajo de los techos de las habitaciones falsas dio a La Sombra la pista de algo arriba. Entró en la chimenea la noche de su investigación y halló la habitación secreta.

La Sombra abrió el cajón de la mesa de escritorio de Mox. Allí encontró varias cartas intactas. Contenían los nombres y las historias de las víctimas.

También le suministraron cierta información concerniente a Hoyt Wyngarth e Irving Salbrook; Datos que convencieron a La Sombra de sus relaciones con Mox.

Había miles de dólares en el cajón de la mesa. A causa de este dinero intentó Sulu penetrar en la morada de Mox, tal vez por orden de su amo. El enano no pudo atravesar el cordón de la policía. Ahora, La Sombra suponía que Mox regresaría al saber que la policía se había marchado.

El rey de la oscuridad atravesó silenciosamente la habitación y alzó el panel interior de la antesala. Sonidos amortiguados anunciaban su actividad; la negrura de su capa hacía invisibles sus movimientos.

Cuando La Sombra se levantó, no se observó cambio alguno que lo delatase.

La risa de La Sombra sonó sarcástica despertando los ecos de las tenebrosas paredes de la morada de Mox.

La Sombra volvió junto a la chimenea. Su figura penetró en la abertura; una mano enguantada de negro empujó la palanca. El

cuarto secreto empezó a ascender; no se oía el más ligero ruido del mecanismo elevador. El aparato que producía la ascensión estaba oculto en el sótano de la casa.

Emergió de la chimenea; descendió por el tejado; llegó hasta el alero; de allí saltó al suelo. La silueta de La Sombra se confundió con la oscuridad de la noche. El vengador no quiso esperar la llegada de Mox. Eligió buscar al monstruo cuando éste se encontrase ya dentro de su cubil.

Una mancha de negrura, atravesó la zona iluminada por un farol de la calle en que se alzaba la casa de Junius Tharbel. La morada de éste no presentaba la menor apariencia de vida; todas las ventanas estaban a oscuras.

Indudablemente, todos sus habitantes se habían entregado al sueño.

La Sombra prosiguió su camino, como un espectro silencioso, en la brisa de la noche. Se detuvo a cierta distancia de la posada de Davenport. Allí se paró frente a la ventana iluminada que indicaba la habitación de Clyde Burke.

Se aproximaba la medianoche. Clyde Burke, reloj en mano, observó que faltaban quince minutos para las doce. Se estremeció al oír el despertador de Cardona. El reportero abrió la puerta de su habitación. Oyó el sonido del despertador que empezaba de nuevo a repiquetear.

Los timbrazos sonaban intermitentemente. Un repiqueteo, luego el silencio.

Luego, vuelta a sonar. Después de tres repiqueteos sucesivos, Clyde pensó que tal vez Cardona había detenido el timbre del escandaloso reloj. El cuarto repiqueteo sonó cuando Clyde cruzaba el vestíbulo.

El reportero, presintiendo algo extraño, llamó a la puerta con los nudillos.

No obtuvo respuesta. Entonces asió con ambas manos el montante de la puerta, y apoyando el pie sobre la manivela se alzó para mirar por la abertura.

¡El aposento estaba vacío!

José Cardona se despertó indudablemente antes de las doce menos cuarto y se marchó sigilosamente. Dejó la luz del rincón encendida. Probablemente, olvidó poner el silenciador al reloj

despertador.

Con profundo disgusto, Clyde Burke se dio cuenta de que había faltado a un deber importantísimo. La vida de Cardona podía estar ahora en peligro por su culpa. Entonces el periodista recordó las instrucciones que para un caso de compromiso recibiera de La Sombra.

Regresó a su habitación, apagó la luz y esperó. Luego, rápidamente, encendió y volvió a apagar tres veces consecutivas.

Desde la oscuridad exterior, La Sombra vio la señal. Su risa sonó como un murmullo amenazador en el aire frío de la noche. La Sombra comprendía.

José Cardona se había puesto ya en camino para acudir a la cita concertada con Mox el asesino.

Tan veloz como silenciosamente, La Sombra inició una carrera a través de la noche, siguiendo la trayectoria que él sabía que debió haber tomado el detective.

La Sombra se disponía a salvar a Cardona de las garras de Mox, el súper criminal. Había tiempo aun, puesto que Mox tenía ya una hora elegida para sus crímenes. La muerte vendría a medianoche. Pero La Sombra llegaría antes de la hora fatídica.

Tendría que detener la mano de Mox, el monstruo, antes de que se abatiera sobre el confiado detective.

Las sospechas de Cardona eran vagas. El conocimiento de La Sombra, completo. A medianoche, Mox, el asesino, sería descubierto.

¡La Sombra lo sabía!

CAPÍTULO XXI

LA HORA FATÍDICA

JOSÉ Cardona penetraba en el vetusto caserón, casi en el instante preciso en que La Sombra observaba la señal de Burke. El detective llevaba una lámpara de bolsillo. Proyectó sus rayos sobre el vestíbulo inferior.

Tres figuras se alzaron como si fuesen una sola. Antes de que el sabueso hubiese tenido ocasión de utilizar su revólver, tenía a sus enemigos sobre él.

Ahogaron los gritos del detective. Le amenazaron con los cañones de sus armas para que guardase silencio. José Cardona se resignó a su suerte.

Las propias esposas del detective se cerraron sobre sus muñecas. Las manos de Cardona descansaban sobre la espalda. Las llaves de los hierros que le maniataban estaban en su bolsillo; así, pues, no podía alcanzarlas. Las voces groseras que llegaban a sus oídos, le hicieron suponer que sus captores eran *gangsters*.

A la luz de linternas eléctricas, el detective fue conducido escaleras arriba.

Uno de sus captores se detuvo ante la puerta secreta del pasillo superior. La levantó. José Cardona fue arrojado con pocas ceremonias a la reducida antesala.

La puerta secreta descendió tras él con un chasquido. José Cardona entró, tambaleándose, en el cuarto. Se detuvo, desconcertado, al observar al hombre encorvado de hombros, de pelo y barba grises, que se hallaba sentado a la mesa, fulgurantes sus ojos clavados en el sabueso.

El detective observó que, visto desde cerca, aquello era postizo.

Con el rostro congestionado de rabia, Cardona miró al monstruo

que ocultaba su cara bajo el falso disfraz de Mox.

—¿De modo que ha venido a verme? —preguntó Mox, con una risita—. Magnífico. Magnífico.

Cardona permaneció silencioso. Sabía que aquella voz, como el rostro, era falsa. Vio el reloj por encima de la cabeza de Mox. Señalaba las doce menos ocho.

—¿Le gusta mi cubil? —Mox cocleaba sarcásticamente—. A otros les ha gustado antes que a usted. Todos han muerto. Pero usted no morirá. Le he reservado a usted mi cuarto secreto, pues esta noche es mi última visita aquí.

El asesino hizo una pausa. Luego empezó una explicación, mientras contemplaba atentamente a Cardona.

—Esta habitación —exclamó—, es un ascensor. Sube, pero deja un espacio vacío, pues la palanca de la chimenea lo detiene en cierto punto.

“Esta noche, después de mi partida, romperé esa palanca. Ya la he aflojado. El suelo de este cuarto subirá. No se detendrá. ¡Los muebles, todos, quedarán triturados, y Cardona con ellos!

Mox blandió un revólver mientras hablaba. No había posibilidad de que Cardona escapase al monstruo. Con una mano, Mox apiló unos montones de monedas sobre la mesa, riendo al mismo tiempo.

—Vine por esto —explicó—. Las riquezas con las cuales atraje a los inventores a su muerte. Los inventores están en el fondo de mi pozo, en la antesala. Me he apoderado de sus inventos y, por medio de agentes, podré colocarlos.

“Usted creyó que todos mis satélites habían muerto. Así era, pero disponía de otros pistoleros de Nueva York. Los llamé esta noche, después de que usted me explicó su plan. Estaban aquí para saludarle. Están esperando abajo, hasta después de medianoche.

Las manecillas del reloj se aproximaban a la hora fatídica.

Mox se levantó de su mesa y se aproximó a Cardona. Empuñando el revólver, se mofó del detective y emitió su risita cocleada. Sus ojos estaban clavados en el rostro de Cardona. No observaron ninguna otra cosa más.

—¡Morirá usted! —rió Mox—. Morirá porque intentó frustrar mis planes. Irving Salbrook será puesto en libertad —el único hombre que podía decir algo—, y él, como Hoyt Wyngarth, nunca supo lo suficiente para perjudicarme.

—¡Yo averigüé bastante! —gruñó Cardona—. Tuve el presentimiento final cuando observé al perro. Le delató a usted. Si usted hubiese cometido alguna torpeza, le habría denunciado, entonces. Le conozco, a pesar de su barba y pelo postizos y su voz de loco.

—En ese caso, no me quitaré el disfraz —rió Mox—. Puesto que me conoce, no tiene que volver a ver, mi rostro verdadero.

—Muy hábil —dijo Cardona, en tono de reto—. Representar el papel de un hombre que persigue el crimen y luego secretamente comete asesinatos por su cuenta. Máteme, si quiere, pero recuerde: un hombre, a lo menos, averiguó su verdadera identidad. ¡Asesino!

El reloj se aproximaba a las doce. Mox soltó una risita. Hizo una reverencia.

Extendió su mano libre hacia el hogar. Se disponía a anunciar su partida.

—Siento molestarle —exclamó—, haciéndole ver lo fuerte que mi puño puede pegar. Será fácil, puesto que tiene las manos esposadas. No me seguirá usted.

Despectivamente, Cardona proyectó su mandíbula. Mox cerró el puño. Sus tendones demostraban la fuerza de este supuesto viejo. Mas antes de que el golpe descargara, Cardona lanzó su último reto:

—¡Le conozco! —gritó—. ¡Le conozco! ¡Mi última acción será gritar su nombre aunque no pueda oírme nadie! ¡Le conozco, Junius Tharbel!

Cuando el nombre salió de los labios de Cardona, Mox replicó con una risa ronca. Su puño izquierdo se alzó y pegó en la barbilla del detective. José Cardona se tambaleó y cayó al suelo.

¡Junius Tharbel!

El nombre acusador se esparció en ecos mientras Mox se volvía riendo a recoger el dinero de la mesa. José Cardona había usado el sistema de Tharbel.

Cuando el perro saltó alegremente hacia el detective rural, José Cardona encontró la respuesta que buscaba. Y decidió que Tharbel era el verdadero dueño del perro.

Un chasquido sonó en el otro extremo del cuarto. El ruido, perceptible a pesar del fatídico toque de las horas del reloj, hizo que Mox se volviese.

¡Allí, en la antesala, Mox vio a La Sombra!

¡Cómo un ser del otro mundo, el vengador había llegado para impedir la huída del monstruo!

Mox no vaciló. Ni siquiera la visión de la automática amenazadora que empuñaba la mano de La Sombra le detuvo. La mano del asesino estaba sobre la mesa. En lugar de recoger aquellas riquezas, se posó sobre el botón que tenía allí cerca.

Con un grito de triunfo, el monstruo que Cardona denunciara como Junius Tharbel había apretado el botón. Su acción fue contestada por el sonido de la trampa que se abría. Con los ojos clavados sobre el botón, Mox emitió una risita.

¡Estaba mandando a La Sombra al hueco de la muerte!

CAPÍTULO XXII

MUERTE IMPEDIDA

UNA risa en la antesala fue la respuesta a la presión de Mox sobre el botón.

Alzando la vista, el asesino contuvo el aliento. La Sombra no había caído al caer la trampa. ¡Estaba de pie, en el aire, dentro de la antesala!

Mientras Mox estaba agachado, rígido, La Sombra habló. Sus palabras empezaron en el momento mismo en que el reloj había cesado de tocar. La hora fatídica de las doce había pasado. Mox no había dado muerte a medianoche.

—He quedado aquí —susurró La Sombra, en tono ominoso—. Su trampa cayó, pero sin su carga. Yo vine antes que usted, Mox. Estuve aquí antes que usted, Mox.

Mox vio ahora por qué La Sombra no había caído por la trampa abierta. El fantasma vestido de negro estaba de pie sobre dos barras de acero, que habían sido colocadas a través del suelo de la antesala. Esta fue la obra de La Sombra en su visita antes de medianoche.

—Sorprendí a sus secuaces —se burló La Sombra—, tan fácilmente como ellos sorprendieron a Cardona. Los disparos de este suelo podrían oírse. Los de abajo, no.

Lentamente, La Sombra avanzó a través del cuarto. Pasó por el lado de Cardona, que yacía aturdido, y se plantó frente a Mox.

—Su plan era claro —dijo La Sombra, en tono burlón—. Encontré sus registros, en mi primera visita aquí. Usted no tenía su propio nombre anotado. Wyngarth y Salbrook los descubrí yo.

“Ellos no eran víctimas ni satélites. Eran hombres que le temían porque usted sabía demasiado de sus vidas. Había ocasiones en que

usted estaba obligado a ausentarse. Necesitaba usted alguien que representase el papel de Mox, que permaneciese en su gabinete, disfrazado de viejo.

“Tales instrumentos serían útiles más adelante, para hacerles pasar por Mox. Disponía usted de dos, para su seguridad. Hoyt Wyngarth y Salbrook. Ellos vivían aquí, turnándose. Salían, siempre vigilados. Así, Jarvin Moxton era visto por la casa aunque usted estuviese ausente.

Mox gruñó. Su risita había desaparecido. La Sombra le había dicho la verdad.

—Mandó usted a Sulu a matar a Harlew —continuó La Sombra, en tono burlón—. Su nota, escrita por la mano de Sulu, fue duplicada por mi mano. Dos hombres trajeron a los sospechosos. José Cardona replicó a Junius Tharbel.

“Sulu estaba preparado para matar a Hoyt Wyngarth. Lo consiguió. Aunque yo vigilaba, disfrazado de forastero en Davenport, no impedí esa muerte. El necio deseo de Wyngarth de hacer una declaración fue algo inesperado.

“Sospeché de usted desde el momento en que le vi. Pero su propia delación llegó en el momento en que usted menos lo esperaba. Entonces tuve el convencimiento de que usted era Mox. ¡Su perro le delató!

“¡El perro sentía simpatía por Wyngarth! Habíase hecho amigo con él. El disfraz no significa nada para un perro. Reconoció a Hoyt Wyngarth como un dueño. Irving Salbrook, igualmente, cuando representó el papel de Mox, trató bien al perro y se hizo amigo de él.

“Pero cuando el perro llegó a Junius Tharbel... —La Sombra emitió una risa susurrada—. Eso fue diferente. Una casualidad. Tharbel había estado con perros todo el día. ¡Desde luego, era natural que otro perro se le acercase amistosamente!

José Cardona se incorporaba. Aunque estaba aturdido, percibía las palabras de La Sombra. Vio a la elevada figura que dominaba al asesino. Oyó el nombre de Junius Tharbel, como La Sombra lo pronunciaba.

—Usted —los ojos de La Sombra echaban fuego—, era el verdadero amo del perro. Debía actuar hacia usted como hacia nadie. ¡Así fue!

“¡Usted, un monstruo, no podía ganarse nunca el cariño ni siquiera de un perro! Por esto descubrí su identidad: cuando el perro se apartó al reconocer al hombre cuya furia temía. ¡Así llegué a saber que usted era Mox, Cuthbert Challick!

La mano libre de La Sombra rápidamente arrancó la barba y el pelo de la cara del monstruo.

José Cardona, contuvo el aliento al reconocer las facciones del hombre que La Sombra había nombrado.

¡Cuthbert Challick!

La verdad era evidente. Challick se había hecho pasar por una futura víctima de Mox, el asesino. Fue audazmente a visitar a Cardona. Declaró apoyando a Joel Neswick. Señaló a Sulu para que matase a Hoyt Wyngarth. Su esfuerzo para salvar la vida del condenado a muerte fue una farsa dramática.

José Cardona, aturdido aún, vio sus errores. El orgullo y no la falsedad, inspiraba a Junius Tharbel. El detective rural había muerto a Sulu no para desembarazarse de él sino para detener a un asesino fugitivo. Su explicación de la actitud amistosa del perro fue verídica.

¡Pero, Cuthbert Challick! Cardona comprendió. ¡El perro gruñó a otros, pero no a Cuthbert Challick!

Transcurrieron unos minutos tensos. Luego, de pronto, vino el contraataque.

Fue tan rápido que Cardona no se dio cuenta de lo que sucedió hasta que la acción estuvo terminada. Con un gruñido siniestro, Cuthbert Challick sacó su mano derecha de debajo del borde de la mesa, blandiendo su revólver hacia La Sombra.

Un rugido resonó en el cuarto secreto. Aunque Challick fue rápido, no podía rivalizar con La Sombra en empuñar un arma. La llamarada que acompañó al estampido, brotó del cañón de la automática de La Sombra. Cuthbert Challick cayó sobre la mesa; luego rodó al suelo y quedó inmóvil.

La Sombra se volvió hacia Cardona. El detective estaba medio sentado en el suelo. Un guante negro salió de la mano izquierda de La Sombra. Cardona miró fascinado al ver el fulgente girasol en el dedo del fantasma de la noche.

La joya desapareció de la vista, cuando La Sombra sacó las llaves de la americana del detective. Cardona se puso de pie,

tambaleándose. Dirigióse hacía la antesala, con su puerta secreta abierta. El camino estaba libre; la trampa había subido automáticamente.

Cardona oprimió el panel exterior y encontró que se abría fácilmente desde el interior. Se olvidó al llegar al pasillo, teniendo la puerta abierta. Miró atónito cuando vio a La Sombra agachado dentro de la chimenea.

La palanca cayó al hogar. La Sombra profirió una risa de triunfo. El suelo de la habitación secreta empezó a subir.

La pared obstruyó la visión de Cardona. Siguió ascendiendo, hasta que fuertes crujidos de la madera y la rotura de muebles señaló el final que Mox había proyectado. Mox, el súper criminal, estaba muerto. Y su cuerpo fue triturado.

Así llegó el fin de Cuthbert Challick, el inventor que quería enriquecerse asesinando a los hombres cuyos planos robaba.

José Cardona dejó caer el panel. Bajó. Pasó delante de los cadáveres de los pistoleros que La Sombra aniquiló en una batalla rápida, un hombre solitario contra tres. El aire fresco de la noche reanimó a José Cardona.

Cuando el detective se detuvo, respirando profundamente, oyó un sonido fantástico, que le llegó a los oídos como un grito fantasmal procedente del tejado del caserón. Los tonos sibilantes de la risa siniestra se esparcieron burlones y triunfantes.

La risa triunfal de La Sombra.

¡El grito victorioso del invicto luchador que paró la mano de la muerte!

¡Era el tañido de La Sombra sobre la tumba de Mox!

¡Y que era el anuncio de su triunfo!

CAPÍTULO XXIII

CARDONA SE ENTERA

JOSÉ Cardona despertó a Junius Tharbel aquella misma noche. Le contó la historia de su visita a la casa de Mox, pero no dijo nada de la identidad del personaje misterioso que le ayudara. José Cardona declaró que estuvo aturdido semi inconsciente todo el tiempo.

Junius Tharbel escuchó, pero el detective rural tenía sus dudas. No obstante, por la mañana se verían las pruebas. Cardona pidió que se inspeccionase la chimenea. El hueco fue explorado. La palanca fue repuesta; el cuarto secreto, bajado.

El cuerpo destrozado de Cuthbert fue descubierto. Miles de dólares fueron recuperados del cuarto. De diversos cajones y armarios para libros se sacaron varios libros de registros. Todos los pormenores de los proyectos de Mox aparecieron.

La investigación del pozo de la muerte permitió a Tharbel y a Cardona descubrir los cadáveres de los desgraciados que Mox mató. Peter Greerson y seis personas más fueron identificadas.

Irving Salbrook, cuando supo la muerte de Mox, declaró que había vivido en la casa disfrazado, haciéndose pasar por el viejo durante las ausencias de Cuthbert Challick. Ignoraba la existencia del cuarto secreto, pero él, como Hoyt Wyngarth, fueron coaccionados por el monstruo.

Sulu usó el armario para vigilar a Salbrook durante sus estancias en el caserón. La muerte de Schuyler asustó a Salbrook. El cómo Hoyt Wyngarth, tuvo miedo de hablar.

No obstante, para José Cardona, un punto importante quedaba sin esclarecer. El famoso detective neoyorquino confesó, para sí solo, que se había equivocado gravemente.

Había creído que Tharbel, Junius Tharbel, era Mox. ¡Peor aun;

Tuvo el convencimiento de que Cuthbert Challick era La Sombra!

Por este motivo discutió sus planes en presencia de Challick. Trató de informar a La Sombra y su visita a Tharbel fue para informar a Mox.

Cardona ignoraba que La Sombra ya había averiguado lo que tramaba. El sabueso no sospechaba que Clyde Burke era el ayudante de La Sombra.

José Cardona permaneció en Davenport varios días. Extrañaba algunas cosas. Recordó la nota que le metieron en su bolsillo; y el perfil que vio en el suelo de la oficina de Tharbel. Le intrigó el problema de la identidad de La Sombra durante el curso del caso.

El día antes de su partida de Davenport, Cardona acompañó a Junius Tharbel a una excursión a la finca de Hollis Harman. Cardona y Tharbel eran excelentes amigos ahora. Harman, con una sonrisa en su cara gordinflona, les recibió amablemente en su finca.

—Una nota de un amigo suyo, Cardona —observó Harman—. Las felicitaciones. Supongo, por su gran labor en este caso.

Cardona abrió el sobre que Harman le dio. Dentro encontró una nota breve y, con ella, una tarjeta de visita. La nota era una felicitación; su escritura se desvaneció misteriosamente cuando José Cardona terminó de leerla.

Luego Cardona miró la tarjeta. Abrió los ojos. Leyó el nombre más atentamente:

WADE HOSTH

¡El amigo de Hollis Harman, en la finca! El cazador que había estado con Junius Tharbel, tan a menudo durante los días en que buscaban a Mox. ¡El hombre silencioso que lo había vigilado todo, pero que no había dicho nada!

El perro danés, estirado junto al hogar, alzó la cabeza cuando Cardona se sentó al lado. El perro no mostraba ninguna hostilidad hacia los forasteros ahora. Junius Tharbel lo había adoptado. El detective rural lo tenía en la finca de Hollis Harman.

José Cardona no vio al perro. Sus ojos no se podían apartar de la tarjeta.

¡En la mano tenía la tarjeta que el invicto luchador que terminara la siniestra carrera de Mox le había mandado!

Murmuró:

—¡La Sombra!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN